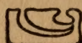

3 1761 08104083 4

CLAUDIO DE ALAS

Arturo Alessandri

José A. Echegóyen

Su Actuación en la Vida



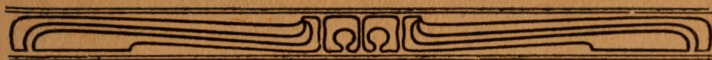
1869-1915



Imprenta Universitaria
Bandera 130. Santiago.
1915


IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA 130 SANTIAGO

El Libro



EL LIBRO



Es esta la primera página de un libro, no de propios y meros conceptos, sino de fundamentos y de afirmaciones.

Hoy, en que una noche de complicidades inmensas, llena y reina tristemente, sobre el conjunto de los hombres que dirigen la marcha de las turbas universales, este libro es un grito de los pocos que se dejan escuchar en el silencio que aplasta las conciencias, como una palabra de orden.

No son mis sueños de Poeta: mis amados y bellos sueños, los que en este monton de páginas, han de esbozar su imagen plena y dolorosa.

Este libro, escrito con toda la decisión que hay en mi vida y con toda la sinceridad que hay en mi alma, orgullosa y bravía, entra a los estercoleros implacables de la crítica premeditada, con la insolencia de lo que, siendo puro, es fuerte.

Todos los fracasados de la vida pública; todos los profesionales de la adulación y la diatriba; todos los desheredados de la sinceridad y todos los salteadores de la reputación, condenarán este libro; y, han de gruñir, que es malo, bajo y sin sentido.

Recojo de antemano el aplauso de los viles.

Y, otros, lo sé también, han de urdir al rededor de mi palabra escrita, la intriga del silencio.

Convencido de que esta es una pasión de beatos y de meretrices, no me inquieto.

El libro surge!

Y, tengo la dulce voluptuosidad de saber, que las palabras que trazo en esta hora, cortejado por el silencio, el divino compañero de los solitarios, han de hacer gemir los engranajes de las prensas, para

unidas, austeras y solitarias, como las águilas, desplomarse sobre la conciencia de los ruines con aleteos sonoros.

Labios de lacayos ennoblecidos, han de abrirse para escupir a mis espaldas el ultraje barato y sin ingenio.

Me regocijo ante la idea de arrancarles su ira.

Mañana, han de callar, sellados por la mueca de que solamente los siervos y los vencidos tienen el privilegio.

El Libro va a la Vida, armado y de frente.

¿Por qué lo escribo, siendo un extranjero?

Por dos razones invencibles: porque puedo y porque quiero.

Por un concepto absoluto de la libertad y la cultura: porque las ideas no tienen nacionalidad.

Por un derecho inviolable: porque la figura de un Hombre es capaz a inspirármelo.

Por una decisión sin escrúpulos: porque mi capacidad desconoce esa virtud de los

imbéciles y de los incapaces concretos, que en barbarie de hipócritas, se llama: *Modestia.*

El Libro va!

Es la síntesis de una Vida.

Envidiosos y quebrados en la batalla humana: no lo leais.

Hombres fuertes, audaces y leales: leedlo.

Su nombre es una clarinada de juventud y de fuerza.

Este libro mío se llama:

Arturo Alessandri. Su actuación en la Vida.

Entra en ella, armado de altivez y de verdad.

El ojo alerta de los infames, no ha de encontrar en ninguna de sus páginas la frase mendiga y rastrera.

Es un volumen severo y erguido, como un peñasco desnudo, que se alzara sobre una playa en que las olas se desencadenan.

A través de sus páginas, la dulce silueta de los sueños, no cruza.

El personaje que lo inspira, no es el protagonista de una novela.

Tiene proyecciones de cíclope.

He querido hablar de El, siguiendo la rigurosa escala de su Vida, y eso es todo.

Su nombre es un signo de combate en los campos del Civismo y del Talento.

Me cautiva.

Por qué es fuerte, y por qué es decidido y por qué es audaz.

Eso, en lo que representa la exposición de su existencia pública.

En lo íntimo: allá en el fondo inconfesado de su corazón, es el Artista.

Basta.

Hé aquí el Libro.

No teme a nadie.

Entra a la jornada del criterio público, desnudo, blanco e inconmovible, como un mármol tallado a rudos golpes de acero.

Mis manos lo han escrito con lealtad.

Lleva el sello combativo de un jinete solitario y armado de recia armadura....

Es un libro para espíritus altos y bizarros.

Los pordioseros de la envidia y los dignatarios de la derrota, no entrarán a él.

Han de leerlo para escupir después, estremecidos de rencor.

Sea.

Claudio de Alas.

1915 años. En Chile.

El Hombre



EL HOMBRE

Henos delante de la *Esfinge.*

Emprendamos la gran trayectoria de su silueta, llena de ese prestigio que solamente inspiran en el alma de las multitudes, los Predestinados a las victorias definitivas.

Como los vencedores de las magnas leyendas, nació para vencer.

Tiene proyecciones extrañas de *Héroe*; y hay en su vida, algo, que lo destaca plenamente y con ese colorido, que sólo en la cabeza de los grandes pone gestos de luz...

Escribo este libro sobre él, por qué en mi espíritu, libre del temperamento de los

vertebrados, se destaca su silueta con los perfiles de un bronce prematuro, que, fundido en el tumultuoso crisol de nuestros días, ha de pasar a la posteridad del Continente.

Quiero ser el precursor que lo anuncia.

Y, si los bastardos de alma y de vida, hallaren bastardía en mi gesto; esos: mienten.

Los hombres, como los pueblos, tienen una suprema hora en medio de su gestación, en que se impone el hacerles su historia.

Cada hombre y cada pueblo—dijo Spencer—«tiene el destino y la historia que merecen».

Mañana,—mi alma tiene el presentimiento,—de que estas páginas han de ser tomadas tal vez, por las manos imparciales de los historiadores, para buscar en ellas, como graves mineros de los tiempos, el oro de los mismos...

Entonces, ha de verse aquí, la figura de un hombre que, desde niño, fue un puño

cerrado y erguido ante la caravana de sus contemporáneos.

Hoy y por la hora de resoluciones porque pasa Chile, Alessandri es una exclamación.

Representa las savias contenidas de lo Nuevo, prontas a derramarse en próvido torrente sobre esta Nación, que tiene derecho indiscutible a todo lo grande y a todo lo puro.

La ley inviolable de la evolución, es en la historia universal una sucesión de hechos imprevistos.

Cada uno de esos hechos, está representado por una época y cada época por un hombre o por *algunos* hombres.

Esos merecen el honor de la palabra escrita en forma de libro.

Sus vidas son argumento fecundo en proyecciones, y la multitud, tiene el derecho de conocerlos, ya que en las batallas del civismo, marcha tras el paso de sus ideales ciegamente.

Alessandri, es lo que, puede llamarse, un Heraldo de muchedumbres.

Por sus labios han hablado ellas muchas veces en diapasones de triunfo, de dolores o de anhelos...

Y, son sus combates parlamentarios, y son sus lidias asombrosas en el foro y sus fecundas obras de estadista, las que le han dado ese prestigio que florece en el alma de las turbas, como en un jardín en que las corolas fueran robles.

Una sola escuela ha tenido: la de la progresión rigurosa, vasta y decidida de sus ideas.

Ha ido desde la alborada de su vida, con los ojos tendidos al sol, como todos aquellos hombres, que para mirar el medio día de la victoria, no han inclinado la cabeza al miserable rumor de lo pequeño y de lo absurdo.

Y, por eso ha vencido.

Su carácter es una complegidad extraña de adolescente y de filósofo.

Dentro de las más altas cosas de la vi-

da tiene, lo que podría llamarse, gestos ingenuos, que delatan a la mirada del psicólogo, un alma múltiple: ardiente, imaginativa, hecha a la lid de las cosas humanas y apuñaleada, quizás, por la perfidia de los corazones...

Entonces, es grave y es triste.

Forjado en rudas fraguas de lucha, su palabra tiene verdaderas trepidaciones: es ático, rotundo, ágil en la concepción, definitivo en la frase y hondo en las ideas.

Dijérase de él que por su cerebro pasa un río lleno de cascadas, casi nunca invadidas por el silencio.

Su contacto con hombres de todas las estirpes y todas las categorías, sus condiciones innatas de observador certero, y su estudio, de lo que significa el desarrollo de la Vida y de los hechos, sintetizan en el, una virtud, definitiva en los hombres hechos para dirigir: la asimilación.

Alessandri, penetra el alma de quien le habla y vibra a los pocos instantes con ella. Su pensamiento se plega rápidamente a la mentalidad y a la índole del que lo

está tratando, y, de ahí, que tenga *eso* que en ruin jerga de seres mediocres, se llama «don de gentes»...

Es un alto psicólogo: pronto se da cuenta del espíritu que está ante él; no medita nunca sus respuestas y oye siempre con profunda atención lo que se le dice. Si acaso interrumpe, es para dos cosas: para corregir sabiamente o para repudiar rotundamente.

Es nervioso en su conversación y siempre la puebla de ideas originales, que la encadenan, la desarrollan y la sostienen bajo coloridos brillantes.

Si trata asuntos serios, no tiene vacilaciones para indicar derroteros. Es en esos casos un pensador y un hombre de acción. Sus argumentos los desenvuelve dentro de un tejido de antecedentes y de consecuencias. Analiza, busca el aspecto fatal, pospone la fórmula que lo neutralice, consulta con un gesto firme, y resuelve.

Aspecto culminante y que se destaca con bellas exaltaciones en el gran político, es todo lo relacionado con las ciencias so-

ciales y también con las ciencias positivas.

Conoce profundamente la evolución de todos los pueblos, sobre todo de los de América.

Ha seguido la vida de sus grandes hombres en el orden de la influencia de sus doctrinas en la vida de las masas.

Su memoria en pleno frescor, es un diccionario de causas y de efectos consumados y, al rededor de ellos interpone siempre sus propios pensamientos.

Las ciencias positivas seducen su alma nerviosa con sus intrincaciones y sus sorpresas: muestra tanto interés ante un experimento metalúrgico, como ante una cuestión de cirugía......

Todo lo grande, todo lo nuevo: todo aquello que se destaca sobre el mundo con las características de un problema humano, resuelto o en suspenso, aprisiona su mentalidad, llevándola hasta los mismos vericuetos de la investigación, muchas veces.

Nadie, entre las personas que lo tratan todos los días, dice, que lo ha visto nunca en completo reposo.

El Parlamento, la intensa labor profesional y el estudio, llenan el vibrante engranaje de sus horas.

Su correspondencia tumultuosa y sus piezas jurídicas, las dicta desde su mesa de estudio a un aparato mecánico y perfecto, que las impresiona en un disco. Este pasa a su Secretario Privado, que haciéndolo funcionar, las transmite al papel.

Por qué esto?

Por qué el vuelo de su palabra es incontenible y para surgir con toda la amplitud de sus ideas, requiere horizontes sin estrechas fronteras de taquigrafía....

Nunca su mano ha trazado un discurso: la improvisación es culminante característica de su cerebro; y es entonces, cuando su verbo brota por sus labios como una tumultuosa catarata de pensamientos y de frases, que golpean bellamente sobre el alma de los auditorios.

Al hablar de sus discursos, no me he querido referir a los del Parlamento.

Según el mismo Alessandri, esta clase

de vastas conversaciones, están fuera de la oratoria.

Su tribuna de pensador y de combatiente, no tiene sino dos pedestales: la multitud o la academia.

Es entonces, cuando se alza su personalidad, tronante en bellos lirismos: nimbada de sentimientos y triunfal, cual si fuese una gran procesión de banderas nacionales bajo un sol de Estío.

Que direis del concepto que, Arturo Alessandri, tiene de lo que es ese tenebroso mar poblado de tempestades, que se llama la Política?

Su visión personal al respecto, tiene claridades definidas.

Concibe la Política en una frase lacónica:

«La Política, es el alma íntegra de los pueblos civilizados.»

Para su espíritu, la política es el reflejo

de las más altas capacidades y los más grandes intereses de una Nación.

Es una su fórmula, la misma de Emersson: *no hacer política, administrar política.*

Y, con Benito Juárez, el formidable estadista mexicano,—dice:— «El respeto al derecho ajeno, es la paz».

Enemigo por temperamento y por cultura, de la violencia, la repudia al rededor de la política, lo que no quiere decir que desconozca que el derecho cuando está conculcado, que los ideales, cuando siendo grandes y nobles, son asesinados y que los gobiernos cuando están podridos, requieran la violencia si el grito de las multitudes no es oído.

En torno de su vida representativa, las pasiones mezquinas de partidarismo, no han cruzado sobre su nombre.

Se ha limitado desde el día en que el veredicto del pueblo, lo llevó al Parlamento, a ejercer sus derechos de ciudadano y de Representante, usando de una sola arma: sus ideas.

Cuando se ha encontrado delante de hom-

bres, que hacen de su representación una feria impúdica de intereses, tiene un gesto de asco o de pena.

Los fariseos del éxito, no entran al hemisferio de su cerebro y mucho menos al de sus sentimientos.

Aquellos que hayan seguido su vida parlamentaria, llamados son a recordar sus procedimientos incorruptibles.

Más, no han faltado en torno de su vida pública los cuervos de la calumnia. El aletazo de los viles se ha ensayado para herirlo, tal vez, pero se ha roto sobre el mármol de su conducta.

Dentro el ejercicio de la Política, no admite sino una noción: representar al pueblo, persiguiendo su civilización y su progreso.

Su programa está vertido en esta gran palabra: la libertad.

Y el Partido Liberal, en que se destaca, siempre ha mirado orgullosamente la rectitud de sus principios, en desempeño de su credo.

Tiene una enorme aspiración: que un día

en su Patria hayan desaparecido todos los traficantes de los negocios públicos y de la fanfarronería consagrada, para dominar en cambio, los hombres buenos; aquellos que haciendo de la honradez y de la inteligencia un doble escudo, conduzcan a la Nación hasta el término de los naturales y grandes destinos para que la fundaron con el holocausto de su sangre los guerreros de 1810.

Eso pasará, piensa Alessandri, cuando los asnos y los pícaros no tengan derecho más que a la cárcel o a labrar la tierra próvida...

Cuando el pueblo no permita que del lucro y del peculado se haga una profesión.

Cuando los ladrones directivos, en complicidad con los rateros de la empleomanía, no entren a saco en las rentas nacionales.

Cuando no se gobierne al país con frases sonoras y con proyectos condenados al olvido.

Cuando no haya Ministerios que practi-

quen todas las formas del delito electoral y de los intereses personales.

Cuando los Partidos, tristemente sugestionados por la rutina, no permitan que un pueblo fuerte, bravío y pleno de ideales nuevos y contenidos, como lo es Chile, sea gobernado por fósiles ilustres y por reliquias venerables, que por derecho natural, pertenecen al novilísimo e inmóvil desfile de los monumentos históricos.

Cuando, en una sola frase, sea la savia nueva, la que entrando al organismo carcomido de un régimen caduco, destaque un pueblo enorme, poderoso, feliz y, que en el Continente se alce con el rango de gran Nación, como el la sueña.

Como puede hacerse eso?

Con estudio, con administración, con honradez y con patriotismo.

Abriendo todas las fronteras de la República a los progresos del mundo. Tendiendo sobre el territorio una red ferroviaria que sea una formidable tela de araña. Con la protección al comercio y la navegación nacionales. Con una amplia

ley emigratoria. Con una propaganda implacable en todo el globo. Con la instrucción laica y obligatoria y, en resumen, abriendo diques a todo lo que suene sobre la tierra, como un eco de cultura, de civilización, de libertades colectivas e individuales y, ante todo, de respeto a las leyes, en su interpretación más noble y más justiciera.

Y, agrega:—¿Quienes pueden hacer esa obra?

Los jóvenes preparados para ello y decididos a afrontarlo todo; y no los tradicionalistas, figuras decorativas de un pasado de errores, de pereza, de egoísmo, de verguenzas y hasta de delitos...

Y, no porque el tribuno piense así, permanece ciego ante los excelsos varones que antaño irradiaran luz sobre la Nación de Chile.

Admira a esos, que han sido los grandes repúblicos, con el más alto de lo sentimientos que la gloria inspira en los hombres de corazón.

Tal es la manera de pensar del hombre, en torno a la política patria.

De la internacional, no tiene más que dos conceptos incontrovertibles:

Primero: la concordia con todos los pueblos limítrofes.

Segundo: la fuerza como garantía de las tradiciones y de los derechos establecidos.

Hay casos en que la fuerza es bella.

Y es ahí, donde el estadista, el ciudadano y el tribuno, se yergue para clamar a todos los horizontes patrios, esta doctrina que tiene el carácter de un Padre Nuestro nacional.

El Ejército representa la existencia de Chile, porque Chile es una tierra guerrera, inmemorialmente.

El Ejército es lo único que se ha conservado puro bajo el inmenso huracán de podredumbre que ha soplado y sopla sobre todo lo grande que teníamos.

El Ejército, es en nosotros para el extranjero, una voz, una imposición y un mapa geográfico...

Veamos en él una Montaña Sagrada.

Es toda nuestra fuerza: todo nuestro

respeto, todo nuestro futuro, todo nuestro pasado y todo nuestro derecho.

Los casos consumados lo demuestran plenamente.

La Diplomacia sin cañones, es una opereta sin música.

Tal lo dijo el ilustre Senador liberal del Parlamento de Colombia, doctor Felipe S. Escobar, filósofo y nobilísimo patricio de aquella República, que es nuestra más sincera aliada entre todas las del Continente.

Alessandri piensa armónicamente con el gran estadista colombiano.

Y agrega:

Las espadas de nuestros Generales, en una hora en que los clarines guerreros de Chile llenen con su clamor los horizontes, valdrían mucho más que todos los discursos y todos los suntuosos banquetes de nuestros Cancilleres, divinizados por sus partidos y por el Protocolo.

Ya que es grande el Ejército de Chile, ya que en esta nuestra querida América es, por lo incorruptible y por lo glorioso,

asombro de todos los pueblos limítrofes, engrandezcámoslo más.

Que no se reduzca a una significación de fuerza bruta solamente; que no se diga que un soldado es un «hombre con armas amenazadoras» y eso es todo.

El Ejército de Chile, como los de todos los grandes países, tiene también el derecho y el deber del pensamiento.

Hacer de él, no un instrumento: hacer también un pensamiento.

Ideas y músculos, fundidos en esta sinfonía, compuesta de tres palabras: *La Patria Chilena.*

Y cuando Alessandri ha elevado su voz hasta los soldados de su país, se destacó—yó pude verlo—como un Mirabeau en la cumbre de un Sinaí cruzado por relámpagos de guerra.

Y era su mirada sombría, como la del apóstol de la Francia inmortal: un fanal negro, iluminado por una radiante alborada de pensamientos y de anhelos...

Penetremos aun más este espíritu, que entre el escándalo de una época es proclamado, negado y perseguido.

Que sus amigos confirmen, al leer estas páginas, el aserto o el error que en mi modo originalísimo de ver las cosas y los hombres, pueda haber vertido.

Que también sus enemigos repudien y vociferen al leer lo que de Alessandri escribo.

Ya sé de antemano lo que van a decir los que lo envidian y los que lo odian:

«Que soy un adulador.»

Recojo el ahullido de esta gente, y, en respuesta a él, les pregunto:

—¿Ustedes han merecido alguna vez que se les adule, escribiendo un *Libro* alrededor de sus vidas?

¿Por qué gruñen?

Ensayen todas las formas de la bajeza y de la mediocridad, pero con inteligencia.

Vociferar, es un privilegio de encarcelados y de domésticos.

Si yo, que soy un Poeta ante todo,—y permítaseme no ser modesto, o sea, permí-

tasemе no practicar la más aceptable forma de la incapacidad—escribo un libro sobre la vida de un Político, es porque mi pluma halló en esa Vida, un hondo manantial para mojarse.

Pero... Recapacitemos: hablaba de un hombre grande y, arrastrado por el presentimiento tumefacto de los inferiores, llegué sin haberlo querido hasta los hombres pequeños...

Para hablar de lo pequeño, de lo vil, de lo triste, de lo amorfo y de lo infeccioso, no se requiere mirar sobre un solo país.

Hijos del planeta miserable en que existimos, somos todos; y en él, desposeídos de la mentira de las fronteras, nos hallamos todos adheridos, como las moscas sobre la úlcera de un leproso.

Este libro, que con todo amor escribo, trata sobre la personalidad íntima y pública de un hombre conocido por todos los chilenos.

Hablemos de él.

Como todos aquellos que de su vida hacen una ventana, a la cual las muchedumbres pueden asomarse, tiene enemigos.

Y tiene amigos.

¿Es trivial lo que os digo?

Nó.

Sus enemigos, son muchos, pero todos autosugestionados por sus éxitos.

Es para ellos, una estatua ante la cual ofician sus envidias y sus derrotas.

Alessandri es magnánimo, como todos los inteligentes.

O los mira con desdén, o los afronta.

Han pasado siempre dos cosas en estos casos: unos se tornan en sus más apasionados admiradores y otros se alejan ladrando a *sotto voce*.

¿Por qué esto?

Porque este hombre combatido tiene la gran filosofía de su alma fuerte, conocida por sí mismo y dolorida de las desgracias humanas...

Sus amigos pueden definirse en una frase: muchos hombres de corazón, que son dignos de su altura espiritual y de sus ideales.

En los labios de ninguno—según su propia frase, dicha en un día de prueba—*adivinaba el Beso de Judas.*

Pleno de facultades sentimentales, como es, a pesar de que la ferocidad implacable de la Política le impida revelarlas, en su alma no florece el rencor.

Quién le ha hecho un mal es, en su concepto, un extraviado.

Y, para ése, no tendrá sino la más tremenda de las venganzas: la indiferencia.

Y, no por esto se piense, que, como el dulce revolucionario de Nazaret, pone la otra mejilla al bofetón......

El olvido absoluto de las ofensas, es una virtud de idiotas o de depravados, en la más concreta forma de los dos vocablos.

Como a sus enemigos, mira a todos los malos.

La expectación trágica y tenebrosa que ha hecho su vida a través de los Tribunales de Justicia, lo ha diciplinado en la doc-

trina, de que los delitos de los hombres, tienen la incontrovertible disculpa de que siempre son inspirados por el egoísmo, la más avasalladora de las potencias del alma humana.

No autoriza con su criterio el delito.

Lo contempla, lo condena y lo analiza.

Esto significa, que su estudio de la filosofía racionalista, le ha enseñado a distinguir la diferencia, que en todos los órdenes de la vida, hay entre un *hombre malo* y un *hombre que practica el mal.*

El talento, sale de los estrechos límites del crimen, y entra más allá: en el alma de los criminales.

Y, hemos llegado, después de cruzar el aspero sendero de sus luchas, de sus apreciaciones en la vida pública y de su carácter ante el conjunto de los hombres, a lo que debe llamarse: su vida íntima:

Es un hombre sencillo por sobre todos

sus procedimientos y todas sus costumbres.

No es el sibarita, que las gentes que lo han mirado nada más que al paso, creen adivinar.

Es un hombre que marcha con el desfile del siglo, y eso es todo.

Cuando sobre una personalidad se escribe un libro, quien lo escribe debe decirlo todo.

Alessandri es parco y metódico.

Se levanta a las ocho de la mañana. Lee los diarios y su correspondencia. Dicta un *carnet* a su Secretario, señor Becerra, para contestar esta. Estudia una hora. Atiende hasta las doce su labor profesional. Almuerza. Estudia de nuevo. Va al parlamento y, a las cinco, cuando no se prolonga la sesión, vuelve a su casa para atender a su clientela, que es enorme y selectísima.

Ha sido el predestinado para los grandes asuntos jurídicos, siempre.

Por qué......?

Sus oficinas, son austeras. Tienen la am-

plitud de las de un Estado Mayor. Las paredes rodeadas de estanterías pletóricas de libros. Un continuo resonar de máquinas de escribir y perpetuamente, hombres que pasan, que se mueven, que consultan papeles, que giran y que hablan con un reposo, que hace pensar, que uno se halla en la casa de un hombre preparado para todo...

Seis caballeros, todos jóvenes, amabilísimos, serios y revestidos de una corrección, que atrae, en vez de desconcertar, son los que todos los días, quien llegare a ver Alessandri, hallará en la antesala de su despacho:

Ellos son los señores: Victor Acevedo Lecaros, Alfredo Cordero Albano, Francisco Rodríguez, José Santos León y Manuel J. Maira.

Todos son abogados; y de ellos podría decirse, que constituyen la gran oficialidad de la vida profesional de Alessandri.

Uno más hay, y este es perpetuo en el gran despacho del hombre: un joven de veinticinco años, sonriente, amable, meticu-

loso y que, contestando a todo lo que le preguntan, dice unicamente lo que quiere decir.

Ese, es su Secretario Privado, Carlos Becerra.

Todos los hombres importantes, mejor dicho, casi todos los hombres importantes, en todos los pueblos y los tiempos, han visto en sus subalternos, meros instrumentos ante los cuales hay que poner cara dura, pronunciar pocas palabras y establecer un puente levadizo, que unicamente se baja, para ordenar.

Estos hombres, de todos los tiempos y todos los pueblos, son en mi concepto prototipos de escenografía, aptos para ponerse un frac y pronunciar un discurso, pero nunca para dominar el alma colectiva.

Esos, se hacen temer; y piensan que el temor a su *posse* es respeto; y que el silencio es admiración; y que el acato a todo lo que mandau, es poder legítimo; y que la grave-

dad académica, es una fuerza que los presenta magnos, geniales e irresistibles.

Estos hombres están siempre en las propias fronteras del ridículo.

Son los ilusos del éxito.

La sonrisa o el desafecto siguen su paso como un fantasma.

Son una especie de brújulas de la soledad...

Creyéndose únicos, de pronto se sienten solos.

Los países de América están poblados de estos suntuosos muñecos.

Y, si de ellos he hablado, débese al deseo lógico de establecer comparaciones.

Alessandri, es ante sus empleados y ante sus amigos, un señor sin bigotes, vestido de ropas obscuras, sonriente, nervioso, bromista y, a pesar de eso, serio, serísimo en momentos determinados.

Se interesa por la conducta, por la existencia y por los pensamientos de cada uno de los que lo tratan todos los días.

Pregunta, escucha, reflexiona y emite un concepto siempre, que unas veces es la

sentencia que reprocha, y en lo general, la palabra que alienta.

Tiene una alta idea del orgullo personal, cuando éste tiene fundamentos.

Odia con toda su alma a los que lo adulan; y cuando se encuentra con uno de tales caracoles, torpes y babosos, rompe la conversación súbitamente y habla a otra persona, o se queja de cansancio y de mucho trabajo.

Cuando se le pide un favor, evita preliminares, procurando llegar al caso; y como todos los hombres que tienen un sincero concepto de los dolores humanos y como todos los psicólogos, que experimentan un profundo y filosófico dolor por los defectos humanos, Alessandri, delicadamente, sin ostentaciones, sin humillar ni mortificar con fórmulas que no son sentidas, sino que estudiadas, para comprar la gratitud con una sordidez de judío, hace lo que le piden, si está en él hacerlo.

Quién escribe, piensa: qué, este hombre, nació más para hacer dolorosas novelas de amor, que para hundirse en esa insonda-

ble charca de lepras, que se llama la Política...

Más, he dicho, que, como todos los temperamentos artísticos, es un formidable asimilativo.

La Política lo absorbió, y de ella ha hecho una barca que navega bajo el timón de su cerebralidad, contra todas las tormentas y todos los peñascos...

Progenitor consciente de lo que significa en un pueblo en período de plenas transiciones, hace de todo el sumun de su alma, un Libro bello y dulce, que está reasumido en ocho páginas, que son sus ocho hijos:

Arturo,
Jorge,
Fernando,
Esther,
Hernán,
Eduardo,
Marta y
Mario.

Los hombres son seis mozos grandes, altos, de caras talladas con cinceles de ruda nobleza y, como un detalle colectivo e interesante para quien mire los niños, fuera del ambiente de las peluquerías: los seis, tienen altas y pálidas frentes, convadas todas, circuídas como de un leve presentimiento de surcos atormentados, llenas de esa serenidad turbadora que solamente el talento imprime sobre las superficies frontales y que solamente los talentosos saben descubrir...

Yo he visto siempre a estos muchachos con sus libros bajo el brazo, y su silencio, su seriedad y sus gestos casi tristes me han encantado.

Porqué me he dicho, que son el resumen de una vida de batalla en gestación de victorias...

Y, al hablar con ellos, mi frase ha adquirido aspectos de evidencia.

Son irónicos todos: observan a quien les habla, dicen frases que casi esbozan el escepticismo y se preocupan de las cosas de su padre, sin preguntar a nadie sobre ellas,

sino emitiendo juicios, y hasta enunciando fórmulas...

Y, no han de ser estas áridas páginas, las que hablen de las dos hijas de Alessandri.

Un día habrá troveros, que en dulce evocación de belleza y de ansia, canten lo que mi pluma calla en torno de lo frágil y lo blanco ....
.... y ¿la madre de todos?

Será su nombre altísimo, lo que unicamente los ojos extraños puedan leer en este libro.

Ella es la nieta de un ilustre jurista que honró la Corte Suprema de la República.

El poeta Don Luis Rodríguez Velasco, bardo que representa el Romanticismo de la Poesía en Chile, es su ascendiente también.

Véola soñadora, inquieta y llena de ternuras nimbadas de gracia plena.

Estirpe de poetas y de caballeros andantes, ha de unir seguramente, las solicitudes de madre a las nerviosidades de artista.

Por sobre todo esto, concibo en esta gran-

dama, el regazo de los hijos de Alessandri: pleno de la amorosa gloria de ser la reina de una estirpe que ha de cantar en el futuro canciones de patria bizarría...

Es la Señora, Rosa Esther Rodríguez.

Y, sea su nombre en medio de los temblores de esta sinfonía de hierro, la nota blanca, vedada a todas las almas que no sepan meditar devotamente ante las azucenas...

Destácase el hombre en la vida del gran mundo, y su actuación en ella es un éxito.

Los salones de más orgullosa prosapia, las fiestas de más esplendor, lo han visto desfilar.

En todas las edades han brillado hombres públicos, por los cuales las mujeres de noble linaje han tenido predilección.

Por Alessandri la tienen las de Santiago en un forma desposeída de reservas. Su tacto lleno de galantería, su conversación amena y novedosa y, como complemento,

su personalidad rodeada de la aureola de la lidia, lo han prestigiado ante los ojos de luz, como a un protagonista merecedor de la blanda y regocijada ovación de las manos amantes...

Siempre que la prensa ha anunciado una interpelación o un debate en que tenga actuación, en las tribunas del Cuerpo Diplomático han podido ver los Honorables Diputados, con encantamiento para unos y terror para la mayoría, bellos ojos de mujer invadidos de fúlgidas llamas...

Y, ha sido en esas tardes triunfales, cuando el auditorio ha visto, cómo a la palabra del tribuno joven se ha seguido el aplauso unánime y ardiente de pálidas manos, ornadas por la gloria de las pedrerías.

Su talento para las mujeres de alcurnia es una obsesión. Sus luchas, nunca seguidas por el aletazo de la derrota, las cautivan; y algo misterioso, bello y aventurero, que con irónicas sonrisas se murmura en los salones, al hablar de su vida, pone en todas un gesto que únicamente florece en

los labios de ellas cuando se les habla de don Juan Tenorio, de Bocaccio o de San Agustín, que, como dice un venerable Padre Pasionista, «fué un excelso Patriarca de los besos extra-conyugales»...

Filosóficamente me pregunto ¿por qué esta predilección?

Y como única respuesta a mi pregunta, paréceme escuchar en el silencio un rumor de besos y un crujido de sedas, todo envuelto en un hálito blando de perfumes lejanos...

Y, como es este hombre?—muchos y muchas, os vais a preguntar—

Miradlo......

Entrad conmigo hasta su sala de trabajo.

Vasta y severa.

Sus dos grandes ventanales dan sobre la Avenida Delicias. Por ellos entra blandamente la luz de la tarde.

Al fondo una alta estantería de cristales repleta de libros. Todos son de estudio.

Ante la estantería una mesa enorme, en que legajos y papeles, hacen una dispersión cuasi formidable ante el pedestal de un Voltaire en meditación y una serpiente aletargada—piezas ambas de purísimo arte.

Dando frente a la mesa, suntuosas poltronas de cuero de Córdoba. Una lámpara gigante suspendida del plafond y, ante la mesa, él.

Proporcionado en todo su continente. Levemente inclinados los robustos hombros. Pálido: penetrantes las oscuras pupilas y cruzadas de vez en vez como por brumas fugaces de tristeza o de fatiga. En los labios, de un corte seco y austero, un rictus altivo y de vago desdén. Manos nerviosas y lívidas, sin que su armonía sea rota por joya alguna.

Creo a este respecto, que Alessandri, no gusta de alhajas, porqué no usa, ni reloj, como Camilo Desmoulins, que decía que, «los que estaban pendientes de la hora, era por qué los obsesionaba la del triunfo, que sus relojes nunca registrarían»...

Sus ropas son siempre de color oscuro.

Una cabellera negra y llevada con descuido de artista.

Bajo la cabellera,—y, decidme si es verdad los que lo conoceis:—un cráneo de perfectas líneas napoleónicas. Alta frente combada y pálida: los temporales henchidos y describiendo una línea inmutable con las sienes y la parte del cerebro, erguida y poderosa...

Es una cabeza digna de un bronce.

Para hablar, la levanta con actitudes rotundas y, tiene una virtud, que en muy pocos hombres pueda verse: al hablar, mira expresiva y directamente, a cada uno de los que lo oyen.

Sus ademanes son reposados y armónicos con la expresión.

No se exhalta su voz; desde que inicia una conversación o un discurso, desarrolla un crescendo de inflexiones, que seguras y dulces, vibran sobre los temas.

Con una facilidad extraña, pasa de un asunto a otro, sin que por esto olvide el primero.

Sus pupilas de acero se incendian, cuando se le habla de algo que revele una lucha y un triunfo; y si es de un hecho raro, en que la inteligencia, el delito, el dolor o la risa, constituyan el caso, se hacen absortas.

Es ágil, y sus músculos, están educados en los ejercicios de fuerza, como los de todos los hombres modernos.

Sus visitas las recibe por turno riguroso y,—ya lo he dicho al iniciar este libro:—huye de digresiones, yendo siempre certeramente a la cuestión.

Así es el Senador de la República, Arturo Alessandri.

Y, hemos llegado a lo que más me interesa de él: su gran temperamento de Artista.

Casi nadie lo conoce y la vulgaridad bien vestida no lo concibe.

Pero, habreis de saberlo: es este temperamento, la más definida y sonora vibración de su espíritu.

Quien estudiare los aspectos de su vida, profundizando en cada uno de ellos, lo que de grande, de original, de espontáneo y de doloroso pudiera haber, si no es un bruto o un bribón huérfano de sentimientos, dirá sin vacilar:

Este hombre nació para ser un gran Poeta.

Y, así es.

El lo reconoce, sin que lo proclame.

Lo dice con esa vacilación que tiene todo aquel, para contar a otros que se ha *equivocado*.

En el transcurso de su biografía, vereis, que desde las aulas del colegio sagrado, en que hizo sus estudios preliminares, se alzó bellamente su alma de soñador, exteriorizada en su conducta rebelde, en su pasión por los estudios experimentales y extraños y en sus producciones en la literatura.

Hay en el fondo de su corazón, una secreta fuente de ideales y de sentimientos doloridos; y en su cerebro, aletea, el «Pájaro Azul de la Ilusión».

Decidme, sino es un Poeta, el que se abs-

tiene de ir a ver un drama doloroso, porque su emoción se desborda?

Decidme, sino es un Poeta, el que se estremece y transfigura sus facciones, ante un cuadro que describa un grito de la vida o un bello clamor de ella?

Decidme si no es un Poeta, el que ha seguido anhelosamente, toda la literatura contemporánea y moderna, y estudia y discute sobre versos, como lo haría un verdadero iniciado?

Las ciencias espirituales, esas sombrías ciencias, que tienen sus Universidades en el Misterio, lo cautivan; y de ellas habla, poseído del interés que solamente surge a los labios de aquellos, que por las radiantes escalas de su Fantasía, saben llegar a las estrellas...

La bárbara línea de los hechos, quiso, que el soñador enmudeciere al enunciar tal vez la primera palabra ante las Catedrales del Arte.

La política devoró al Artista.

Pero, queda en su alma el alcázar de sus sueños, intacto.

Y, llego a pensar, que quien sabe si un día, el tribuno, el jurista, el estadista, se transformen, en el dulce pastor de lo Bello...

Esperemos.

Ha cruzado mi pluma por sobre la vida de este hombre, que es hoy como una bandera sobre la masa tumultuosa de las multitudes, penetrando en todos sus perfiles.

He sido sincero al estudiarlo.

Entro ahora, a describir la trayectoria de sus años, ceñido a las elocuencias de la documentación.

Para exponer los hechos consumados de un hombre, es precisa la desnudez de una pirámide.

Sea entonces, la biografía de Alessandri, áspera y escueta roca, donde los escoplos de la palabra escrita, perpetúen su paso entre los hombres, desde 1869 hasta 1915.

Henos ante la piedra.

Tallemos.

De las Aulas
hasta el Foro

DE LAS AULAS HASTA EL FORO

Fué en pleno Estío cuando el niño se destacó sobre la vida.

La pompa de la estación gloriosa, con el zumbido de las abejas y el temblor de los pámpanos, dijérase que había querido ornar la cuna del infante.

Nació el 21 de Diciembre de 1869.

La provincia del Maule, el departamento de Linares y la hacienda de Longaví, pueden reclamar el honor de su llegada.

Don Pedro Alessandri y Doña Susana Palma son sus progenitores.

El primer Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario que Italia tuvo en Chile, es su abuelo paterno.

Un ilustre Presidente de la Corte Suprema de la República, es su abuelo materno.

Abolengos purísimos los dos, que indudablemente han dejado en el hombre un atavismo que se demuestra en las repercusiones de su vida con notas supremas.

Es el tercer hijo; y su infancia, como la de sus hermanos, tuvo por primera enseñanza las explosiones de la naturaleza grandiosa de los campos chilenos.

Es de preguntarse si su alma de soñador, no se forjaría al escuchar el canto de los pájaros, al ver el vuelo de las mariposas sobre la paz de las florestas; al sentirse bañado por el ruido de mar lejano que hace el viento entre las arboledas; al ver las vertientes plateadas cantando canciones a través de las peñas y bajo el sol de la tarde; al escuchar el crujido de las hojas muertas en el espesor de los bosques y al sentirse absorto y desconcertado ante el misterio de la noche estrellada: cuando los perros ladran allá en los senos insondables de la penumbra, y cuando cuentan las viejas en

torno a los braseros, ante los cuales están los gatos acurrucados, cuentos de ánimas en pena, de brujas que hacen maleficios y de ladrones que cruzan por los caminos, acompañados por la Mula Negra y de tres orejas en que monta el Diablo...

Creció en plena campaña agreste: nutrido de esa vida inocente y con perfumes de orégano, que entona sus himnos sagrados en nuestros bellos predios de América.

Seguir la vida del niño, hasta cuando en el reventar de la adolescencia, va a las aulas?

Nó.

Iniciemos la jornada con el *hombre*.

Un día, ya en todo el triunfo de la pubertad, entraba al gran «Colegio de los Sagrados Corazones» o sea al de los Padres Franceses.

Su figura en este histórico y cristiano

plantel, desde los primeros días adquirió perfiles concretos de alma no vulgar.

Era un inteligente.

Más tarde, y como todos los que han nacido artistas, se destacó con amplios aspectos de rebeldía, que tanto en sus maestros, como en sus condiscípulos, quedaban disculpados por su talento, por sus triunfos en el estudio y por su carácter, esencialmente original, sorpresivo y poblado de interrogaciones, que hechas a los Reverendos Padres, eran en los labios de aquel muchacho una amenaza para el porvenir...

Hizo dos años de escuela preparatoria y seis de humanidades, o sea los estudios que en España, en Francia, Italia y los demás países de América, son designados bajo el nombre de Filosofía y Letras.

He hablado con un viejo religioso,—que en los tiempos en que el joven Alessandri se educaba en el tradicional Colegio, era profesor.

Le pregunté sobre el mozo: sobre su conducta, sobre su mentalidad, sobre sus estudios y sobre sus éxitos.

Por los labios del Reverendo, supe, que el joven Alessandri, fué, lo que ellos llamaban, una de las *Estrellas* del Colegio.

Se distinguió en tres cursos: en historia, en matemáticas y en filosofía.

En esta última ciencia, descollaba; mas no para dicha del profesor, ya que al estudio ceñido de lo textos, interponía su propio raciocinio, promoviendo grandes discusiones......

Un día declaró, fundándose en los principios racionalistas, que era un risible absurdo el Génesis.

Trabó una polémica con el profesor, y en élla, ni uno ni otro se dieron por vencidos...... (?)

Más tarde, y en plena clase, sin preámbulos ningunos, negó la existencia de Dios, interponiendo sobre sus argumentos, la física, y la química y la lógica.

A pesar de este criterio de Alessandri, su carácter tenía en los primeros años de colegio, profundos aspectos de misticismo.

Lo absorbía lo desconocido; y toda su conducta y todos sus gestos, eran a modo

de una larga y extraña meditación, al rededor de las cosas impenetradas...

La historia lo cautivaba y en los cursos de ella, interponía audaces comentarios en torno de los hombres y los acontecimientos del mundo.

Cuando cursó química y física, en su espíritu se hizo una especie de transformación súbita.

Los experimentos lo obsesionaron; hallaba en ellos una suprema razón para explicar todas las cosas de la vida y, de deducción en deducción, fué que llegó a negar la existencia de Dios, con escándalo de todo el Colegio.

No obsta eso, para que, el que hoy es uno de los hombres más definidos de Chile obtuviera en aquellos aristocráticos bancos de los Reverendos Padres Franceses, los primeros premios.

La reproducción de ellos, en estas páginas, sean como las rosas blancas de su pasado.

Helos aquí:

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Química en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto, y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Geometría en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto, y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Física en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto, y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Literatura en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto, y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Honor en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de Religión en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Primer Premio de Filosofía 1.er año en el concurso del presente año escolar de 1886.

Por tanto y para que el agraciado conserve un testimomio de esta señal de honor, le damos las presentes. Diez y nueve del mes de Diciembre de 1886.

El Director.

Siete primeros premios, que son como siete potencias en la vida de un niño.

En 1887, un nuevo Premio de Honor, distingue su nombre:

COLEGIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES
DE
JESÚS Y MARÍA

El Alumno D. Arturo Alessandri ha merecido el 1.er Premio de honor en el concurso del presente año escolar de 1887.

Por tanto y para que el agraciado conserve un testimonio de esta señal de honor, le damos las presentes. Santiago, 19 del mes de Diciembre de 1887.

El Director.

Raul Escola V.

Copiapó, 28 de IX-51

El niño tiene 19 años.

Ha dejado los bancos del Colegio de los Reverendos sacerdotes y pasa a los de la Universidad de la República.

Su vocación fué absoluta: estudiaría Leyes.

Como en los Sagrados Corazones, en la Universidad también conquistó los primeros premios.

Imposible casi, y monótono sería, seguir por escala exactísima el estudio profesional de este gran predestinado del éxito.

Su mentalidad se marcó con características indiscutibles entre sus compañeros y ante sus profesores.

Era un absorbido del estudio y de la iniciativa.

La posesión del saber avasalló su espíritu en una forma abrumadora, según sus amigos de aquella época refieren.

Todo quería saberlo y ahondarlo.

Las doctrinas más modernas de la jurisprudencia de entonces, cantaron un aleluya en su cerebro.

Y, fué allá cuando aquel mozo imberbe y de pupilas afiebradas, pudo verse como un triunfador prematuro, lleno en todo él, de esa luz invencible, que solamente surge delante de los que han nacido para algo...

Alternativas de fortuna en los intereses de su padre, despertaron en Alessandri el sentimiento nobilísimo de ayudarse por sí mismo.

Y, a la decisión de su propósito, unió la selección de la labor.

En concurso y por unanimidad, obtuvo el puesto de Bibliotecario de la Biblioteca Nacional.

Desde que llenó su cargo, se hundió en

el laberinto de los libros, arrancando de ellos, todo lo que el saber de los siglos había acumulado entre la selva formidable de sus páginas......

Durante tres años desempeñó el cargo, —o que mejor podría decirse—estudió a la sombra de su cargo, a todos los hombres que han legado a la Humanidad los caudales imperecederos de su mente.

De una Biblioteca, entró a otra aun más intrincada y más trascendental para el alma de un hombre en gestación.

Esa Biblioteca fué la del Congreso de la República.

También por concurso y aprobado por unanimidad, fué que mereció el honor del puesto.

Sus funciones en él, alcanzaron un término de dos años y medio.

Ante mí, tengo diarios de aquella época, donde se elogia la conducta de Alessandri, señalándolo, como un joven concretado al estudio, al cumplimiento de su cargo y, además, ceñido a una moralidad incorruptible.

Podría pensarse que los estudios legales, que seguía el político, entonces, hubieran declinado en su jornada de triunfos, debido al compromiso de sus horas empeñadas en el deber.

Nó; Alessandri, infatigable: poseído de una fuerza moral, extraña a las generaciones gastadas, viciosas y débiles, en que nos ha tocado nacer, seguía su carrera imperturbablemente.

Ejemplo para los espíritus que constituyen la juventud de hoy, será este paréntesis de su vida.

Alessandri estudiaba, trabajaba, escribía artículos serios en *La Revista Económica*, órgano de alta resonancia en aquellos tiempos; y, como si su mentalidad, en sus desbordamientos buscase aun más horizontes, ascendía hasta la tribuna del *Ateneo de Santiago* y hasta la del *Club del Progreso*, centro donde los más fuertes cerebros de la raza nueva, celebraban el gran rito de sus pensamientos ante la expectación unánime del País.

Expresión honrosísima y llena de colorido en lo que se refiere a lo que fué, en aquellos días la obra intelectual de Alessandri, son los recortes de la prensa, que trascribo con regocijo y como un homenaje al esfuerzo y al mérito del batallador, cuya jornada expongo.

Estos recortes, amarillentos por el paso del tiempo, que no obstante su garra implacable para borrarlo todo—hasta lo infame —surgen hoy bajo el franco sortilegio de mi mano, semejantes a un Lázaro que os dirá, no la clave de las tinieblas de la Muerte, sino la gran palabra que dijo el *¡fiat lux!* del camino de un hombre en plena marcha hacia su Destino...

Sin comentarios, con la fuerte desnudez de las cosas impresas ha tiempo, amigos y enemigos de él: aquí están los recortes de que os he hablado:

"La Libertad Electoral"
25 de Septiembre de 1888

Ateneo de Santiago

Se abrió la sesión a las 8 P. M., presi-

dida por el Director de turno don Luis Barros Borgoño, con asistencia de los Directores señores: Gustavo Adolfo Holley, Ernesto Hübner, Benjamín Dávila Larraín, José Toribio Medina, Juan de Dios Vial Guzmán, Jorge Huneeus Gana, Luis Arrieta Cañas, el Secretario, Don Enrique Nercaseau y Morán; el Prosecretario, don Ricardo Montaner Bello, y un enorme número de socios.

Abierta la sesión, el Director de turno ofreció la palabra al joven don Arturo Alessandri Palma, que leyó un hermoso trabajo en prosa, titulado: «El poeta ante la mujer». Esta composición es una verdadera pieza de talento, y le valió a su autor una formidable salva de aplausos al dejar la tribuna.

El señor Alessandri, *a pesar de sus pocos años,* dió anoche pruebas de manejar con destreza y con suprema soltura una pluma llamada a darle más tarde el renombre de escritor ameno y correctísimo.»

"La Época"
Abril 23 de 1889.
Santiago.

El Ateneo de Santiago

Ante escogida y numerosa concurrencia, tuvo lugar anoche la segunda de las sesiones que el Ateneo de Santiago ha celebrado en el presente año.

Todos los socios inscritos, hicieron uso de la palabra en el orden en que estaban apuntados.

El señor Daniel Barros Grez, quien dió lectura a un importante trabajo, sobre las diversas transformaciones que experimenta el amor en su desarrollo.

El trabajo del señor Barros Grez, fué escuchado con grande atención e interrumpido por numerosos aplausos.

En seguida don Guillermo Puelma Tupper, dió una conferencia sobre la poesía argentina, haciendo un detenido estudio respecto a la personalidad literaria de los conocidos literatos Echeverría, Obligado y Andrade, y leyendo al mismo tiempo al-

gunas estrofas de cada uno de ellos. El señor Puelma fué muy aplaudido.

El señor Torres, de nacionalidad peruana, dió lectura a un trabajo histórico, sobre don Leandro Salazar, primer abogado chileno reconocido por las Cortes españolas.

El señor Alessandri Palma, dió a conocer su artículo titulado «Misterios de un rayo de luna», que mereció la aprobación y aplausos de los asistentes.

"El Ferrocarril"
Mayo 16 1889
Santiago

Club del Progreso

Con un crecido número de socios y diversos concurrentes, en su mayor parte estudiantes de derecho, celebró sesión anoche esta institución. El señor Arturo Alessandri abrió la discusión sobre las *bases del nuevo plan de estudios legales* presentado por el Ministro de Instrucción Pública. El dis-

curso del señor Alessandri mereció entusiastas felicitaciones de los concurrentes.

En seguida hicieron numerosas e importantes observaciones al referido plan los señores Vial Guzmán y Valdés Vergara.

Habiendo llegado la hora y antes de levantarse la sesión, se acordó celebrar una segunda sesión especial el Sábado próximo, a las 8 P. M., a fin de continuar la discusión de este tema. Las sesiones del Club son públicas y pueden tomar parte en sus discusiones todas las personas que lo deseen, sin necesidad de ser socio.

"Libertad Electoral"
Mayo 17 de 1889.
Santiago.

Club del Progreso

SESIÓN DE ANTENOCHE.—Se abrió la sesión a las 8.30 P. M., presidida por el director señor Vicencio, con asistencia de numerosos socios y otros concurrentes, entre los cuales recordamos a los señores.

J. de D. Vial G., I. Valdés Vergara, L.

A. Navarrete, Luis Arteaga, E. Reyes Videla, E. Matta V., N. Tondreau, R. Azo Cart, R. Montaner B., Pedro N. Vergara, A. Irarrázaval, Pedro García de la Huerta, Alvaro Bianchi Tupper, Cárlos Reyes S., Eleodoro Infante V., Manuel P. Ríos, Luis Goicolea, A. Labatut, Julio Prado, Carlos Estévez, David Benavente, Carlos Marín Vicuña, R. del Río, Tobías del Río, Juan I. León, Luis Espejo, A. Zilleruelo E. del Campo, y el pro secretario J. Valenzuela Darlington.

Abierta la discusión sobre las *Bases del nuevo plan de estudios legales*, el señor Arturo Alessandri P., dijo que se permitía presentar los inconvenientes de que, a su juicio, adolecía el plan de estudios legales presentado recientemente por el señor Ministro de Instrucción Pública, a fin de que una opinión más autorizada que la suya, haga valer las razones que pueden tener fuerza para las modificaciones que deben introducirse en ese plan.

Entre los principales defectos señaló la falta de orden lógico en la enseñanza del

derecho; el estudio de ramos de escasísima importancia como el derecho canónico y el español antiguo; la extensión considerable dada a esos estudios, de tal modo que puede calificarse de atentatoria a la libertad del estudiante, por cuanto sólo a los favorecidos de la fortuna les sería permitido seguir esos largos cursos.

Manifestó en seguida que no era su propósito criticar el mencionado plan de estudios, sino señalar algunos puntos que debían ser mirados con atención por persona de palabra más autorizada que la de él.

"Libertad Electoral"
Mayo 21 de 1889.
Santiago.

Continuando la discusión de las *Bases del plan de Estudios legales*, presentedo por el señor Ministro de Instrucción Pública, el señor Montaner Bello hizo algunas observaciones sobre el particular, concretándose especialmente a demostrar la inútil y perjudicial agrupación de asignaturas de

ninguna necesidad actual. Refiriéndose al estudio de Sociología, que coloca entre esta clase de estudios, presenta en su apoyo la opinión del redactor de la «Revista Económica», que no reconoce a la sociología como ciencia formada y definible.

Defendió por otra parte la enseñanza del derecho canónico que, a su juicio, considera por ahora necesaria, aun cuando más tarde llegue a ser completamente inútil.

Contestaron al señor Montaner Bello, haciéndole observaciones en contrario, el señor T. del Río Soto Aguilar, en lo que se refiere al estudio de la sociología y don A. Alessandri en lo que corresponde al derecho canónico.

"El Ferrocarril"
Septiembre 12 de 1889.
Santiago.

Club del Progreso

Presidida por el director de turno señor Rivera Jofré y con asistencia de los señores G. A. Holley, E. Vásquez Guarda, A.

Alessandri Palma, L. A. Navarrete, N. Montes Santa María, J. Pérez Canto, I. Valdés Vergara, B. Dávila Larraín, H. Tagle Muñoz, N. Peña Munizaga, A. Molina Ravanal, A. Labatut, J. Prado, E. Matta Vial, A. Quezada, J. Barros, E. Robles Rodríguez, J. Casas Espínola Montebruno, N. Sánchez, M. Vargas, J. Cepeda, D. Toro Melo, E. Reyes Videla, F. Orrego, A. Vicencio, el secretario señor Barros Borgoño, el pro-secretario Valenzuela Darlington y muchos otros que no recordamos.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, pidió la palabra el señor Alessandri Palma, para llamar la atención del club a las medidas propuestas por la comisión de hacienda encargada de estudiar el problema de la vuelta al régimen metálico, principalmente a la que se refiere a la acumulación de pastas metálicas en arcas fiscales, medida que él considera perjudicial a los intereses del país, a la par que contraproducente, juicio que sostuvo apoyándose en las teorías económicas modernas y algunos ejemplos prácticos.

Contestó el señor Dávila Larraín disintiendo de algunas de las ideas emitidas por el señor Alessandri sobre la acumulación de pastas metálicas y presentando a su vez el ejemplo del procedimiento adoptado en la hacienda alemana desde el año 71.

Finalmente, el señor Montes Santa María corroboró las opiniones del señor Alessandri con el recuerdo de las medidas financieras de Mancini en Italia, que consiguió llevar al país al régimen metálico, por medio de la reducción de los gastos públicos y el impulso dado a la producción italiana bajo su administración, sin necesitar para ello de atesorar en arcas fiscales pastas metálicas.

Se levantó la sesión quedando encargada la comisión de tabla de reunirse el Sábado próximo para acordar los temas y conferencias que el Club estudiará en el trimestre del año último.

"Libertad Electoral"
Octubre 10 de 1889.
Santiago.

Club del Progreso

Anoche celebró sesión presidida por el señor Dávila Larraín y con asistencia de los directores Barros Borgoño, Arrieta Cañas, Robinet, Rivera Jofré, Valdés Vergara, Valdés Valdés y el pro-secretario Valenzuela Darlington.

Don Luis A. Navarrete dió remate a un erudito estudio científico sobre el transformismo, cuya primera parte había dado a conocer en sesiones anteriores. El trabajo del señor Navarrete fué escuchado y aplaudido con gran interés.

Don Arturo Alesandri P. hizo una conferencia sobre la personería jurídica, trabajo que demostró, en su joven autor, dotes de verdadero talento y mucho amor por el estudio y mucha versación en las doctrinas individualistas. En una parte de su conferencia hizo el señor Alessandri Palma un curiosa reseña de la economía polí-

tica en Chile, elogiando los trabajos de don Marcial González y don Cristóbal Valdés, que fueron en su tiempo los primeros que se ocuparon de economía social.

....

....

Llenad los puntos suspensivos, diciéndome, que opinión os merece un muchacho de veinte años, que en la tribuna así sorprende?

Era el Iniciado, por la razón incontenible del atavismo, de la constitución cerebral y de su destino.

Ungido por la gracia del *Yo,* gracia, que tan pocos espíritus pueden aclamar en este maremagnun de simulaciones, que se llama, Vivir: él, hizo la natural irrupción de todo aquello que nace como los grandes árboles de la montaña: derechos al azul infinito; brindado albergue en sus espesuras a la orquesta de los pájaros errantes y fieramente tendidos los ramajes al azotazo de las tempestades...

Arrancándole, como un exhumador frío y analítico, su trasunto a los tiempos que fueron, es que he reproducido literalmente la palabra de la prensa de hace cuarenta años.

Muchos viejos de ahora, al leer los párrafos de entonces, han de hacer la amable añoranza de aquel amanecer, en que las primaveras de todas las alegrías cantaban sobre sus vidas, santificadas tal vez por besos de pecado...

Y, no me resigno a pensar, que alguno de estos contemporáneos del *joven* Alessandri, no lea hoy estos recortes, echando de menos los tiempos felices, entre uno y otro quejido de reumatismo o uno y otro chillido de los nietos tumultuosos...

Ellos, esos viejos, sé que han de suspirar entonces, y, acordándose del nunca bien mentado don Ramón María del Valle-Indán y Monte Negro, mi muy querido amigo, han de decirse, cerrando las pupilas fatigadas por los estrépitos del mundo:

...Eran tiempos aquellos, en que teníamos pomposos amaneceres!...

Pero... Eso son éllos.

Los hombres de antaño, son los patriarcas o los muertos de ahora.

Los adolescentes de ayer son los hombres de hoy.

La ley atropelladora de las evoluciones.

Alessandri, es ahora, no el jovencito lleno aun de los balbuceos de la inexperiencia.

Se destacó allá, por esos días, como una anunciación.

Hoy se destaca como un hecho.

Pero......

Retrocedamos.

"Libertad Electoral"
Junio 10 de 1890

Ateneo de Santiago

Numerosísima fué la concurrencia que asistió anoche a la sesión que celebró este importante centro literario científico. El salón presentaba un hermoso golpe de vista, realzado con la presencia de algunas

señoras y señoritas y representantes del Cuerpo Diplomático. Presidió el señor Jorge Huneeus, con asistencia de los señores directores Arrieta Cañas, Dávila Larraín, Medina, Nercaseau y Tondreau.

Se leyeron los siguientes trabajos:

«Fuegos fatuos» y «La muerte del poeta», poesías por don Samuel Lillo, que arrancaron bastantes aplausos a la concurrencia.

«Algo sobre filosofía», trabajo del señor Luis A. Navarrete, que revela en el autor un prolijo acopio de datos y de consultas.

«Algunas observaciones sobre la pena de muerte» (contestación a un trabajo del señor Puelma Tupper sobre el mismo asunto), en que su autor, el señor Arturo Alessandri Palma, dió a conocer un buen caudal de conocimientos y pacienzudo estudio de los penalistas modernos.

"Libertad Electoral"
Junio 17 de 1890

Fragmento

Abierta la sesión, se concedió la palabra a don Alberto Berguecio, quien dió lectura a un trabajo titulado «Estudio sobre la teoría de la pena de muerte», el que dió lugar a una discusión, en que tomaron parte el autor del trabajo y don Arturo Alessandri.

Ambos polemistas fueron bastante aplaudidos por la especial preparación que dieron a conocer en el curso del debate, por su facilidad y destreza para hacerse cargo de las opiniones del adversario y porque dieron bastantes pruebas de ingenio y de excelentes argumentadores. La discusión fué interesante, sostenida y agradó bastante a la concurrencia.

Terminada la discusión, don Luis Alberto Verdejo leyó algunas observaciones sobre las poesías de don Pablo Garriga.

A las $10\frac{1}{2}$ P. M. se levantó la sesión.

"Libertad Electoral"
Septiembre 30 de 1890.
Santiago.

Ateneo de Santiago

Anoche celebró sesión presidida por el señor don Benjamín Dávila Larraín con asistencia de los directores Bulnes y Tondreau, el secretario señor Huneeus y prosecretario señor Alessandri.

El señor don Honorato Soto, miembro correspondiente del Ateneo, leyó una poesía titulada: *La voz del genio.*

Don Arturo Alessandri, un trabajo que intituló: *La Economía Política no es el arte de hacer fortuna,* en el cual se ocupó de refutar un sofisma muy común, cual es el de creer que la Economía constituye un talismán que ha de traer la riqueza al que posee los secretos de la ciencia.

El señor don Carlos L. Hübner leyó un juicio crítico sobre la obra del señor Jorge Huneeus, titulada *Plumadas.*

Quedaron inscritos para leer trabajos en

la sesión del Lunes próximo, el señor director don Gonzalo Bulnes y los socios señores Luis A. Navarrete, Adolfo Labatut y Carlos A. Gutiérrez.

Estamos en la tragedia formidable.

Es el año de 1891.

Los chilenos se asesinan a lo largo de las llanuras, en las montañas abruptas y en los mares solitarios.

El estrago de la guerra civil, pasa sobre la República, entre los estrépitos de la fusilería, la visión medrosa de la sangre y el eco de los gemidos.

Un ambiente de terror llena todas las almas.

El odio es una consigna general.

La Muerte pasa de extremo a extremo del territorio, bajo las notas aterradoras de un estruendo de cañones y de gritos asesinos.

Las familias están divididas.

La amistad es una palabra sin sentido.

Las vinculaciones de pensamiento están rotas por la cuchillada de los antagonismos.

Todos los hombres son enemigos.

Un viento de catástrofe lleva rachas de espanto a todos los hogares.

Los jefes supremos de los dos bandos organizan metódica y friamente la cruzada del exterminio.

En cada mano tiembla una amenaza y en cada corazón se estremece una fiera.

Es la Revolución.

No soy el llamado a evocarla en todo su proceso terrorífico.

Sé dos cosas, únicamente: que Chile perdió treinta mil hombres en los campos de combate y, una más: que hubo un hombre, que fué el Genio, sacrificado ante las aras de su grandeza.

Para calificar su vida y sentirse sobrecogido, no es preciso más que esta palabra, que todos los labios puros pueden pronunciar sin miedo alguno:

Balmaceda.

Rompo la pluma con que he trazado su nombre, como si hubiera escrito el de un joven Dios ....

....

Y, fué en aquellos días de muerte y de pánico, cuando el huracán de la sangre se desencadenaba sobre las almas, que el estudiante Alessandri surgió sobre la tribuna de la prensa, escribiendo artículos de agresión en las columnas memorables de un diario, que fué roca amenazadora en medio de aquel océano de venganzas:

La Justicia.

Así se llamaba.

Su aparición fué un grito de batalla.

Su actuación, fué una batalla.

Cada una de sus páginas, era una increpación.

Cada uno de sus redactores, era un combatiente.

Voló sobre las turbas, aquella hoja, como un vuelo de aguilas, que entre las garras llevaran teas encendidas.

En *La Justicia* escribía Alessandri.

El muchacho, desposeído hasta entonces de un carácter resueltamente señalado, no tuvo la figuración práctica, con que su espíritu, quizás soñó...

Mas eso, no fué obstáculo, para que sus ideas estallaran sobre la perspectivas de la contienda.

Escribió, conspiró y fué perseguido.

En todo caso, su actuación fué la de un decidido, cuyas acciones mentales, tuvieron en esa hora de duelo, el aspecto mismo de un fusil en los sanguinarios tumultos de la lucha...

Si me abstengo de reproducir algunos artículos de ese que fué el diario, *La Justicia*, obedezco simplemente a un sentimiento de concordia, a través de las corrientes encontradas de un país, que no es el mio.

Henos en plena paz.

Ya los espíritus y el desenfreno de las pasiones están encauzados.

Es el año de 1893 y Arturo Alessandri rinde su examen final, ante la Corte Suprema de Justicia.

Ya es abogado.

Antes ha presentado su Memoria, para merecer la Licenciatura de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas.

Aquella Memoria tuvo ante los juristas de la época el valer de una gran pieza profesional.

El aplauso y la admiración de sus colegas lo rodea; y, como confirmación de su

mérito, ella fué publicada en los *Anales de la Universidad de Chile.*

Este honor lo merecían únicamente los que realizaban con su talento una legítima conquista dentro de la Ciencia o dentro del Arte.

A manera de un recuerdo, para que un día puedan leerlo aquí sus descendientes —si es que este libro se salva del naufragio del tiempo—transcribo el Diploma que la Corte de Justicia le otorgara al coronar sus estudios.

Este es el documento:

La Corte Suprema de Justicia de la República de Chile.

Por cuanto don **Arturo Alessandri Palma,** Licenciado en Leyes de la Universidad, ha acreditado tener los requisitos y aptitudes necesarios para el ejercicio de la profesión de **abogado:** Por tanto le declaramos con derecho para ejercer esta **profesión** en el territorio de la República.

Para este efecto le expedimos este **Diploma** sellado con el **sello** de la **Corte Suprema,** y refrendado por su **Secretario.**

Santiago, Enero 2 de 1893.

(Firmados)

José María Barceló

Carlos Risopatrón **Máximo Flores**

Gregorio Víctor Amunátegui

Andrés Sanhueza **Leopoldo Urrutia**

De orden de S. E.

Gonzalo Montt,
SECRETARIO.

Ya es el Doctor en Derecho y Ciencias Políticas.

La vida se alza ante su pisada como una fortaleza que debe tomarse.

Entra en la senda sombría y emprende la jornada.

Sigámosle.

Desde el primer momento, los Tribunales de Justicia, destacan su perfil lleno de ocultas complicaciones y sorpresas...

Alessandri llega a ellos; y, es desde aquel año, su personalidad de jurisconsulto, asombra al Foro y al público.

Como estas páginas, no son un libro de *efemérides*, ni tampoco un guía de caminantes, no soy, quien ha de ir diciendo punto por punto, la labor profesional de Alessandri.

Sintetizando, menciono sus juicios más ruidosos y más legítimamente triunfales.

Ha defendido:

A la Compañía Carbonífera de Lota y Coronel, contra la Compañía Inglesa de Vapores.

Causa: lo que se llamó el abordaje al vapor, *Don Matías.*

El pleito de la Sucesión Varela.

Fué el liquidador y además, el abogado de los herederos, logrando por medio de su talento, de su versación y de sus pruebas abrumadoras que había al rededor de esta herencia de millones, un testamento falso.

Los falsificadores están en la cárcel y los legítimos herederos en posesión de la fortuna.

Pleito entre la Compañía de Lota y Coronel, con la Sociedad Comercial Francesa.

Es un caso interesantísimo: la Compañía de Lota y Coronel, es carbonífera. Tiene sus vapores que embarcan el *oro negro,* y lo reparten por el mundo.

En estos embarques, cae un enorme torrente de carbón al mar que, acumulado por los años, ha llegado a formar opulentos bancos.

La «Compañía Comercial Francesa», queriendo explotar el gran tesoro sumergido, denunció pertenencias submarinas...

La Compañía Carbonífera, comprendiendo aquel formidable ¡alerta! interpuso pleito contra la institución francesa...

El juicio se hizo; y desde las primeras diligencias, con características sensacionales.

Alessandri, abogado de la Compañía de Lota, triunfó.

Su contendor fué el ilustre jurisconsulto y político, don Enrique Mac-Iver.

Otro pleito colosal y, por el extraño personaje, protagonista de él, digno del argumento de un folletín.

Hablo de Jacques Lebaudy—*El Emperador del Sahara.*

Este francés, neurótico, *excéntrico profesional* y super-millonario, es el principal accionista de la Compañía Huanchaca, minas de estaño en Bolivia.

Se le quería despojar, según la versión pública.

Alessandri lo defendió.

Y, en pugna con una de las grandes lumbreras del Foro de Chile, el extravagante millonario francés, Jacques Lebaudy, después de un juicio, tan breve como resonante, venció a sus expoliadores.

Toca mencionar el juicic más grande de todos, que sobre las capacidades del gran jurista se haya desplomado.

Es un tremendo pleito, que hacía doce años se desarrollaba.

Dos familias en contienda encarnizada, disputábanse la posesión de un centenar de millones.

Todos los colosos de la jurisprudencia chilena, habían tenido aquel expediente aterrador entre sus manos.

Mac-Iver, don Emilio Claro, el Senador don Pedro N. Montenegro, Ministro de Estado actualmente; el Senador don Guiller-

mo Rivera, don Leopoldo Urrutia, don Pedro Pineda, don Pedro Ríos y el gran don Absalón Valencia, Ministro de la República como Montenegro, (hasta cuando escribo este libro...).

El juicio lo tomó Alessandri por una de las partes. La lucha con todos los ilustres abogados fué implacable. Las incidencias, los recursos, los caudales en juego y hasta las amenazas, forman en torno de esta herencia enorme, un sombrío enredijo cuyo *nudo gordiano*, desató Alessandri, con la sentencia de la Corte de Justicia, dictada el 29 de Mayo de 1911.

La victoria fué suya.

El pleito, fué el de la sucesión Verdugo-Perfetti.

Alessandri defendía a los primeros.

Su informe sobre este gran asunto judicial, publicado en un grueso volumen en Valparaíso, el año de 1909, es profunda fuente de enseñanza, según sus propios contrincantes, para los jóvenes abogados.

Así también lo son, sus otros dos folletos, respectivos al juicio entre la Compañía de Lota y Coronel, y la P. S. N. C. por abordaje del vapor *Victoria* al *Don Matías*, y, también, el que trata del pleito entre la Compañía de Seguros «La Royal» y doña Narcisa Fuente de Alba, viuda de Raposo.

El primero de estos volúmenes, fué publicado en 1912 y el segundo en 1896.

En síntesis de la vida jurídica de Alessandri, puede decirse, que ha sido en Chile, el hombre por cuyas manos han pasado más pleitos. Que el noventa y ocho por ciento de ellos los ha ganado y que es temido entre todos los miembros del foro, cuando es adversario.

Su labor, a lo fecunda, une lo intrincado y lo glorioso.

Su despacho, es una especie de romería de gentes grandes: damas y señores, pertenecientes al Foro, Senadores, Diputados; personajes de provincias, y, por sobre ese

conjunto tan heterogéneo como brillante, un desfile de desheredados de la vida, que en la prodigalidad y en el corazón del hombre, buscan aliento, alivio y paz......

El para todos, tiene su alma abierta y, también su bolsa......

Un día me reí a carcajadas, me reí con todos mis nervios y mi mente, de una ingenuidad, que por lo sencilla, lo natural y lo bondadosa, me conmovió.

Alessandri, conocedor de mi carácter, que con espontaneidad naturalísima, desconoce esa ciencia de hombres sin corazón y sin talento, que pomposamente llaman la *economía*, me dijo:

—Ud. Claudio de Alas, nunca será rico en su vida. Jamás tendrá fortuna. Ud. es un loco. Todo lo reduce al sentimiento de la gloria; y con gloria no se vive.

—Y, por qué, señor?

Mi pregunta era, en el fondo de mi alma, un festival de orgullo. Me sentí comprendido con nobleza.

Grave y solemne, me repuso:

—Por qué Ud. lo da todo. No tiene con-

ciencia del dinero; es de una prodigalidad escandalosa......!

Y, hasta este momento, en que capto al recuerdo esta sencilla escena, me río a carcajadas del bueno de don Arturo Alessandri.

Me habla de prodigalidad y de que nunca seré rico.

Cuando me lo dijo, frunciendo el sereno entrecejo, tuve la malévola intención de preguntarle sin preámbulos:

—Señor: comparados nuestros *bienes*, nuestras obligaciones y nuestros ideales, quien de los dos es más derrochador?

Don Arturo Alessandri, es uno de aquellos hombres, que pierden mil pesos, para convencer a un cualquiera, de que no debe dilapidar uno.

La genialidad también tiene aberraciones; y siempre son encantadoras.

El «amor al dinero» en Alessandri, lo comparo con el amor a los chistes en Thomas Edisson: ante los buenos chistes, se queda lúgubre como una tumba, y ante los malos, se muere de risa.

Como sea, es bello encontrar en un hombre trascendental, gestos de niño.

Es ante esos gestos, que un psicólogo puede descifrar a los que nacieron buenos y a los que del vientre materno, saltaron sobre la vida, con una patente de facinerosos en el alma......

Nada más tengo que escribir que colinde con los triunfos jurídicos de Alessandri, ni con su carrera, a través de todo lo interesante que ella registra.

Por las grandes compañías comerciales, siempre ha sido solicitado para que las represente ante la ley.

Hoy es abogado, de la «Compañía Estañífera Llallagua», de la «Huanchaca», minera, como la anterior, de la «Compañía Carbonífera de Lota y Coronel», del «Teatro Municipal» de Santiago y de otras mu-

chas, que me abstengo de nombrar, puesto que estas páginas, bajo ningún concepto tienen el carácter de un catálogo.

Poseído por temperamento, como por estudio y práctica, del secreto de la victoria judicial, en su paso por ella, ha ido como un triunfador.

Y, nunca, (esta es una verdad que acepta la discusión de quien lo quisiere), se ha hecho cargo de un asunto, donde la justicia y el derecho no campeen plenamente.

Su reputación de abogado su fuerza como tal y las esperanzas indiscutibles, que al mundo de las leyes chilenas ofrece su nombre, calificativo más que absoluto serían, para presentarlo a la consideración pública, como un personaje definido con honor.

La política ha rodeado su vida.

Entró en ella, fuerte, sin miedo y con el alma en la mano.

Ha vencido.

El Parlamento lo consagró.

Su jornada en él, es una sucesión de cosas grandes.

Estudiémoslo a lo largo de ese tránsito, en que está fundida toda su capacidad y toda su sinceridad.

Estudiémoslo.

En el Parlamento

EN EL PARLAMENTO

Don Arturo Alessandri ya es un Representante del pueblo en la Cámara de Diputados de la República.

Estamos en 1898 y es la Provincia de Curicó, quien por medio de la conciencia popular, lo ha llevado hasta el Congreso.

Gran valor tiene, para hablar de aquel advenimiento, el que reproduzca un editorial de *El Ferrocarril* de entonces, o sea el decano de la prensa de Santiago.

Dice el diario austero y solemne:

«*Una abrumadora mayoría de votos liberales, escrutados en los colegios electorales del departamento de Curicó, condujo al señor*

Alessandri a un asiento de investidura popular en la Segunda Cámara.

Es, tal vez, el señor Alessandri uno de los diputados más jóvenes que ocupan un lugar prominente en el templo de las leyes.

A pesar de su aspecto físico, que parece no despertar aun de la adolescencia, es un aventajado político y un abogado de relieve sobresaliente.

Liberal sincero, con altas cumbres de independencia, posee dotes culminantes de criterio político, realzadas por su inquebrantable energía y osada intrepidez.

Orador parlamentario atrayente, de acción desenvuelta, su palabra destella fuerza de lógica y de elevado raciocinio.

Posee la gran virtud de la modestia.

La pedantería, los discursos biliosos, la tribuna de la notoriedad populachera y vana, no conoce al señor Alessandri como adherente.

Habla siempre oportunamente, dejando su palabra estela luminosa de erudición y talento.

Es un soldado apuesto del Partido Libe-

ral, un porta-estandarte de la doctrina, de la bandera política que lo cobija.

Puritanista, no es sectario ni intransigente; por el contrario, lo hemos visto luchar con denuedo, calzando el guante blanco de la hidalguía.

La juventud liberal espera mucho aun del señor Alessandri, joven laborioso y de verdadero talento.»

Y, a manera de una evocación de aquellos días en que, puede decirse, Alessandri estaba en los primeros límites de su *pubertad parlamentaria*, me hago un deber en reproducir, lo que puede llamarse: el tributo de Curicó a su Representante.

Si mi propia palabra fuese la que narrara aquella recepción de hace diecisiete años, no tendría mas que el miserable valor de un vino malo, puesto en la botella de un vino de dos siglos.

La Prensa, que fué el diario que habló entonces narra:

Asamblea Liberal

Llegada del diputado Alessandri

En el teatro

El Domingo, como estaba anunciado, en el tren ordinario llegó a Curicó el Honorable diputado don Arturo Alessandri.

No menos de mil quinientos electores liberales lo aguardaban en la estación de los ferrocarriles, recibiéndolo con aclamaciones y vítores estruendosos.

Conforme al acuerdo tomado por el Comité Ejecutivo de los trabajos electorales, el señor Alessandri, acompañado del señor senador don Fernando Lazcano y del presidente del Directorio Liberal, don Miguel M. Cruz, se dirigió al teatro de la ciudad, seguido de aquella enorme masa política. Allí aguardaba ya un gran número de ciudadanos que prorrumpieron en entusiastas vivas al señor Lazcano y al señor Alessandri, apenas estos caballeros penetraron al interior de dicha localidad.

Un momento más y el teatro de Curicó se hizo estrecho para contener tan enorme concurrencia que había acudido a la llamada.

En la mesa presidencial, colocada en el proscenio, tomaron asiento el señor Cruz Bascuñán, los señores Lazcano y Alessandri y los dos secretarios señores Olavarría y Paredes.

A los lados tomaron asiento también los miembros del directorio y muchos otros distinguidos caballeros, entre los cuales se hallaban los señores don José Zacarías Moreno, primer alcalde de Villa Alegre; don Manuel Galán, alcalde de Chépica; don Pedro Iturriaga, alcalde de Teno; y don Manuel Barros I., alcalde de Rauco.

El señor Cruz B. se levantó para declarar abierta la gran asamblea y, en términos breves pero vibrantes, expuso su objeto y preconizó la conducta parlamentaria del Diputado Alessandri, subordinando su Candidatura para el próximo período legislativo, a la decisión y voluntad exclusivas de la concurrencia.

Una salva de aplausos, bien nutrida, respondió a la palabra prestigiosa y autorizada del simpático caudillo, que terminó ofreciendo la palabra.

Don J. Domingo Paredes usó de ella, como sigue:

«Señores:

Ha sonado la voz de la llamada y llegado la hora de la acción: por eso nos encontramos reunidos aquí, viejos y jóvenes, los veteranos de la política liberal del departamento, de la noble provincia de Curicó, como la juventud que viene a sentar plaza en nuestras filas siempre compactas y siempre por siempre victoriosas.

Hace años, señores, a que venimos cobijándonos bajo la noble enseña de la idea liberal más lógica y racionalmente comprendida; de esa enseña que con tanto brillo han sustentado, para honra del Parlamento Nacional y de las conveniencias públicas, nuestros mejores amigos, los señores don F. Lazcano y don A. Alessandri.

Señores: en estos solemnes momentos, en medio de tan significativas manifestaciones de la vida republicana, yo, viejo soldado liberal, voy a haceros una confesión amarga: no creo ya en los hombres que forman las grandes agrupaciones, en esos hombres que han pervertido las doctrinas, que han derribado la moralidad y los principios de sus antiguos asientos, que han muerto las esperanzas populares de mejoramiento económico, de bienestar moral y político, y producido en su lugar la duda, la negación y el extravío de las masas.

Habreis notado, señores, que el lenguaje en uso, ampuloso y falso, no conmueve a nadie. En vano se invocan *las banderas*, los antiguos ideales; inútilmente se intenta producir la unidad, la compaginación de los elementos dispersos de un cuerpo gangrenado, enfermo hasta la muerte; la anarquía avanza en su fatal carrera, el sectarismo estrecho le presta alas, la inmoralidad sus influencias disolventes y el día de la rehabilitación parece alejarse mucho

más allá del límite que pueden alcanzar nuestras miradas.

El cuadro podrá parecer sombrío, pero de su exactitud responden los hechos y la conciencia universal.

Es por eso, señores, que nosotros, los buenos liberales de Curicó, nos sentimos satisfechos de poder contar con dos hombres públicos expertos, a los cuales hemos erigido en caudillos, que nos devuelven afecto por afecto, que, en el Congreso, ponen sus talentos y sus virtudes al servicio de la provincia entera; dos hombres para quienes la opinión guarda sus energías irresistibles; dos hombres que, en el naufragio de la pública moralidad y en el general desconcierto, se mantienen fieles a la idea, esperando que llegue la ocasión en que el liberalismo, en que los grupos en que se encuentra dividido, se refundan, con arreglo a sus tendencias y afinidades, dentro de la moral y de la ciencia.

Y a la verdad, es ya necesario, señores, que la política no sea lo que es hoy: palenque de miserables pasiones, de intereses

morales estrechos, surco donde se siem bran falsas doctrinas en cambio de pasajeras ventajas, para producir miserablemente el odio de razas o de castas.

Y esta, señores, es la ocasión oportuna para recomendar a nuestro honorable amigo Alessandri, que no se separe jamás de la recta política que sigue; que se mantenga en la integridad de sus principios, que son los nuestros; que ajuste sus actos públicos y parlamentarios a los dictados de su conciencia de hombre de verdad, de justicia y de progreso; que desdeñe la falsa política, esa política que pugna contra la moral y el orden y que mira indiferentemente el malestar del pueblo y el desaparecimiento de los nobles caracteres.

Yo estoy seguro, señores, de que Alessandri, hombre de alma y de pensamiento, se mantendrá fiel a sus antecedentes; que conservará la total independencia de su juicio para discernir con acierto, dentro del caos político, de qué lado se hallan los mejores rumbos, los que más puedan interesar a la Patria y a nuestra provincia de Curicó.»

Para él debe ser grato, esencialmente grato, ver que sus viejos amigos no lo abandonan, que la Asamblea liberal del departamento, tanto como la Asamblea de Vichuquén, le renuevan la confianza que le discernieron, por vez primera, en 1897, llevándolo a la Cámara Joven en brazos de un triunfo electoral que ningún miembro del Congreso ha alcanzado jamás.

Para nosotros también, señores, es honroso y halagüeño considerar que, desde aquella fecha memorable, reivindicamos la autonomía del partido liberal contra el antiguo sistema de imposiciones vergonzosas, de esas influencias malsanas del centralismo político de la capital de la República, eterna mengua para los pueblos cultos, para pueblos que, como el nuestro, tienen derecho a elegir a voluntad sus representantes al Congreso y al Municipio.

Desde entonces, señores, el partido liberal curicano se independizó del histórico tutelaje y, libre como el águila, manda al Congreso los hombres de sus afectos, de su confianza y de sus personales simpatías.

¡Que procedimiento más normal, que situación más conforme con la idea republicana, con el principio democrático! Y al mismo tiempo, ¡que honor para los elegidos!

La Asamblea liberal de Curicó podrá señalar rumbos a sus hombres y podrá decir a cada uno de ellos con el excelso poeta español:

«Cuando sigas la senda verdadera, !Avanza! — te diré — que el bien nos guía: — y cuando empieces a dudar:—¡Espera!».

Señores: interpretando el sentimiento dominante en esta escogida cuanto numerosa asamblea, podría asegurar al señor Arturo Alessandri que, a juicio de ella, ha merecido bien de la provincia y que puede estar seguro de sus voluntades.

En seguida se levantó el señor Alessandri, saludado por una frenética explosión de aplausos y vivas, y arrebató a la asamblea con su palabra fácil, nítida y sonora.

Dijo que venía a cumplir el más imperioso de sus deberes: a dar cuenta del modo cómo había desempeñado el mandato popular que había recibido por segunda vez de sus electores; que en todos sus actos políticos y parlamentarios se habia inspirado en los rumbos que le trazara la política, alta y patriótica, del caballeroso senador de la provincia señor don Fernando Lazcano, política eminentemente liberal, fundada sobre las conveniencias nacionales y exenta de odios y pequeñeces; que había consagrado sus esfuerzos al bien de la provincia de Curicó, estimulado por su amor a ella y por los fuertes vínculos que a ella lo ligaban; que siempre se había mantenido fiel a los principios liberales, rindiendo culto absoluto a la doctrina; que para él y en su calidad de diputado al Congreso, sus electores habían sido su todo y que si seguía contando con la confianza de ellos, no se apartaría una línea de esa conducta; que en tal caso continuaría estimándose genuino representante de Curicó, atendiendo a que su elección, como siempre, la

debería a la voluntad popular, libre y ajena de toda imposición extraña a la espontaneidad políticas con que el pueblo lo ha venido enalteciendo.

El brillante discurso del distinguido hombre público fué interrumpido mil veces por las aclamaciones de la Asamblea, sin que nos fuera dado seguirlo en el sorprendente vuelo de su oratoria excepcional.

Después del señor Alessandri fue anunciada la palabra del señor senador Lazcano. Al ponerse de pie el eminente repúblico, la concurrencia lo aclamó y aplaudió por largo tiempo, revelándole, en forma, por demás imponente, la intensidad de su respeto y del cariño hacia su persona.

Su discurso, pronunciado con acento reposado y tranquilo, fué escuchado por la concurrencia con religiosa atención e interrumpido sólo cuando el orador tocaba alguno de sus grandes tópicos sobre el mejoramiento moral y material del pueblo.

Entonces, la ola desbordante del entusiasmo popular lo contenía por algunos instantes.

El discurso del señor Lazcano, en fin, causó en el auditorio, la más favorable impresión.

He aquí el expresado discurso.

Señores:

Empezaré por agradecer los conceptos con que se me ha favorecido y que sólo se fundan en amistosa benevolencia.

El talento brillante del señor Alessandri, que lo señala como uno de los miembros más distinguidos del Congreso chileno, su amor a nuestra provincia, donde pasó toda su niñez, y su celo por servirla justifican sobradamente la renovación de su mandato.

Mandato que impone grandes responsabilidades.

Tarea difícil de cumplir a causa de la esterilidad parlamentaria, originada por el fraccionamiento de los partidos y por el

doctrinarismo que en alguno de ellos impera.

Es un hecho cierto que con menos ostentación de doctrina, con menos discusiones de principios trabajarían más los Congresos y se obtendría todo aquello que el País aguarda con anhelo.

Las discusiones doctrinarias, que tienen su oportunidad, son inoficiosas al presente.

Hay sólo trabajo y mucho trabajo se necesita.

Hoy sería de desear que los electores, dejando a un lado al doctrinarismo, llamen de todos los campos y lleven al Congreso hombres de inteligencia y laboriosidad, capaces de realizar la más amplia protección al trabajo, al comercio, a la agricultura.

Procediendo así tendríamos progreso y riquezas y aprovecharíamos los dones que con mano pródiga concedió Dios a Chile.

Debido a luchas doctrinarias ha sido nula la labor de nuestras Cámaras.

Nada, o casi nada, han hecho con rela-

ción a la enseñanza, a ferrocarriles, a obras públicas.

Sobre ferrocarriles y obras públicas existen muchos proyectos, que debieran ser ley, y que duermen, por desgracia, el sueño de los justos.

El sectarismo universitario ha impedido que la enseñanza particular goce de la libertad a que tiene perfecto derecho. Libertad limitada hoy por reglamentos, comisiones examinadoras y otras trabas.

Aprisionada así la enseñanza particular, temen muchos hombres del Congreso que la instrucción primaria obligatoria corra igual suerte y prefieren cerrarle su camino.

Y los liberales, que aceptamos mayor garantía y libertad para la enseñanza particular y que reconocemos como necesaria la instrucción primaria obligatoria, nada podemos hacer en su beneficio, condenados a presenciar que todo lo dificulta y mata el afán de luchas doctrinarias.

Como deber de patriotismo se impone, pues, la necesidad, vuelvo a decirlo, de lle-

var al Congreso hombres que por su talento, por sus cualidades y por su probidad puedan servir al lustre y ventura de nuestra patria.

Hombres que realicen las mejoras materiales, que el país necesita, protegiendo abiertamente todas la industrias, autorizando la construcción de líneas férreas y dando vida a la marina mercante nacional.

Hombres que hagan respetar el derecho de los electores, no permitiendo que ningún funcionario administrativo influya en las elecciones.

Que moralicen de veras la Administración.

Que nivelen los ingresos con los gastos.

Que pidan se aumenten y consoliden amistosas relaciones con otros países, sin mengua de nuestra dignidad, sin sacrificio de nuestro territorio.

Señores: al concluir permitidme expresar el deseo de que la síntesis de nuestro mandato al diputado liberal de Curicó sea esta: que busque en el futuro Congreso a los hombres de trabajo y los ayude con su

esfuerzo inteligente; sin olvidar jamás, que sólo por el trabajo se llega a la grandeza y a la prosperidad de las naciones.

Por último y aceptada por aclamación la candidatura del señor Alessandri, el señor Cruz B. lo proclamó solemnemente y dió por terminado el acto.

La Asamblea se disolvió en medio del mayor orden y compostura. Resultado consiguiente a la bondad de los elementos que la constituyeron, tanto como a la bondad de la causa y prenda segurísima de un triunfo próximo, más brillante, si cabe, que los alcanzados por el gran partido en su larga lista de campañas y de victorias.

Llamó la atención la gran cabalgata que escoltó al señor Alessandri y a su numerosa comitiva, desde la Estación al Teatro.—Lo menos 2500 jinetes, en formación correcta, hicieron tan magnífico como significativo desfile. Esa fuerza electoral responde a las influencias políticas de los señores Moreno B. y Luis Fernández B.

Por último, réstanos dejar constancia de que la secretaría del Comité recibió te-

legramas y cartas de adhesión de los señores Luis Fernández B., Fermín del Real y quince caballeros de Chépica, J. Domingo Castro, F. Carrasco, Baldomero Valenzuela, T. Marchant P., Francisco Leyghton S. y P. A. Marín.

El Banquete

En el espléndido hotel del progresista caballero español don Marcos Gil Sainz, se había preparado un regio banquete con que los amigos del señor Alessandri quisieron festejarlo.

Efectivamente, a las 7½ P. M. una comisión compuesta de los señores Cruz B., doctor Toro C., Valenzuela S. y Paredes, invitó al señor diputado a pasar al local preparado para la fiesta.

A las 8 en punto principió el banquete que amenizó una magnífica orquesta traída expresamente de Santiago.

Al rededor de la mesa, ubicada bajo los emparrados del Hotel Gil tomaron asiento, entre otros que no recordamos, los siguientes caballeros: Arturo Alessandri,

Miguel M. Cruz, Evaristo Merino, Isaac Urzúa R., J. Domingo Paredės, Víctor Toro C., Genaro Valenzuela S., Manuel Galán, Hermenegildo Donoso, Armando Olavarría, Gustavo Toro C., doctor Carranza, J. Zacarías Moreno, Ismael Velasco, Carlos Rencoret, doctor Osorio, Adolfo Rodríguez, Alfredo Urzúa, Ricardo Silva A,, Amador Herrera, Próspero Vélez, Manuel Barros, Braulio Ortíz, Alejandro Cabello, L. Alejandro Mardones, Francisco Lazo, Diego Molina, Guillermo Donoso, Heriberto González, Jovino Merino, Aníbal Paredes G., Pedro L. Labbé, Custodio García, Domingo Paredes G., Eduardo Labbé T., Armando Oyarzún, Luis V. Mardones, Manuel Retamal, Arturo Mardones, Belisario Valenzuela L., Avelino Muñoz, Miguel L. Merino, Antolín Campusano, Justiniano Cabello, Rufino Valenzuela, Antonio Duarte, Víctor Cubillos, Alamiro Valderrama, Belarmino Lizana, Francisco Valderrama, Francisco Ramírez, Eduardo Briones, Alberto Silva L., J. David Durán y Samuel Araya.

Hicieron uso de la palabra en felicísimas improvisaciones, los señores Miguel M. Cruz, Alessandri, Olavarría, Valenzuela S., J. Domingo Paredes, Retamal B., L. Alejandro Mardones, en nombre de Santa Cruz, Evaristo Merino, Silva Arriagada, Víctor Toro C. y Alfredo Urzúa.

Excusado será decir que las horas se pasaron deliciosamente en medio de una expansión y alegría generales.

El señor Marcos Gil desplegó un verdadero lujo de gusto artístico y de irreprochable servicio.

El Menú, impreso en elegante cartulina, contenía la siguiente dedicatoria: Al diputado por Curicó, *señor don Arturo Alessandri*, sus correligionarios y amigos. Enero 25 de 1903.

He aquí el servicio:

Consommé, Corbine a la Ravigote, Galantine aux Cannetons, Filet a la Duchessa, Bouches a la Reine, Poulet a la Marengo, Veau aux Petites-Pois.

Hors d'œuvres variés, Mayonaise de Homar, Sanglier a la chilienne, Jambon

de Valdivia, Punch moscovite, Asperges en Branches.

Dindonneau roti, Macedoine de légumes, Fromage, Tarte aux noix de Panamá, Tarte curicana, Gelée, Boudin diplomatique, Flan, Charlotte Russe, Fruits assortiss.

Vine Rouge, Tocornal Pinot, Vinos blanco, Errázuriz Panquehue, Champagne, Liqueurs et Cigares.

Volveremos a decirlo, todo, todo fué allí irreprochable: la Empresa de Luz Eléctrica preparó una instalación amplísima, profusa, que daba al recinto una claridad semejante a la del día. A espaldas de la mesa de honor se destacaba una estrella de luces del mejor efecto y circundaba los contornos del soberbio emparrado una guirnalda de mirto, formando, en espacios diferentes, las iniciales del festejado, en forma realmente graciosa.

A las doce de la noche terminó tan simpática manifestación de confraternidad y

cariño, comprometiendo, sin duda, el alma de Arturo Alessandri, a sentir por sus buenos amigos, recuerdos que el tiempo no podrá borrar, y a éstos, firme resolución de mantenerse fieles a la bandera hasta alcanzar un triunfo que sobrepase todo cálculo.

Copiapó, 10-IX-916.

Echegoyen

Cuan hermoso y dulce es exhumar el pasado.

Cuantos hombres habrá hoy, que al leer esa reproducción, tiemblen y digan: «yo estaba allí!»

Un recorte de diario, que hable de nosotros, es en el crescendo sorpresivo y sombrío de los años, una joya, que va adquiriendo mérito mientras más vieja sea.

Alessandri mismo, ha de sentirse emocionado al leer *eso*, que señaló la alborada de su vida política.

Y, un día, sus hijos podrán entregar este libro a todas las manos, precedido de esta simple pero inmensa dedicatoria:

Aquí está mi padre.

Se inicia, pues, la vida del adalid.

Diputado fué en 1898, y en el mismo año, gobernando la República, don Federico Errázuriz, fué nombrado Ministro de Industria y Obras Públicas.

Su profundo estudio en todos los órdenes del progreso de una nación, lo hicieron merecedor de tal honra.

Tomo por tomo y página por página, repaso las colecciones de la prensa de aquel tiempo, y, haciendo un resumen de su labor como Ministro, obtengo este memorándum, que en la conducta pública de un hombre, es como una patente de honradez, de inteligencia de conocimientos de su suelo y de patriotismo.

Alessandri, hizo un viaje a todas las provincias del Norte, para en el propio campo, hacer efectivas las atribuciones de su categoría.

Como un redentor de aquellas regiones abandonadas, fué de una en una: estudió la situación de todas. Los ingenieros y los financistas que lo acompañaban, trazaron proyectos, hicieron apreciaciones, estable-

cieron cálculos concretos y, consecuencia de todo, que cada uno de los pueblos visitados por el Ministro tanto del Sur como del Norte, puede hoy recordar felizmente, que un joven Representante del Gobierno, les preguntó, durante una visita que les hizo:

—«Qué necesitan ustedes?»

Y, al decirlo, él repuso:

—Lo tendrán:

Qué Ministro de Industria, puede tener el orgullo de enumerar tantas obras, como él?

Todos han de repetir siempre el nombre de esas obras:

Prolongación y ensanche del Malecón de Coquimbo.

Construcción de un gran muelle en ese puerto.

Instaló las comisiones de ingenieros, que debían prolongar las líneas férreas de Pueblo Hundido y las Animas, hasta el Inca del Oro y los Pozos.

Para construir un muelle de cabotaje en Chañaral, solicitó los fondos necesarios. Los obtuvo y el muelle se construyó.

Ordenó la prolongación del ferrocarril de La Paloma a San Marcos.

La del ferrocarril de la ribera sur del Choapa a Illapel.

Hizo que se construyera un ferrocarril entre la Serena y Vallenar.

El ferrocarril de Coquimbo a Ovalle, carecía de material rodante. El obtuvo los fondos para comprarlo.

Alcanzó, por medio de una lucha encarnizada en la Cámara, que se le diera dinero a su Ministerio para la construcción de puentes carreteros, para la reparación de los caminos y para el mejoramiento de todas aquellas vías de enorme importancia, que conducen a los centros mineros de Coquimbo y Copiapó.

Las ciudades de la Serena, Copiapó, Coquimbo, Vicuña y Ovalle, no tenían agua potable.

Sin transigencias de ninguna clase, exigió del Gobierno dinero para darles agua a estos centros.

Los obtuvo; y, es por la energía del joven Ministro de 1898, que pueden decir

al pasajero, estas ciudades: «tenemos acueductos».

Esas sus obras en el Norte; las del Sur, unen a la importancia para aquellos días y para los de hoy, la trascendencia para el futuro.

Inició la construcción del ferrocarril de Pitrufquén a Loncoche y de Loncoche a Antilhue.

¿Qué significa para Chile esta vía férrea?

Todos los chilenos lo saben:

Que las provincias más distantes del Sur, están unidas con la Capital de la República.

Quien quiera diría que Alessandri para este fecundo y victorioso desempeño, necesitó ser Ministro veinte años...

Nó. Su labor y su cartera, no tuvieron más que el término de doce meses.

En Chile, donde la caída de los Ministerios es como la caída de las hojas, antes fué mucho tiempo el que duró el suyo.

De sus oficinas de funcionario de Estado, pasó a la Sala de la Cámara, en la que

su talento inició la jornada de la sanción gubernativa, la reforma de las leyes y la purificación de los procedimientos.

Así entró Alessandri entre los patricios nacionales.

Continuemos.

Esta obra no es, en ningún caso, el «diario de un señor».

Se limita a narrar los actos y las circunstancias culminantes de su jornada hasta hoy.

He llegado hasta ese lago, lleno de tormentas y de estruendos, que se llama: su Vida Parlamentaria.

No he de hacer de ella un Calendario, desde una vez que sus detalles sobresalientes interpretan toda la magnitud de su proceso entre los hombres.

Como yo voy a seguir tras ella, seguidla vosotros también.

Los hechos que la señalan, reasumen dentro de la representación popular, la más concisa y negada de las virtudes,

en los tambaleos de la conciencia pervertida de las costumbres.

¿Cuál?

Que Arturo Alessandri, como Diputado de la República, ha sido siempre un hombre sincero, noble y honrado.

La ruta de sus batallas, está marcada por la mano de la victoria.

Este hombre ha sido, como parlamentario, una espada esgrimida sobre la cabeza de los malos gobernantes.

El Presidente Don Germán Riesco era el primer ciudadano de Chile, en 1906.

Alessandri era uno de los jefes de la Oposición.

Don Pedro Montt, ese extraño legislador: áspera mentalidad vaciada en moldes de hierro, que hizo todo lo bueno que pudo hacer, era el sucesor de Riesco.

Alessandri, seguía alzándose como un jefe de la Oposición.

Para el Gobierno del uno, como para el del otro, el tamiz de su criterio no tuvo contemplaciones.

Se hizo el cirujano de sus actos.

Sancionó todos sus procedimientos.

Fué analizador y acusador.

Por su mano pasaron las acciones de aquellos jefes del Estado, como dos filtros de los cuales el hombre arrancaba la esencia.

El concepto más absoluto de la sanción llenó su mente en esos dos períodos.

Y, unido por solidaridad de credo, como de criterio, con Alfredo Irarrázaval, con Ramón Rivas Ramírez y con Enrique Zañartu, abordó de frente y sin vacilaciones, todo aquello que bajo Riesco y Montt, era merecedor del reproche o la protesta.

La acusación, como un pájaro de fuego, volando amenazante sobre las cabezas de los Ministros, abrió sus alas muchas veces en aquellos días...

Y, era entonces que su verbo sonoro, implacable, pleno de la verdad y abrumador en el campo de las cosas comprobadas, atraía las multitudes, recibiendo de ellas el estrepitoso tributo de sus ovaciones...

Así también los otros: Irarrázaval, Rivas Ramírez y Zañartu.

Todos fueron adalides de la protesta.

Bajo la voz de este *Cuatur* abrumador, los Ministerios se tambalearon y cayeron, entre la aprobación de todos los chilenos sin complicidad y sin abdicaciones...

Pero...

Hagamos el resumen de su actuación parlamentaria.

Que él sea escueto y desposeído de las pompas del comentario.

Los hechos grandes se valorizan por sí mismos.

Son como el trueno que retumba en el silencio de un firmamento inmutable y radiante...

En 1906 Alessandri se erguía en la Cámara para en las sesiones de 24, 30 y 31 de Agosto, al influjo de tres discursos irrefutables, obtener del Gobierno lo que se llamó: *la constitución de la propiedad salitrera.*

La Nación toda conoce en la teoría y en

la práctica el resultado sorprendente de esta campaña poblada de combates.

Era ese mismo año el del vértigo del oro: cuando todo Chile, como autosugestionado por el sortilegio de los millones, hizo en los altares de la Bolsa el temerario holocausto de sus economías hasta llegar al naufragio...

Alessandri, como tantos, se arruinó.

Capitales casi fabulosos jugaron entre sus manos.

La bancarrota vino.

Se hizo después de esa vorágine de los capitales el silencio; y Alessandri, en absoluta *debâcle,* sin desconcertarse, poseído de esa filosofía serena que solamente hay en el corazón de los que tienen la rareza de esgrimir un *Yo*, hizo la síntesis de su situación; y sin miedo, seguro de sus aptitudes y convencido de sus deberes, todo lo tremendo de su situación lo resolvió gloriosamente con esta sola palabra: trabajo.

Y fué el vencedor.

Así fué. Su tesón, su energía, su videncia del futuro y sus agresiones ante la ad-

versidad, conjuraron la caída, hasta levantarlo en triunfo sobre los escombros del desastre.

Merced a que medios?

A su capacidad, a su valor y a su voluntad, únicamente.

El por El y ante El.

Helo ahí todo.

Otro acontecimiento aparece en su carrera representativa.

Es la huelga espantosa de Iquique, en 1907.

La resolución de ella, por parte del Gobierno, está señalada en la crónica del tiempo, por el 21 de Diciembre, o sea por ese trágico día en que las ametralladoras del Ejército, por orden de un Consejo de Ministros, presidido por don Pedro Montt, segaron las turbas acorraladas...

Alessandri, interpeló al Gobierno.

Su palabra fué un grito de condenación. Declaró culpable de la muerte de aquellos miles de hombres, al Ministerio.

Al Ministro del Interior, lo llamó, «¡Asesino del pueblo!»

La Epoca—diario de la tarde que delató la masacre alevosa en todo su pavor, fué clausurada atrabiliariamente, violándose con esto los preceptos más crasos de la libertad de imprenta

Alessandri defendió esta libertad; y es la misma *Epoca*, la que en un artículo, que no he de dejar fuera de estas páginas, califica su actitud.

Este es el artículo de *La Epoca*:

En la Cámara

«La Epoca», 4 de Enero 1908

Soberbia interpelación del señor Alessandri

El Ministro Sotomayor confundido

La clausura de «La Epoca»

La mentira oficial

La Cámara de Diputados ha sido teatro en los últimos días de uno de los más brillantes debates que registran los anales parlamentarios de los últimos tiempos.

El honorable diputado por Curicó ha confirma-

do su nombradía de primer orador del Congreso chileno, bombardeando incontrastablemente al Gabinete Sotomayor, hasta helar el cinismo político del Jefe del Ministerio, que hasta ahora se había burlado de las leyes, del Congreso y del país entero, apoyándose en su audacia inaudita.

Durante una semana, solo, ante una Cámara comprometida de antemano con el Ministerio a apoyarlo con un voto que violenta sus conciencias y que repugna al país entero, el joven diputado de Curicó ha asombrado a su auditorio con sus arranques de patriotismo, de talento y de oratoria, pulverizando todas las defensas del Ministro-Regente.

En la sesión de ayer, el señor Alessandri tuvo momentos verdaderamente dignos de ser calificados de sublimes.

Con la sonrisa en los labios, imperturbable y sereno en su figura arrogante, tan parecida a la del gran Dirnalli, ese diputado azotó con su palabra como con un látigo de fuego a los malos gobernantes del país.

Luego, llegado el momento de ocuparse de la clausura de *La Epoca*, batió de reducto en reducto, de Código en Código, al Ministro que buscaba algún asidero legal en la más mínima sutileza de las leyes para salvarse de ese adversario implacable.

Vencido, confundido y balbuceante, el Ministro anteayer soberbio y despreciativo, debió enmude-

cer, mientras llovía sobre él el torrente de las iras patrióticas y vehementes del señor Alessandri.

Al fin el Ministro debió decir que él no había autorizado el secuestro de *La Epoca*; ñegó vergonzantemente el rapto de audacia que cantaba un día antes.

Y desde las galerías, el Intendente de la provincia, que asistía al debate, desmintió al Ministro en voz baja ante las personas que lo rodeaban, diciendo que había procedido en virtud de órdenes terminantes emanadas de su persona.

Es inútil la mentira oficial: 3,000 personas, entre las cuales se eñcuentran diez diputados, varios Ministros de las Cortes de Justicia, dos notarios públicos y dos directores de diarios han visto en la tarde del 24 de Diciembre que el ayudañte de la Sección de Seguridad, señor Achurra, con seis agentes, secundado además por un comisario, un subcomisario y diez guardianes, impedían la salida de este diario.

En el Senado, la palabra convincente y respetable del honorable senador don Joaquín Walker Martínez, ha dicho al Gobierno que los acontecimientos dieron la razón a las informaciones de *La*

Epoca y ha pedido todos los antecedentes de su clausura.

El Gobierno al mentir, ha reconocido, pues, su falta y su atentado contra las leyes.

La actitud del honorable señor Alessandri merece el aplauso del país entero. Si por compromisos de partido la mayoría de la Cámara no lo acompaña, la opinión pública lo acompaña y lo admira.

Muestra elocuente de esta admiración ha sido la espontánea manifestación que los asistentes a las galerías de la Cámara hicieron al orador al terminar la sesión, acompañándolo en medio de estruendosos vivas hasta el Club de la Unión.

Esa personalidad simpática y popular tiene el mejor de los premios en la aprobación unánime del país, o por lo menos en el respeto y la admiración de sus adversaries de buena fe.

He aquí el proyecto de acuerdo que presentará el señor Alessandri:

«En vista de los antecedentes que han obrado alrededor de los acontecimientos recientes en Iquique, y los que han dado margen para el decomisamiento de la edición de un diario de Santiago, la Cámara acuerda: que las medidas adoptadas al respecto por el señor Ministro del Interior son erróneas.»

Sufra la suerte que sufra esta moción, el autor de ella ha cumplido con sus deberes de ciudadano y de patriota, al ser el único que tuviera la entere-

za suficiente para enrostrar sus faltas y sus enormidades al Gobierno.

Por el honor del País y por el prestigio de la Cámara, cuyo nivel moral ha levantado, felicitamos al ardiente y caballeroso bayardo parlamentario, por su brillante actitud.

Alessandri hizo un viaje a Iquique, cuando aun la sangre de las turbas rojeaba ante los ojos estupefactos de la América.

Su llegada tuvo para aquel pueblo acribillado, el carácter de la de un vengador; y la ciudad desventurada, con los puños cerrados le rindió el inmenso tributo de sus lágrimas y su silencio...

Algo enorme y de una resonancia sin límites, es el punto en que ahora surge la figura del Diputado de Curicó.

Es la interpelación Granja.

Hacer la historia de este asunto escandaloso, no es página para este libro ni para la pluma de su autor.

El Gobierno concedió un préstamo a Granja y Compañía.

La operación tuvo el carácter de un hecho anticonstitucional y sin precedentes.

El Ministerio, ante la conciencia de la Oposición, era un reo manifiesto, que merecía el castigo.

La Oposición hizo su proceso, y, bajo la más alta nota expectativa, el país esperó el veredicto arrancado por los representantes de su honradez —a los que la honradez legislativa habían atropellado.

Los debates fueron violentos.

La Cámara joven en aquellos días era una densa montaña de cabezas.

Todas las clases sociales llenaban las galerías; y cada uno de los que en ellas estaban, era un sensor sobrecogido de ansia.

El Ministro del Interior, don Rafael Sotomayor, un hombre frío, inmutable y desconcertante por su indiferencia, recibía la tempestad sin un estremecimiento.

Hundido en su sillón, su figura tenebrosa, irrumpía entre las espirales de su habano, sin que ninguno de sus músculos,

como si fueran los de un «convidado de piedra», temblase al influjo del vendaval de acusaciones, que desde las filas de la Oposición alzábase para ir a fustigar su nombre con acentos implacables...

Alessandri, pronunció su discurso condenativo el 6 de Julio.

La imponente sala era como una mar sombría, en el cual estuviera contenida una pavorosa borrasca...

No había un sitio.

Las tribunas del Cuerpo Diplomático, a más de estar ocupadas por casi la totalidad de éste, surgían bajo las cataratas doradas de la luz, semejantes a un jardín colgante de pieles regias y de plumas temblorosas.

Eran las damas que querían también escuchar el anatema del Diputado joven, en aquel escueto drama republicano.

Reproducir ese discurso en este libro sería alzar una montaña sobre la línea recta de un camino.

El por sí sólo, no explica el complicado y lejano enredijo.

Tuvo la palabra cinco horas; y es una de las más elocuentes, bravas y pomposas piezas oratorias que registren los anales del Parlamento.

Fué una como *catilinaria,* que suspendiendo todos los espíritus, consagró al tribuno para siempre.

El Ministerio cayó derribado.

Y, de una a otra frontera de la República, pareció escucharse un gran himno de beneplácitos para los vencedores.

La cuestión Granja marcó en Chile una éra.

Para todos los Ministros de todos los tiempos, siempre será un fantasma: algo como una de esas siniestras cruces que anuncian el precipicio en la soledad de los caminos.

Atrayente, inmutable y rauda como un gran río que deslizándose por entre las selvas va directo al mar, su vida pública sigue desde aquel día deslizándose a través de las selvas de la Política.

Su voz resuena triunfadora en los debates de más trascendencia.

La Nación lo admira.

El Gobierno lo teme.

Y el pueblo y la juventud lo aman.

La Argentina celebra el primer Centenario de su Independencia.

Alessandri es designado para formar parte de la Delegación que iría a la Capital de la gran República en representación de la Cámara Joven de Chile.

Los días de la gloria argentina, alzan su clamor sobre la inmensa Buenos Aires.

El Sol de Mayo pone una gran aureola de luz sobre las almas del pueblo de Mitre.

La Cámara, como uno de los más solemnes números del programa de festividades, celebra una Sesión, con la concurrencia del Presidente argentino y del de Chile y con la de todos los Embajadores y prohombres de todo el mundo, que fueron a la Nación del Plata a honrar aquella inmortal hora de su historia...

Alessandri ocupaba esa tarde imperecedera uno de los sillones de honor de la Cámara; y, según las informaciones entusiastas de toda la prensa, después de los discursos oficiales, tanto por boca de argentinos, como de representantes extranjeros, a pedido de las damas que llenaban las tribunas y de los mismos Diputados, el Presidente le ofreció la palabra al joven leader de Chile.

Inicióse su improvisación con un estruendo de aplausos; y, ante Su Excelencia Figueroa Alcorta, Presidente de la República Argentina, ante Su Excelencia Pedro Montt, Presidente de Chile y ante Su Alteza Real, la Infanta Isabel de Borbón, hermana del Rey España y Embajadora de la Madre Patria, Alessandri se alzó, y dijo:

Señor Presidente: Cien años de vida libre, que son apenas un instante en el infinito de la historia, han bastado para convertir, para transformar el Virreinato del Plata en un pueblo que figura con brillo, con honor y con grandeza en el concierto

armónico de los pueblos civilizados. *(Aplausos).*

La República Argentina invade hoy los mercados del Universo con sus productos, y recibe, en retorno de ellos, a raudales sus tesoros; la República Argentina asombra al mundo con su progreso material y deja las huellas gloriosas de su intelectualidad en los congresos internacionales, donde se están debatiendo en estos momentos las grandes cuestiones que tienden a unificar la humanidad, que tienden a agrupar a los pueblos en un solo haz y que propenden a formar de ellos un solo pueblo inspirado en un gran pensamiento: el progreso humano! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados).*

En todas partes, señores, la República Argentina deja trazas indelebles de sus progresos, de sus aspiraciones, y por doquiera pasa marca su camino con una estela luminosa. Este gran país, este gran pueblo es un sol que brilla por sí mismo y que alumbra su propia senda: es un sol que se fecunda, que crece y que se genera

con sus propios esfuerzos, con su propio calor! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos).*

Nosotros los chilenos, señores, miramos con cariño, miramos con amor, consideramos que son nuestros los triunfos y las victorias del progreso que hoy alcanza la República Argentina, porque las almas del pueblo argentino palpitan hoy y vibran al unísono de las almas del pueblo chileno; los corazones de allende y de aquende los Andes se estremecen juntos palpitando en una sola y única aspiración: la fraternidad, la unión indeleble, la unión indisoluble de estos dos pueblos! *(Bravos y aplausos en las bancas y en las galerías).*

Los chilenos no podemos olvidar que, cuando una nube tempestuosa y negra se cernía sobre la patria naciente, cuando se apagó el brillo radioso de su estrella solitaria, cuando sonó para ella la hora más negra y difícil en la historia de su emancipación política, se encontró un hogar cariñoso, un asilo seguro, bajo el cielo azul de esta bendita tierra, y se alzó también

majestuosa y soberana la figura épica del gran caudillo don José de San Martín, quien enjugó las lágrimas de los expatriados, endulzó las amarguras de su ostracismo, y los levantó audaz sobre los picachos altivos y nevados de los Andes, hasta darles gloria y libertad! *(Grandes aclamaciones al orador. Bravos y aplausos. En las galerías, vivas a Chile y a la República Argentina).*

No podemos olvidar tampoco los chilenos, señores, que amenazada nuevamente nuestra libertad y derechos en Cancha Rayada, fué un argentino ilustre, el general Las Heras, quien recogió un puñado de patriotas, los organizó y los llevó como contingente heroico al campo de Maipú, donde brilló glorioso el sol de Abril. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

Ni podemos olvidar que el año cuarenta y dos marchó todavía una legión más poderosa,—porque si son grandes y gloriosas las legiones de aquellos que dan honor en los campos de batalla, son mucho más gloriosas y más grandes, quizás, las de

aquellos que vencen en la esfera de la intelectualidad y del pensamiento,—Chile no puede olvidar que el año cuarenta y dos una pléyade de insignes argentinos llevaron toda su intelectualidad a nuestro país para confundirse con los nuestros, para derramar raudales de luz sobre todos nosotros y para venir después a depositarlos nuevamente dentro de los suyos. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

La Italia, ese gran pueblo, cuyo paso en la historia se marca siempre por la luz radiante de algún progreso fecundo, vive orgullosa, y con mucha razón, de haber conquistado el espacio con Marconi. Pero se me permitirá también decir que nuestros héroes de la Independencia conquistaron el espacio con su afecto, con su cariño y con su amor, porque impulsados por el anhelo ardiente de libertad y patria, fueron bastantes para derribar montes, para salvar tierras y para unir en una sola aspiración y en un solo grito de victoria el alma de dos pueblos! *(Aplausos prolongados en las bancas y las galerías).*

Voy a terminar, pero antes de hacerlo permitidme, señores, un recuerdo cariñoso, un recuerdo que se impone en este momento.

Recorriendo la historia, vemos que hace siglos, un visionario, un iluminado, un iluso para la multitud, corría de corte en corte pidiendo amparo para descubrir un mundo que su genio veía en las tinieblas impenetrables de lo desconocido. No encontraba apoyo, no hallaba refugio... Sólo una mujer, una gran mujer, Isabel la Católica, comprendió a aquel hombre, y tomando sus joyas, sus brillantes más preciados, los que significaban tal vez para ella la tradición de sus mayores, la gloria de sus antepasados y el cariño de sus muertos, los entregó confiada al genio de Colón, que en un día de tormenta gigantesca del cielo y de borrasca más grande todavía en las almas de sus compañeros de viaje, levantó un mundo al grito de ¡Tierra!... desgarró con su linterna el velo que cubría un orbe desconocido y puso a los pies de la Reina Isabel, esa joya mas preciosa que todas aquellas de que se desprendiera la gran reina en

un acto sublime de fe y de magnanimidad! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Repetidos aplausos en las bancas y en las galerías).*

Y era natural, señores, que Isabel la Católica fuera quien acogiese a Colón, porque era mujer, y el alma y el corazón de la mujer son el tabernáculo que la naturaleza ha hecho para depositar las grandes ideas, las grandes aspiraciones y los grandes consuelos! *(¡Muy bien! Aplausos).*

Era lógico que Isabel la Católica ayudara a Colón, porque era española y porque España ha estado siempre, a través de los siglos, dispuesta a recoger las ideas grandes, dispuesta a recoger las ideas nobles!

Yo sentí vibrar mi alma, llena de santo patriotismo, llena de recogimiento religioso, cuando ví ayer en las fiestas patrias de este gran pueblo, la bandera española que se inclinaba en honor del primer mandatario de esta gran República.

No podía España excusar este tributo de noble grandeza a la libertad de esta patria que ella misma engendró, pues las luchas titánicas de la independencia son glo-

riosas para los vencedores y para los vencidos, porque los héroes españoles y los héroes patriotas caídos a millares en los campos de batalla, dejaban sus mortales despojos entre raudales de sangre, y de esos mismos manantiales volaban puras y unidas sus almas hacia la altura, arriba, a la región sublime y misteriosa donde se condensa y une cuanto hay de grande, de generoso y de noble! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

¡Grandes fueron los héroes de España porque batallaron por su patria y por su rey! ¡Y grandes fueron los héroes de América porque batallaron también por su patria y por su libertad! *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).*

Yo termino, señores, y creo interpretar en estos momentos la aspiración unánime del pueblo chileno, declarando que al cabo de cien años se vuelven a encontrar de nuevo estrechamente unidas las almas chilenas al lado de las almas argentinas. Esta mañana, cuando veía a bordo del acorazado *O'Higgins* la banda bicolor, símbolo de

amor, símbolo de patriotismo, símbolo de luz y de cariño para la República Argentina; cuando veía esa banda brillar al lado de la que cruza el pecho del mandatario de mi patria, decía yo: Hé ahí lo que hizo la historia, hé ahí a estos dos pueblos que nacieron juntos a la vida libre, como buscan el centenario de su emancipación para unirse, para petrificarse... porque si es verdad que una convulsión geológica titánica levantó la cordillera de los Andes, no es menos cierto que una convulsión más grande, la convulsión de los afectos, la convulsión frenética del patriotismo, ha borrado esa frontera, ha petrificado para no separarse más, el alma argentina con el alma chilena! *(Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos y calurosas felicitaciones al orador).*

—Se retira del recinto S. A. R. la Infanta doña Isabel de Borbón, acompañada del señor Presidente de la República de Chile y del señor Presidente de la República Argentina.

—Nuevos aplausos en las galerías y re-

11-12

petidos vivas a España, a Chile y a la República Argentina.

A los aplausos desencadenados del auditorio unióse el homenaje de los abrazos, y a éste, uno más honroso, más hondo: uno que ha de proclamar la Historia: ese fué, el llanto de la Infanta Isabel, que en cristalino raudal, tembló a manera de un clamor de las patrias edades sobre la augusta palidez de sus mejillas

---

Una nueva nota de honor, nimba la carrera del hombre.

Ella es la designación que la Cámara le hace, para que la represente en Bolivia, en la inauguración del Ferrocarril de Arica a la Paz.

Alzóse entonces su figura con el brillo de siempre en la República fundada por el Libertador Bolívar.

Su verbo llenó de ecos triunfales la sala del Parlamento boliviano en una sesión

memorable, y el recuerdo de su paso, lo señala la prensa de aquel país, bajo las características de una sucesión de éxitos.

La victoria preparábale un nuevo abrazo a su regreso.

El viaje a Bolivia fué en los primeros días de Mayo, y el 17 del mismo mes, sin que cayera el Ministerio Rivas Vicuña-Villegas, el Gobierno con la complacencia de todos los partidos, entrególe la Cartera de Hacienda.

Las huellas de su labor en ese elevado desempeño, perduran hasta hoy.

El Album Político de Chile, obra completísima, de la que es autor y editor el reputado crítico, señor Alfredo Valderrama Pérez, refiriéndose a la actuación de Alessandri en el Ministerio de Hacienda, dice:

«Impulsó el proyecto de reorganización de los servicios de Hacienda; elaboró un proyecto de impuesto sobre la renta y otro destinado a nacionalizar las Compañías de Seguros.»

«Su discurso sobre política salitrera, provocó generales aplausos en el país y en

el extranjero; y en su exposición de la Hacienda Pública, obtuvo en el Congreso la más franca aceptación, pues hizo una relación llena de claridad y sencillez, innovando la antigua costumbre de hacerla en forma ingrata y obscura, completamente ininteligible para todos los que no conocieran a fondo la contabilidad fiscal.»

Y, continúa el interesante libro, diciendo de su persona, en esta forma:

«Son dignos sus discursos de recordarse siempre; sus discursos sobre la cuestión financiera, en los que señaló con suprema valentía el conjunto de intereses extraños al Fisco que contribuyen y contribuirán siempre al malestar económico del País.»

La silueta de Alessandri, trazada sabiamente por el señor Valderrama, concluye, diciendo:

«Hoy, don Arturo Alessandri, reparte su actividad entre la atención que le demanda su Estudio de Abogado y sus tareas de legislador; y contribuye en la más eficaz de las formas, como desde antiguo lo ha hecho, a la reforma de nuestro viejo

Código y a la reforma de nuestra moderna Legislación.»

Así se expresa del gran Político el libro del señor Valderrama, publicado por la Empresa Zig-Zag, en los últimos días de 1914.

La prensa europea también ha comentado su labor; y para demostrarlo, ahí están El *Times* de Londres y el *Journal des Débats* y *Le Matin* de París, que en sus columnas editoriales han hablado del Ministro de Hacienda de Chile, *Monsieur* Alessandri.

Tengo ante mi las notas editoriales de *Le Matin*, y traduzco, en lo que se refiere a Alessandri, el párrafo más pertinente:

17 de Agosto de 1913.

....

.... *La situación económica de Chile.*

Una Comisión Financiera, compuesta de Senadores y Diputados, se reunió, bajo la iniciativa del señor Arturo Alessandri, Minis-

tro de Hacienda, para buscar el más práctico medio de mejorar la situación económica de aquella gran República de Sud América.

En la dicha reunión, discutióse la idea de crear una «Caja de Conversión»; pero, el señor Alessadri la rechazó desde el primer momento, diciendo, que era preferible establecer un Banco Central, regulatriz de la circulación de papel moneda; un banco que fuese análogo a los de Francia e Inglaterra.

El señor Alessandri, por sus ideas, como por el desarrollo de su capacidad en el país de Chile podemos decir, fundadamente, que es uno de los más preparados y sabios financistas de la América.

Acertadísimo en su juicio estuvo, ciertamente, el gran diario francés.

Con una visión, que puedo llamar profética, Alessandri, ha luchado siempre por el establecimiento de un Organismo Central, que nadie podria decir que no requiere Chile, para regularizar su crédito y su circulación, evitando así perturbaciones bancarias, que se producen inevitablemente en caso de guerra interior o exterior...

Deduciendo hoy, cuando el mundo está bajo la hecatombe de la Guerra Europea, quien, no obstante sea el enemigo a muerte de Alessandri, desconocería, que, si siendo Ministro de Hacienda hubiera tenido tiempo de realizar sus propósitos, la guerra europea, no le hubiese traído a Chile, las consecuencias fatales, que hoy lo aplastan.

Y, éllas, —así me lo decía un banquero europeo, profundamente vinculado con la vida económica de Chile,— no tienen más origen, que la falta de un «Organismo Central», que, en todos los pueblos,—y puedo afirmarlo de Colombia, el mio— es base de orden, de progreso y de regularidad económica.

La situación que desconcierta hoy a su patria, Alessandri la profetizó en 1908.

La silueta del hombre, puede decirse está esbozada en el miraje más turbulento y honorífico de su vida.

Son dieciocho años, los que suman, hasta este de 1915, que le ha cabido el honor de representar al pueblo en la Cámara.

Seis veces elegido por la misma provincia.

Su primer período fué en 1897 y en 1912, Curicó, sin que le costara un céntimo su elección, lo proclamaba de nuevo su Diputado.

Cuando su figura, puede decirse, de muchacho, apareció en el recinto de la Cámara, unido al espíritu soberbio de su difunto amigo, don Carlos Palacios, irguióse para para discutir, en discursos de llamas, lo referente a la ley sobre Casas de Préstamos.

Su inteligencia levantóse contra la usura y contra los usureros, condenando las contemplaciones que las leyes de Chile, tienen para este negocio, cuyas fuentes se nutren en manantiales de crimen...

Así se inició en la Cámara este hombre, llamado tal vez un día por las decisiones inevitables del Destino, a iniciarse también en esa histórica oficina, que, situada en una lateral del Palacio de la Moneda, os-

tenta sobre su puerta este trascendental letrero: *Secretaría de la Presidencia de la República.*

....?

Callemos.

Quién es aquel que puede interrogar a lo futuro?

El mañana ha sido en el desfile de todos los siglos, una desconcertante caravana de sorpresas.

Alessandri, parece haber entrado en la Vida, con una bandera de guerra entre sus manos.

Principió su carrera pública, condenando a los usureros.

La terminará eliminando a los pícaros para que surjan los buenos.

He dicho,—y pensad intensamente en ello,—que el mañana ha sido en todos los siglos, una desconcertante caravana de sorpresas...

Pensad en ello.

Creo en este instante, que soy un vidente de los días y los hombres que se anuncian...

El presentimiento en ciertas almas, es como una voz del Misterio, que necesita el paso aplastador del tiempo para confirmarse...

Mañana, cuando el montón helado de mis huesos, esté quien sabe en que desconocido muladar humano, quiera el sarcasmo de la Vida que alguien lea estas páginas, y, piense en mi...

Mi cerebro se pregunta, por qué será que en ciertos instantes, creo penetrar el todo absoluto de los hombres que trato, desde su pasado hasta su porvenir?

Al hombre de quien escribo, lo he visto siempre grande: y, como una obsesión, pienso que será inmenso.

Si soy un loco, al ocurrírseme todo esto, creed al menos, amigos míos, que tengo el bello cinismo de escribirlo.

He querido que este libro, no sea un yermo desolado, lleno de fechas y de nombres solamente.

He querido que las etapas de la vida de

Alessandri, se sucediesen orladas por la pompa de los detalles desconocidos y adivinados.

Por eso, he puesto, en cada una de estas hojas, un poco de corazón y un mundo de sinceridad, para escribir lo que sabía.

Quien es aquel, que pueda reprocharme ese sentimiento?

Detente, Alma Mía.

Refugia tus palpitaciones en el silencio inconfesado, en que siempre has tenido la gloria de vivir, y deja que mi mano siga hablando de ese personaje que ha merecido el honor de mi pluma, honrándose ella misma al escribir su nombre.

Estamos en Febrero de 1915, y la República hállase suspensa de dos cosas: de la crisis porque cruza y de la hora electoral, que se anuncia con proyecciones preñadas de amenazas.

Hay en el poder un Ministerio intervencionista.

Los partidos liberales lo afrontan y lo combaten.

Alessandri, es una interrogación hasta este momento.

Su conducta política, tiene anunciaciones temerarias.

Lo rodean y lo substentan hombres jóvenes y de corazón.

Es la hora de la jornada del Norte.

Entremos en ella.

La Jornada del Norte

LA JORNADA DEL NORTE

Iníciase la campaña electoral de Tarapacá, o sea esa sucesión de acontecimientos que por siniestros unos, como por lo grandes otros, abriéronle a Alessandri las puertas del Senado.

Mas, no he de llegar súbitamente al día supremo en que dos grandes fuerzas políticas de Chile libraron la lucha.

Antes debe conocerse el prólogo de la jornada.

Y he querido que no sea mi mano la que trace esa página, que encadena el todo de esta etapa.

Su significación requería la palabra de un hombre que, siendo representativo en la política, al mismo tiempo tuviera la ab-

soluta noción de los hechos, de las tendencias en lucha y de los protagonistas que se destacaron sobre el campo de la contienda cívica.

La pluma del señor Luis M. Concha S., hoy Diputado de la República, por Tarapacá, me ha hecho el honor de escribir para mi libro ese capítulo.

El señor Concha fué uno de los candidatos de la Alianza Liberal en la campaña.

Representaba al Partido Demócrata.

Quien mejor que él podría explicar el significado de doctrinas y de ideales que la lucha de Iquique revistió.

A este privilegio únese el de su talento, su lealtad y su valor para decir las cosas.

Sea la voz del joven y distinguido abogado un luminoso paréntesis en este libro mío.

Su categoría de parlamentario y de hombre de honor, como así la honda encarnación que el gran suceso político imprimió en su mentalidad, como en su alma, constituyen la plena garantía de sus frases.

Habla el Diputado:

La campaña electoral de Tarapacá

Unidos por un pacto político y electoral, los partidos radical y demócrata, fueron en todo el país a la lucha del 7 de Marzo. Iban dispuestos a librar una batalla en favor del derecho conculcado de las libertades aherrojadas.

¿Pacto político?

Y quién hace caso de pactos políticos en estos tiempos de desnudo positivismo?

Quién guarda fe, en tales actos considerados como propicios al engaño y a la falsía?

Los actos electorales que son un exponente del civismo y de la virtud ciudadana; que debían tener un santuario en cada corazón; que debían constituir el orgullo de todo hombre de ideas, se ven reducidos a la triste condición de sainete.

El hombre que no se atrevería a jurar como testigo falso, o a negar su firma, o a desdecir su palabra de honor; el que en todo terreno se llama *caballero*, cree que en materia electoral, no rigen los mismos principios de moral y de virtud, y esgrime las armas más innobles, sonriente y satisfecho, cual si hubiese realizado una de esas acciones, que aun ignoradas, llevan al corazón un alivio y un estímulo.

De ahí el decaimiento de nuestro Chile. La virtud tiene dos fases, la una para la vida privada, la otra para la vida pública. Y se puede ver un mal esposo, un mal padre, o un mal hijo, y a la vez un distinguido político...

Se puede también quemar hoy lo que ayer se adoraba, y adorar lo que ayer se quemara, y actos tales no encuentran sanción social eficaz.

Hay una depresión moral, que nos asusta y que nos hace temblar por el porvenir de la Pafria.

Poco tendremos que avanzar en ese terreno para llegar a ser un nuevo México, pues descuidamos el desarrollo y porvenir del país; así seremos fácil presa más tarde de vecinos, que de cerca o de lejos, atisban el momento oportuno para dar término a una obra de absorción, ya empezada.



Tarapacá, la tierra del salitre, se encontraba a principios de este año, como una mujer joven y vigorosa aplastada por fuerza superior. Clamaba al cielo. Desesperada, tendía sus brazos; y sonrientes, sus verdugos, saboreaban los restos del banquete y soñaban continuarlo...

La renta de un millón cuatrocientos mil pesos que tiene la ciudad de Iquique, constituían la canongía de un centenar de malos hombres, de au-

daces, que a pretexto de servir empleos municipales, se apoderaban de las rentas de la Corporación, entregadas por entero al pago de servicios políticos.

En tanto, la ciudad carecía de todo servicio municipal, y es hasta hoy lamentable el estado de sus calles y de sus plazas, de sus servicios de locomoción y de alumbrado, de agua potable, de higiene, etc., etc. Las rentas cuantiosas del Municipio y que ya se quisieran muchas ciudades, no alcanzaban sino apenas para pagar ese escuadrón de empleados encargados de cobrar el sueldo a fin de mes y de no hacer nada útil en el resto.

Desde cuándo venía este mal?

Desde hacía años. Pero lejos de aminorarse, crecía. Pasaba con Tarapacá, en pequeño, lo mismo que pasa con el país.

Se había hecho de las tareas administrativas, un medio de *socorro* a todo individuo o familia que perteneciendo al partido de Gobierno, o teniendo empeños de los que ahí actuaban, tenían necesidad de algún empleo... y se comprometían a servir el sistema.

Y es así como las energías individuales en Chile no tienen otro fin que llegar a ocuparse en un empleo público.



Hubo en Iquique un Alcalde, don Arturo del Río, que se hizo famoso.

No fué por sus obras de progreso, no por la atención prestada a los servicios públicos, nó; fué por el talento que demostró como organizador de los servicios de empeños para empleos municipales....

La antigua ley de elecciones daba gran ingerencia a los Municipios en las luchas electorales, a tal punto que, contar con el Municipio, era tener de antemano asegurado un sillón de Diputado o Senador.

Iquique, no podía sustraerse a esta inmoralidad, y antes por el contrario, dió la nota alta en ella.

Ese municipio hacía dos Diputados y un Senador, amén de una mayoría municipal permanente que se renovaba por sí misma.

Dinero para las elecciones, lo daba una caja especial formada con un 10 % que daba cada empleado.

Vocales y agentes de mesa, los daba el Regimiento de empleados mantenidos por el Municipio.

Y agréguese a esto, que las influencias del Senador y de los Diputados, miembros de un numeroso partido político, permitía tener Intendente, Prefecto, Comisarios, y cuanto empleado público pudiera nombrarse.

Estos fabricaban los congresales, y éstos últimos sostenían aquellos.

La máquina así montada funcionaba perfectamente, no se veía próxima la fecha en que pudiera anularse su perniciosa influencia.

En Santiago, se sonreían ante la amenaza de que tan formidable máquina pudiera ser destruída.

Imposible! No había nacido el *hombre* capaz de tamaña empresa.

La opinión pública?

Un mito! En esta ínsula no cabe hablar de opinión pública sino de dientes afuera, para la exportación; pero de verdad, son pocos los que en ella creen.

*
* *

Un buen día llegó a esas tierras, un muchacho, radical, y por añadidura, poeta. Iba a luchar, y a poco de estar ahí, de presenciar los males que aquejaban a Tarapacá, su alma ardorosa, se indignó, y levantando al cielo sus puños, cogió la pluma, y se lanzó a la pelea.

Fundó el diario *La Provincia* y con sus columnas puso sitio a la bastilla, al Municipio, que era el foco, el eje, de toda esa colosal podredumbre: Y un grito ronco, como el rugido de un león en la montaña, atravesó la pampa toda, y su eco lejano llegó hasta la capital.

Se había logrado el primer triunfo: Santiago, se imponía de lo que allá tan lejos, sucedía, e incrédula al principio, tomó nota de lo que pasaba.

Luego en Iquique y en la provincia toda, se levantó una ola de prctesta: era necesario destruir ese foco, y había que empezar por la cabeza misma.

Pero quién sería el hombre?

Se pensó en don Oscar Viel. Este político santiaguino tenía deseos de ir al Senado; podía ser el hombre que dividiendo a su partido, obtuviera el triunfo para sí.

¿Pero, llegaría hasta el fin?

Mucho se le instó, muchas promesas hubo; pero, con todo, estaba muy lejos de *ser*. El sillón de Senador, pesaba mucho.



Vinieron por ese entonces los pactos radical demócrata, a que aludíamos al empezar, y según ellos, los radicales podrían llevar un Senador en Tarapacá, y un Diputado. Los demócratas aliados, debían apoyar al Senador, y podrían llevar también un candidato a Diputado.

Pero, los radicales no disponían del hombre capaz de ir, de ver y de vencer: faltaba el Julio César......

Sin embargo, era urgente, era imprescindible en-

contrar el candidato capaz de infringir una derrota al dueño de la situación: a don Arturo del Río, y no podía encontrarse.

*
* *

En una sesión de la Junta Ejecutiva del Partido Liberal Democrático, se planteó el problema senatorial de Tarapacá, y tras breve debate, el señor Oscar Viel, se rindió a discreción.

Don Arturo del Río, sería de nuevo el candidato de su Partido y de la Coalición, a Senador por Tarapacá y este acuerdo de la Junta, que envolvía para él una victoria, le dió nuevos bríos, y le permitió por un instante ¡breve instante! aparecer como el *factotum* de esa provincia.

Este acontecimiento, varió la faz del problema; ya no era necesario un candidato más o menos apto, más o menos dispuesto a ir a la lucha: era necesario un hombre «capaz de derrotar a del Río».

Hoy que las cosas han pasado, esto, de «derrotar a del Río» suena como algo sin mayor importancia; pero en aquel entonces, semejaba un grito de amenaza y de muerte.

Se habló, se preguntó, y nadie quiso aceptar ese presente: todos ponían mala cara a la candidatura a Senador por Tarapacá. ¡Si aquello no había de pasar de una candidatura!

Si las probabilidades de éxito eran tan pocas, al lado de aquella razón suprema: la fuerza. Y don Arturo del Río, era la fuerza.

Ya hemos dicho, que todo en esa provincia, era obra de *él*, y le obedecía a *él*. Tarea larga, oprobiosa, pero de resultados, venía verificándose desde doce años antes, y era irresistible. Tarapacá era un feudo de don Arturo del Río, él, su señor de horca y cuchillo.

Quién podía atrevérsele?

Dónde encontrar el *insensato* capaz de ponérsele al frente?

*
* *

Se continuó, sin embargo, buscando, y el gran poeta Víctor Domingo Silva, llevó la oferta a don Arturo Alessandri.

Este distinguido hombre público no era radical: es liberal; pero, no importaba, siempre que aceptase ir a la lucha, sería el candidato de los radicales y por ende, el de los demócratas.

Llevaba dieciocho años en la Cámara joven: y en ocasiones muchas, había sobresalido su nombre en los debates políticos y en la discusión de los problemas de más alta trascendencia para el país.

Paladín en la política, de verba fogosa, pone, cuando habla, en sus labios, su alma toda.

Su elocuencia, de parlamentario, corre parejas

con su elocuencia forense: en ambos campos ha ganado sus mejores laureles.

En las discusiones de fondo saca a lucir, sin quererlo, un cúmulo de conocimientos, fruto de sus lecturas y de su estudio constante de cuanto asunto interesa al bien público.

Ilustra los debates y les da brillo. Es un hombre que será sentido en la Cámara joven, donde el recuerdo del Diputado por Curicó perdurará, y sólo podrá ser eclipsado por la acción del Senador de Tarapacá.

A tal hombre, se llevó el ofrecimiento de la candidatura senatorial de Tarapacá.

Y después de imponerse de la situación, de los elementos que había y de saber que el principal factor en su contra era el gran fantasma de *la intervención*, se decidió a ir a la batalla.

Y no podía ser de otro modo.

Don Arturo Alessandri, es hombre de lucha, puede decir mejor que nadie, como el caballero de lanza en ristre: «*Mi descanso es el pelear*».



Muchas sonrisas irónicas asomaron a los labios de los políticos santiagueños al saber la notiticia: «Alessandri contra del Río!»... ¡Ya veremos!

A quien se le ocurre, dejar su situación de Diputado por Curicó, segura, inamovible, por ir a Tarapacá a luchar *¡en contra de del Río!...* ¡Qué audacia!

Hoy se presenta una situación parecida.

El país tiene un gobierno falsificado, un gobierno que no representa las tendencias que dominan la opinión; y nos encontramos en vísperas de ir a una lucha presidencial.

De un lado se divisa como candidato, una figura sonriente y temida....

Del otro, no se encuentra un hombre.

¿Quien será el audaz?

Pero, volvamos a Taparacá.

Aceptada la candidatura por don Arturo Alessandri, y proclamados los candidatos a Diputados de la Alianza: don Ramón Briones Luco, por los radicales, y Luis Malaquías Concha, por los demócratas, habia que ir al terreno, a observar el enemigo y a revisar las huestes...

Se fijó el día de la partida: en el instante de sonar la señal, una carta nos comunica que el señor Briones no puede acompañarnos, una traidora enfermedad le habia postrado gravemente. Hubimos, pues, de partir acompañados solamente por un hijo del señor Alessandri, que lleva su nombre; y por el ssñor Alfredo Cordero.

El vapor peruano *Huallaga* nos llevó aquella vez; y fué de ver como tras una navegación más o me-

nos feliz, sonó la hora de la llegada. A decir verdad, esta vez estaba nervioso nuestro candidato...

Un enorme signo de interrogación parecía inquietarlo, a lo lejos, cerca del hipódromo en la bahía, se divisaban grupos que se movían; pero que hacían ahí?

Sería esa la concurrencia con que se esperaba a los candidatos?

Vamos! dejemos de mano la narración de esos instantes tan largos y molestos y esperemos que el *Huallaga*, largue sus anclas.

Un grito colosal, confundido con el ruido de las olas, en ese mar, testigo del más glorioso heroísmo se levantó de mas de dos mil corazones.

—¡¡¡Viva don Arturo Alessandri!!! Viva la Alianza Liberal!!

No quedó bote en la bahía, ni lancha, ni embarcación alguna: todos los elementos de movilización, embanderados y cubiertos de gente, habían ido hasta el *Huallaga* a recibir al candidato, a ser los primeros en dar la bienvenida al *Redentor* de esa provincia.

No es mi pluma la llamada a describir ese recibimiento grandioso, digno del hombre elegido y digno del pueblo que le había proclamado como *suyo*.

Se necesitaría todo el nervio y la inspiración de Claudio de Alas para poder representar ante el lector ese cuadro de civismo, ese supremo grito de libertad, esa manifestación del *alma tarapaqueña*

que en esos instantes cruzaba los mares y las pampas, y que algún día habrá de alcanzar hasta Magallanes...

*
* *

La recepción hecha a don Arturo Alessandri fué colosal.

Se organizó un desfile de más de tres mil personas que, banda de músicos a la cabeza, y ostentando banderas y estandartes, atravesaron la ciudad hasta el «Chalet Suize» desde los altos de cuyo edificio, en los balcones, a modo de tribuna y teniendo a la izquierda la estatua de Prat, a modo de presagio de gloria, se dió al pueblo el saludo de los candidatos.

Víctor Domingo Silva, como el caudillo de la regeración, hizo la presentación del caso; sus palabras, muy aplaudidas, eran interrumpidas por los vivas y los ¡hurras! y el pueblo todo de Iquique, confundido en un solo pensamiento, elevaba al infinito como un himno de libertad.

Era el augurio de la redención.

Se acababa de consagrar el deseo de un pueblo, y en forma tan sincera y elocuente que, desde ese momento, la victoria de la Alianza Liberal quedaba incólume.

Solo faltaba una cosa para cantar el Hossanna de la regeneración: que llegara el día de la contienda.



Registro en mi memoria las palabras del señor Alessandri en ese día, y por más empeño que hago no puedo recordarlas. El eco de los aplausos, de los estallidos de aplausos resuena aun en mis oídos.

La preparación de la campaña. El día de la lucha, el canto de victoria, son etapas que el lector conoce: la prensa ya lo ha dicho.

Pero antes de poner punto final a este *Prólogo*, debo insistir en que esa campaña fué magna: tres veces magna:

Magna por el esfuerzo que representó.

Magna por la corrupción que había que vencer.

Magna, porque ella significó redención de un pueblo, y ha estremecido a Chile entero.

El ejemplo está dado.

La opinión y la voluntad popular no son un mito.

Lázaro espera sólo la voz que le diga: Levántate y Anda.

Queda trazada la exposición de lo que fué el prólogo de la gran campaña electoral.

La pluma del Diputado Luis M. Concha, perfiló plenamente los relieves de ese drama.

Quédame a mí, sin entrar a los detalles, narrar, como si se tratase de hacer el croquis de un enorme cuadro, el desarrollo y el desenlace de lo que fué la triunfadora jornada, en torno del nombre de Alessandri.

Como un guerrero que ha ido a conocer la llanura en que debe librar la batalla en que su honor y sus idealismos debian decidirse, él fué a Iquique.

Como lo dice mi amigo Concha, su primer viaje fué una marcha triunfal.

El pueblo de las pampas se congregó en la bella ciudad del salitre, para recibirlo con las ritualidades con que se recibe a un libertador, que viniendo de tierras remotas, trae entre sus manos la redención de los esclavos...

Alessandri se asimiló con las turbas; y su voz fué, al despedirse de ellas, como un

«hasta luego», que el primero de Marzo, bajo la claridad de la mañana estival se confirmó, con el retorno del Leader.

Llegaba a la ciudad que lo proclamara, tras un mes de ausencia.

A su regreso del primer viaje, en la Capital resonó su nombre dramáticamente.

Había visto en todo el Norte, la mano negra del Gabinete interventor.

Había visto en Iquique, el imperio del crimen.

Todo el que no fuera coalicionista, era un enemigo del Gobierno.

El Senador Arturo del Río, representaba en la ciudad, un dictador tenebroso y omnímodo.

La policía, en vez de garantizar los derechos, el orden y la vida de las gentes, era una pandilla armada, que ejecutaba órdenes, enviadas por el Ministro del Interior Montenegro, al Senador del Río.

El asesinato era una consigna y el atropello cobarde una ley.

Alessandri palpó este ambiente medroso y sin precedentes, que en la historia de

la Nación, marcaba una página sombría, digna de los pueblos de Centro América, donde las cuestiones políticas, principian en un baile y tienen su desenlace en una orgía de asesinatos.

Llega a Santiago; se presenta en la Cá mara, y, en una sesión, que nunca ha de olvidarse, *acusó* al Ministro Montenegro, de ser un cínico instrumento de intervención en la política electoral del Norte.

Su Señoría, el Ministro, negó la imputación.

Alessandri ante la negación descarada, lo increpó con palabras, que tuvieron su respuesta en el campo del honor.

Una mañana, en *Villa Tranquila,* quinta cercana a la ciudad, propiedad del señor Luis Barceló y reputadísima ya, por los lances, tanto de honor, como de amor, que en ella se han librado, Alessandri cambió dos balas con el Ministro.

Este duelo, fué una atronadora campanada en la opinión; y su eco, cruzando la inmensidad de la distancia, fué a repercutir brillantemente en Iquique, desde donde

se dispersó hasta los últimos confines de la pampa inmensurable...

....

Dos semanas después, el hombre parte hacia el Norte.

La jornada está ante nosotros.

Y, su introducción, principia el día de su llegada.

Para describir este arribo de vencedor, dejo la palabra al diario *La Provincia,* la hoja formidable, que fundada por el Poeta Víctor Domingo Silva y dirigida por su hermano, Hugo, fué la dinamita, que el 7 de Marzo, ante la expectación sobrecogida de todo Chile, hizo volar, para nunca levantarse un feudalismo político, entronizado en aquella fecunda tierra desde hacía veinte años...

Es el 1.º de Marzo y Arturo Alessandri llega a la tumultuosa y trágica ciudad.

Su entrada, tuvo los aspectos de un día magno para aquel pueblo.

El diario del Poeta, la narra así:

La gran fiesta liberal del Domingo

Grandioso recibimiento a los candidatos de la Alianza

Si las manifestaciones a que dió lugar hace un mes la llegada de don Arturo Alessandri y de su distinguido acompañante el candidato demócrata a Diputado don Luis Malaquías Concha, marcaron en la vida iquiqueña una fecha feliz, tanto por el número de personas que en ellas tomaron parte como por el entusiasmo fervoroso que expresaba la multitud, los actos cívicos realizados ayer con motivo del regreso del ilustre político y del candidato radical a Diputado don Ramón Briones Luco fueron una verdadera apoteosis, una fiesta política de cuya grandiosidad no había memoria en los fastos de la historia local.

Todos los elementos liberales de la ciudad se habían dado cita en el muelle y sus alrededores para tributarles a los viajeros el homenaje de su simpatía. Desde las primeras horas de la mañana los sitios nombrados se veían llenos de gente, que impaciente esperaba la llegada del vapor *Huasco* que traía al candidato a Senador señor Alessandri y su comitiva.

Cuando fondeó el vapor, había ya en la bahía, en las inmediaciones del fondeadero, un gran nú-

mero de botes llenos de ciudadanos que habían querido ir a bordo para ser los primeros en dar al ilustre viajero el abrazo de bienvenida.

Entre las personas que fueron a bordo del *Huasco* vimos al candidato a Diputado don Ramon Briones Luco, que había llegado momentos antes en el vapor *Victoria*, y al Directorio de la Alianza Liberal.

Casi inmediatamente después de haber fondeado el vapor, el señor Alessandri y sus acompañantes se dirigieron a tierra, ocupando una numerosa flotilla de botes, de los que no cesaron de salir delirantes aclamaciones que atronaban la bahía.

Al llegar el señor Alessandri al muelle, fué saludado por una formidable ovación, a la que se unió una alegre diana tocada por la banda de músicos.

Casi inmediatamente después se puso en marcha la inmensa columna, en la que formaban no menos de tres mil personas, o acaso más, porque su número no pudo ser apreciado con más exactitud a causa de que, impulsados por su propio entusiasmo, los manifestantes se aglomeraban en su deseo de estar más cerca de los candidatos.

Los desfilantes, encabezados por los candidatos señores Alessandri y Briones Luco y el directorio de la Alianza, avanzaron por la calle Aníbal Pinto, a lo largo de la cual se organizó la columna con el mayor orden. Los estandartes que flameaban por sobre los manifestantes, y el gran número de ban-

derolas que se agitaban a ambos lados de la columna, daban a ésta un imponente aspecto.

El desfile siguió por la Plaza Prat y dobló después a la calle de Baquedano. Como siempre ocurre, los elementos arturistas aglomerados en la madriguera matonil de la plaza, no pudieron privarse del placer de cubrir de injurias a los que pasaban.

La columna continuó en completo orden por la calle nombrada, y en el trayecto pudo apreciarse exactamente hasta qué punto es grata a la sociedad de Iquique la candidatura del señor Alessandri y la de los representantes de lo partidos radical y demócrata y la Agrupación Balmacedista.

Numerosas damas, desde los balcones de sus casas aplaudían con entusiasmo al paso de los manifestantes, y al verlas no parecía sino que en aquellos momentos contemplaban la llegada de los salvadores de la provincia.

En la plaza 21 de Mayo, la columna dobló por la calle Joaquín Pérez, que recorrió hasta la altura de Vivar, tomando después por esta hasta llegar a Orella. Después torció por esta calle para desembocar en la de Juan Martínez, por la cual se siguió hasta Tarapacá, por donde se dirigió para regresar frente al local de la secretaría de la Alianza Liberal, pasando por la Plaza Prat.

Una nota simpática notamos durante el desfile, que prueba el cariño que la población profesa al señor Alessandri, en la calle de Riquelme la sim-

pática niñita Regina Galleguillos se acercó al candidato y le obsequió como inocente y sublime regalo, un lindísimo ramo de flores que el señor Alessandri recibió todo emocionado y agradeció a la linda donante.

Durante todo el trayecto, las familias, las madres, los niños, asomados en los balcones, estacionadas en las aceras o trepados en las azoteas, no cesaron de hacer a los desfilantes ardorosas manifestaciones de simpatía. De todos los lados salían gritos de entusiasmo y de adhesión a los candidatos y en todas las casas se veían flamear banderas rojas que expresaban elocuentemente a los recién llegados el entusiasmo que despertaba en toda la ciudad su presencia de ella.

Al pasar la columna por la calle de Taparacá, frente al Mercado, cayó sobre los manifestantes una lluvia de flores, arrojadas por las concesionarias de los puestos de verduras del establecimiento. Fué esta una simpática manifestación de entusiasmo y de afecto a los candidatos de la Alianza Liberal, y por lo tanto, no pudo ser vista con buenos ojos por los secuaces del senador del Río. Poco después de disuelta la manifestación supimos que el Administrador del Mercado, un sugeto llamado Castillo, acababa de notificar a las verduleras de que hoy serían arrojadas del establecimiento.

Reunidos los manifestantes frente al local de la Alianza, ocupó la tribuna improvisada en los altos

del edificio, el candidato a Diputado de la Agrupación Balmacedista, don Claudio Barros, quien en un discurso brillantísimo saludó a los recién llegados y les reiteró los augurios del magnífico triunfo que ansían como una promesa de redención todos los habitantes honrados de la provincia. Además, el señor Barros, en certeras pinceladas, describió la situación de las dos colectividades en lucha, e hizo una alusión al desconcierto que reina en el campo coalicionista, en donde, según acertadamente dijo, el dirigente baraja a última hora sus candidatos a Diputado como el jugador que ve perdida la partida y combina desesperadamente sus últimas jugadas.

La concurrencia recibió las palabras del señor Barros con frenéticas salvas de aplausos.

Después tomó la palabra el candidato radical a Diputado don Ramón Briones Luco. En un discurso sobrio, pero elocuente, cualidades que son propias al distinguido político, el señor Briones saludó al pueblo y le expuso sus propósitos de luchar sin descanso por obtener que la provincia de Tarapacá vea satisfechos sus anhelos de regeneración, y aconsejó a sus electores aunar sus esfuerzos para obtener el triunfo completo de la Alianza, para lo cual, como justamente dijo, es indispensable mantener inquebrantable la disciplina y marchar sin vacilaciones, en línea recta, hacia el objetivo final

de la actual campaña. Prolongados aplausos acogieron el discurso del distinguido orador.

Tomó en seguida la palabra el candidato a Senador don Arturo Alessandri. Al tomar colocación el señor Alessandri en la tribuna, una formidable salva de aplausos lo saludó, y acto continuo se sintieron tres sonoros hurras en su honor.

Hecho el silencio, el ilustre parlamentario empezó su discurso declarando que después de más de un mes de permanencia en la capital, donde había trabajado sin descanso para obtener del Gobierno coalicionista las garantías necesarias para llevar a cabo la lucha electoral con amplia libertad y con la seguridad absoluta de que, como ha ocurrido tantas veces en Tarapacá, no serían pisoteados los derechos de los ciudadanos. Se refirió después a la formidable lucha que para lograr este fin hubo de sostener contra los propósitos intervencionistas de la coalición, personificada en el Ministro del Interior, señor Montenegro; y recordó a sus oyentes que, conforme a su promesa, había dado pruebas de estar enteramente dispuesto a impedir por todos los medios, y sacrificando su vida si fuera necesario, que fuese atropellado en Tarapacá el sagrado derecho del sufragio.

Refiriéndose a la situación creada por los desmanes de la horda delriista, el señor Alessandri declaró que tenía plena confianza en que en pocas horas volvería la tranquilidad a la población, gra-

cias a la acción enérgica y justiciera que esperaba del nuevo Comandante General de Armas, el ilustre general don Sofanor Parra.

Terminó manifestando que antes de abandonar la bandera de regeneración que la provincia de Tarapacá ha confiado a su potente mano, estaba decidido luchar defendiéndola, hasta caer envuelta en sus pliegues, si fuera preciso.

Su discurso fué interrumpido repetidas veces por nutridas salvas de aplausos, y al dejar la palabra fué objeto de una delirante ovación.

A continuación, y accediendo a la petición del público, usó de la palabra el señor Víctor Domingo Silva, que acaba de regresar de Coquimbo, donde se había reunido al candidato señor Alessandri.

El señor Silva hizo presente a los manifestantes que, abandonando vitalísimos cuidados de familia, había vuelto a su puesto en la lucha, para cooperar con todo entusiasmo a la labor de la Alianza Liberal. Tuvo fulminantes frases para condenar a las personas que habían tratado de sobornarlo con el fin de desviar sus esfuerzos como luchador para dar un golpe de muerte a la Alianza, haciéndose de este modo reo del más vergonzoso de los delitos. Terminó su peroración recitando un fragmento de una vibrante poesía original. Las frases del orador y del poeta fueron recibidas con calurosas ovaciones.

La concurrencia pidió después que hiciera uso

de la palabra el distinguido abogado y entusiasta luchador radical don Osvaldo Labarca, el cual ocupó la tribuna en medio de ruidosos aplausos.

Con su elocuencia de siempre el señor Labarca declaró que volvía del sur con el alma retemplada para la lucha y dispuesto más que nunca al sacrificio en pro del triunfo de la Alianza Liberal, sostenedora de la causa de la regeneración de la provincia. Una ovación formidable saludó al joven tribuno al terminar su discurso.

Finalmente, pronunció un discurso, que fué muy aplaudido, el señor Diego Vergara, representante de la Alianza Liberal de Negreiros. En su discurso el señor López les dió a los candidatos una afectuosa bienvenida, y les hizo presente la adhesión de sus correligionarios.

Inmediatamente después se disolvió la manifestación, en medio de estruendosos vítores a la Alianza Liberal y a sus candidatos.

Si reproduzco la crónica hecha por el diario de Víctor Domingo Silva, es ante todo, porque un día, las generaciones futuras, leyendo este libro, quizas, no hallarán un criterio solamente, sino que podrán estudiar el ambiente público de aquellos

días, ya que la prensa diaria ha sido siempre la expresión concisa, clara y lacónica de todas las épocas.

He dicho, que este libro, no hará en sus páginas la historia íntegra, circunstanciada y seguida de comentarios, de lo que fué la campaña electoral de Iquique para Alessandri.

Todos sabeis, que el terror imperaba y que la contienda fué encarnizada.

Alessandri venció en ella por dos causas: por su decisión y por la opinión.

Todas las fuerzas fueron practicadas por sus contendores para lograr su caída: la astucia, el dinero, el poder, la tropelía, la emboscada, el espionaje, la traición, la inteligencia, la serenidad, el cinismo, la fuerza bruta y, por último: el crimen.

Vencidas fueron todas.

La *Bastilla* fué derribada, y el Domingo 7 de Marzo de 1915, surgió a las 4 de la tarde un gran gemido de derrota desde el fondo de sus últimas troneras.

Un capítulo espantable es en esta etapa de mi obra, lo que todos los chilenos, conocen bajo el nombre de la *Tragedia del Telégrafo.*

He aquí esa escena de terror, cuyo recuerdo, es una enseñanza para los malos y un ¡alerta! para esos a quienes en cualquier instante político los asista el derecho.

---

5 de Marzo. Una atmósfera siniestra pesaba sobre la ciudad.

Los asesinatos sucesivos, sobre todos los espíritus desplomaban algo así como un manotazo de espanto.

En cada semblante revelábase una mueca dolorosa que parecía dar al que pasaba, un trágico *¡Alerta!*

Las calles mirábanse en aquellos días, plenas de multitud: una multitud silenciosa y sombría, que en un enorme gesto de expectativa, dijérase que era amenazada y que amenazaba.

Cada mano, como una intimación y cada semblante como una conjuración,

Una especie de consigna, unánimemente dicha, ya con sorna o pavorosamente, llenaba todos los labios.

Esa consigna, traducíase en dos frases: «¡Los Matones!» «¡La Policía!»

Unos y otros inspiraban miedo.

«Los Matones», parasitismo asalariado por el ex-Senador del Río: bocanada enorme y patibularia, vomitada por los más tenebrosos senos de los presidios y el vagabundaje...

La Policía, cuadrilla de bandoleros uniformados, al mando de un tipo medroso y terrible, que cumplía una misión ministerial, sin reparar en los medios para llevarla a cabo.

Ese hombre, es un muerto trágico, y la República lo conoce bajo la designación de: *El Prefecto Delgado.*

Un día en Roma, se conoció a Scarpia.

Scarpia también cayó, como todas las panteras humanas.

Entre el pavoroso personaje de la *Tosca* y el Prefecto Delgado, no hay sino un símil: el asesinato.

Aquel hizo temblar a toda Roma.

Este llenó de pávulo a todo Iquique.

Uno y otro, duermen en la tiniebla de ultratumba.

Sobre las losas de sus sepulcros, unicamente la mano del Mal, podría escribir una palabra de recuerdo.

Scarpia tenía talento.

Delgado tenía instintos.

Para el uno y para el otro: *Pax*.

Y, he de contar a vosotros, como fué aquella noche horrenda, que el pueblo, primero, y la prensa después, recogiendo la frase del pueblo, ha llamado «Tragedia del Telégrafo».

A las 10 de la noche, una multitud inmensa, mil, más de mil hombres, llenaban la enorme sala de la Asamblea Radical, en la calle de Luis Uribe, esquina de la de Esmeralda.

Esa muchedumbre esperaba la llegada del candidato a Senador, don Arturo Alessandri.

El hombre debía concurrir al local referido, para recibir aquella noche el homenaje de la juventud liberal, radical y balmacedistas de puros sentimientos e ideales que había organizado aquella gran velada, para regalar al señor Alessandri, como tributo de lealtad y de cariño por su causa y su persona una tarjeta de plata conmemorativa.

El poeta Víctor Domingo Silva, nervio definitivo en el derrumbe de aquel *feudo*, esa noche y a la par que el señor Alessandri, también era designado para recibir un recuerdo del pueblo de las pampas.

A las 9 y entre vítores y hurras, Alessandri llegó seguido por algunos amigos a las puertas del gran local.

Una masa gigante, densa y solemne en su entusiasmo, esperaba al gran político.

La velada se llevó a término, bajo el desarrollo de un amplio programa tribunicio.

Hablaba el poeta Silva, cuando rompiendo la masa, un hombre del pueblo, un sirviente, puso en las mismas manos del señor Alessandri una carta... (?)

Alessandri la leyó en el acto. Estaba firmada por el abogado don Carlos Villarroel, respetabilísimo vecino de Iquique. Su contenido no podía ser más siniestro: el señor Villarroel expresaba a don Arturo Alessandri, que la Policía tenía fraguado un complot para asesinarlo a la salida de aquella reunión. Terminaba pidiéndole que se retirara inmediatamente de ella, usando para esto de las mayores precauciones.

Yo estaba, como periodista, entre los concurrentes de aquella demostración. Yo vi leer la carta a don Arturo Alessandri y, yo vi, a medida que sus pupilas pasaban por sus líneas, un gesto doloroso, un fuerte gesto de penosísimo desdén en todas las facciones de aquel hombre.

Hoy, pasados los terribles días, interpreto friamente el rictus que se transfundió por su semblante al leer esas veinte líneas. Y, pienso: que fué más que un com-

batiente político, en ese momento, un filósofo, un gran filósofo, porque su inmutabilidad, representó lo que puedo llamar: un alma indomable ante una cuadrilla de facinerosos legalizados.

Como respuesta a la epístola de muerte, irguióse y, para decirlo todo: su palabra, en una gran sinfonía en que cada vocablo afrontaba el combate, señalándole a la multitud su puesto, electrizó.

Sus últimas frases, pidieron, suplicaron a todos, orden, concordia; no formar grupos; no hacer ninguna manifestación hostil: irse todos a sus casas, sin gritos y sin entusiasmos ningunos, ya que era esa noche la víspera de la jornada.

El pueblo lo acató así.

En esa tarde misma, Alessandri había tenido una larga conferencia con el Intendente Vélez, nombrado *ad-hoc* por el Ministro del Interior.

En esa conferencia, Alessandri, pidió al

Intendente solicitara del general Parra fuerza del Ejército para que custodiara el orden esa noche ante el edificio de la Asamblea Radical.

El Intendente prometió llenar el pedido de Alessandri.

¿Cumplió?

No cumplió.

Ni antes de la reunión, ni en ella misma, ni después de ella pudo ver nadie la silueta de un soldado.

En la misma conferencia, el señor Alessandri, hízole ver al Intendente, que el ejercicio del prefecto Delgado ocasionaba en la ciudad profundas perturbaciones; y, como medida de conciliación y de prudencia, Alessandri le indicó al Intendente, que desde aquella tarde podría reemplazar al prefecto Delgado, substituyéndolo en sus funciones el inspector Martínez o el subcomisario Barahona, hombres a los que el pueblo miraba con sincera confianza.

El Intendente se negó.

Las 7 de la tarde.

Retrocediendo tres horas, a las 7 de la tarde, pasada ya la conferencia del señor Alessandri con el Intendente Vélez, densos grupos populares, cruzan las calles, gritando entre aplausos y sombreros al aire.

¡El Prefecto está preso!

¡Abajo el Prefecto!

¡Que pudran al bandido!

¡Muera el asesino de Maira!

¡Viva la justicia!

¡Viva el Ministro Sepúlveda!

¡El Prefecto Delgado está preso!

Y era la verdad aplastadora.

El Prefecto de Iquique, Rogelio Delgado, había sido *encargado reo* a las 6 de la tarde. Cuando Alessandri le expresaba al Intendente Vélez, la necesidad de substituir al Prefecto para evitar perturbaciones, era en atención a la agresividad característica en este triste hombre y en la aversión reconcentrada que le profesaba el pueblo.

El Ministro Sepúlveda había llegado a Iquique 24 horas antes del 5 de Marzo.

Debía hacerse cargo del proceso sobre

el asesinato del Inspector de Policía Maira.

La opinión pública señalaba a toda voz como al gran culpable de ese drama poblado de alevosías al Prefecto Delgado.

El Ministro decretó su prisión.

Por eso el pueblo, como si se tratara de un festival que conjurase un peligro público, clamaba a lo largo de las calles.

¡Que pudran al bandido!

...Pero...

A esa hora misma, cuando la represalia de las turbas creía estar en plenitud de su derecho, el Prefecto Delgado era un hombre libre.

La fianza de don Francisco J. Hurtado por una parte y por otra la sistemática conducta del Intendente Vélez, para entorpecer los *autos* del Ministro Visitador, no permitieron que ni por diez minutos el Prefecto Delgado fuera un *reo* encarcelado, según el dictamen de la justicia.

Estaba libre y, como en su declaración juramentada lo dice el señor Alessandri, el Prefecto a las 8 de la noche, cambiaba su

ropa de particular por su uniforme de parada (¡...?)

Esto fué en una casa, a cuyos habitantes declaró que: *iban a pasar cosas muy graves esa noche.* Que por eso él vestía su uniforme «y... que se reía de todas las órdenes de prisión que contra él dictasen».

A las 9 está a caballo. El revólver al cinto y el sable desenvainado, cruza triunfalmente por la Plaza de Armas.

El terrible jinete en caballo de gran alzada delante de sus hombres.

Tras él, estos: es decir: veinticinco sujetos vestidos con el uniforme de la Policía de Chile, armados hasta los dientes; bravucones, indomables y con algo de felonía en sus caras empalidecidas por el continuo y extraño servicio nocturno en aquella ciudad terrible...

Todos aquellos que miraron cruzar al reo, al mando de la policía, temblaron.

¿Por qué?

Cuando la muerte pasa esparce el frío.

De boca en boca y, poniendo en todas

las caras un gesto de miedo o de ira, la noticia llenó la ciudad:

¡El Prefecto Delgado está libre!—clamaba la turba.

¡Está al mando de la Policía!

El Prefecto Delgado pasó hacia el telégrafo del Estado, después de hablar en voz baja con todos sus hombres, en la Plaza Prat y bajo los balcones de las oficinas políticas de don Arturo del Río.

El Prefecto Delgado cruzó con su gavilla por la calle Tarapacá. Frente al telégrafo del Estado ordenó, ¡alto!

Los veinticinco jinetes del Prefecto, quedaron en fila ante la puerta. Él, hechó pie a tierra. Su sable crujía sobre las piedras de la acera. Habló *confidencialmente* con su segundo, el oficial Silva Feliú y con su otro segundo, el oficial Osses.

Y entró a las oficinas del Telégrafo.

Eran las 9 y media.

La calle aparecía llena de obscuridad, en tinieblas.

De cuando en cuando, hombres de ropa obscura, armados de bastones de hierro y

con sus chambergos echados sobre las cejas, se deslizaban como sombras en medio de la sombra de la cuadra.

La Policía los miraba cruzar inmóvil: firme sobre sus caballos; alerta a *un algo* inexplicable.

Muy peligroso debía ser *ese algo*, cuando uno de los jinetes, había descolgado su carabina de las espaldas, teniéndola, como a la expectativa, sobre la cabeza de la silla.

Fué en esa hora, que tenía algo de «ayudar a bien morir», cuando un sirviente entregó una carta a Alessandri, en tanto el verbo sonoro y bravío de Víctor Domingo Silva, llenaba la enorme sala, sacudiendo el alma popular, que atónitamente lo escuchaba.

Escuetamente, desnudo de los detalles minuciosos: espantable, como una página de libro terrorífico, el prólogo de la noche del 5 de Febrero de 1915, en Iquique, se desarrolló así.

Y bien me sé, que todo aquel que haya vivido en aquellos días en el propio teatro

de las cosas, si es un hombre leal y digno, no podrá decirme que he mentido.

Suponeos en un teatro, en que se desenvuelva una vista de cinematógrafo espeluznante.

Escenario: una cuadra correspondiente a una calle que se llama San Martín. Extensión de esa cuadra, 80 metros. Altos edificios de madera cubren sus dos lados y está en sombras. En el centro de la cuadra, el que camine hacia Occidente, encuentra a la derecha una puerta de 3 metros de diámetro. De ella se destaca alguna claridad. A su luz puede leerse un letrero que dice: *Oficina del Telégrafo del Estado*. Letras blancas sobre fondo azul. La puerta es de dos hojas. Una de ellas está cerrada firmemente.

Hay una fila de hombres a caballo delante del edificio. Son 25. Todos sostienen en la mano derecha una carabina, ciñen un sable y un revólver y visten el uniforme de la Policía de Chile. No habla ninguno: se miran con expresiones de inteligencia. A la cabeza de la fila hay dos se-

ñores en traje de oficial: uno es el Subcomisario Silva Feliú, otro el Subinspector Osses. Están inmóviles ambos. De cuando en cuando miran hacia las dos esquinas tenebrosas y procuran tener alerta a sus caballos, bajo una precaucional caricia de sus espolines...

Guareciéndose en la tiniebla de las paredes, se ven esos hombres como sombras, armados de bastones de hierro, mudos y con los negros chambergos arriscados sobre los ojos. Son agentes de la Policía Secreta.

Es proxima la media noche. Un silencio amenazador lo llena todo y, aparte de la tenue luz que se esparce por la puerta del Telégrafo, no se ven entre la obscuridad otros puntos, sino que los del fuego de los cigarrillos que fuman los jinetes y los lobos de la Policía Secreta.

El caballo del Prefecto Delgado, tenido de la diestra de un policía, espera al amo. Su casco herrado, retumba impaciente sobre la dureza de la calle y tasca el freno.

El desenredo de la cinta principia: es un vocerío triunfal y lejano. Se acerca, crece, ya llega...!

Es la multitud. El pueblo liberal y radical de Iquique, que en una inmensa y com pacta masa, viva a Alessandri, al que dijérase ha convertido en un ídolo.

A pesar del ruego del caudillo, hecho a todos al final de su discurso, nadie ha querido dispersarse. Aquellos mil o más hombres, ciegamente, poseídos de esa unión formidable, que solamente se hace entre las multitudes equilibradas en un unánime y alto sentimiento, llenaba la gran turba.

Alessandri, como si fuese una bandera, va delante de la turba. Lo rodean cinco amigos, la mayoría de ellos venidos desde Santiago con él.

Aun cuando el hombre quiere huir de la muchedumbre que lo aclama, para evitar que a la sombra del número se le asalte, la masa popular lo sigue; y es ese el clamoreo que se oye a la distancia: y crece, y se acerca y llega al fin.

El político entra a la calle de San Martín.

Va a las oficinas del Telégrafo. El pueblo lo sigue regocijado, vivándolo, sin proferir un improperio contra nadie.

El pueblo en ese cuarto de hora, precursor de la muerte, es un niño gigantesco y desprevenido, que vuelca la última copa de su regocijo a las espaldas del personaje querido que lo llevó al banquete de la palabra.

El leader entra al Telégrafo.

Lo siguen, su Secretario, el joven Carlos Becerra y los señores Isidoro Huneeus G. H., Eduardo Holley, Manuel Lemus y Eduardo Pagueguy.

Inmóviles, rígidos todos sobre sus caballos, los hombres que forman el destacamento de Policía, miran entrar el grupo. Ante la misma puerta del Telégrafo, se destaca la silueta alta, erguida, del Subcomisario Silva Feliú, oficial de Policía de línea, que habiendo hecho su carrera en la Capital, había ingresado a la Policía de Iquique desde poco tiempo atrás de esta noche sangrienta.

La multitud llena la cuadra y sus voces, pueblan el silencio de la noche.

Alessandri está dentro de la oficina telegráfica. De espaldas a la puerta, escribe un mensaje. En este momento traza sobre el papel este nombre: *Manuel Rivas Vicuña.*

Truena un tiro a tres metros de la puerta y por el lado de Occidente. El fogonazo radió entre la tiniebla como una puñalada a mansalva y la detonación fué una especie de señal premeditada, que ordenaba principiar el drama.

A este tiro aislado, a este balazo, que ha sido como el *Santo y Seña* de la feroz celada, se sucede en el acto una descarga de los hombres de Policía. Los caballos se encabritan furiosamente. Los jinetes, disparando, se dividen en dos porciones: una carga a tiros y a sablazos contra la muchedumbre y otra dispara sus carabinas a boca de jarro contra el interior del Telégrafo.

En el interior de éste resuenan detonaciones también.

El pueblo, que sabe que Alessandri está

dentro y que los partidarios del Senador del Río están conjurados para asesinarlo, ciegamente, olvidando la noción de la vida, se precipita sobre el Telégrafo, contra el fuego y los caballos de la Policía.

Caen los hombres: unos bajo el plomo asesino, otros atropellados y otros que, para no morir miserablemente, se tiran de boca al suelo.

El mismo oficial Silva Feliú se arroja de su caballo.

Justísimo: es que el pueblo acorralado, repele la acometida por mano de algunos hombres de corazón.

En medio de aquel minuto terrible, dos notas supremas se alzan, que, el que traza estos recuerdos, nunca olvidará.

Una, se sucede en el Telégrafo: es un hombre de un alma sorprendente quien la ejecuta. Este hombre, con una temeridad soberbia, presenta todo el cuerpo a los disparos de la Policía; avanza para esto de un salto hasta la puerta de la calle y la cierra violentamente. Quería salvar a todos los que estaban en el interior... Una bala de

carabina le atravesó la rodilla de parte a parte. Rodó, pero la puerta estaba cerrada.

Este hombre se llama Manuel Lemus, y es un ex-oficial del Ejército de Chile.

La otra nota la constituye la multitud atropellada.

Yo me encuentro entre ella y frente al Telégrafo.

Desde que estalla el primer tiro, Julio Lynch, que está a mi lado, se aferra a mi brazo; y así huímos hacia la salida de la cuadra, arrastrados por la turba.

Y, es aquella enorme masa de hombres en esos instantes, como un gran río tenebroso, que se desborda en torrente incontenible por entre las dos paredes de la calle.

Y, lo trágico, lo verdaderamente medroso, es que la masa huye en silencio y agachada: sin que se escuche un gemido, sin un grito de amenaza, sin una sola arma en ristre. Es una fuga en la que no se oyen sino los disparos de la Policía y el galope violento de los caballos; y no se ven sino los fulgores de la pólvora y el brillo de los

sables y las fornituras. Todo bajo una obscuridad macabra...

La multitud huye por la calle transversal. Un grupo se refugia en el edificio del diario *La Provincia,* único que aparece con su puerta y sus balcones abiertos. Es una especie de isla redentora en medio del terror de la tragedia.

Han caído varios hombres en la huída, Yo mismo con Lynch recogemos a un joven obrero con la ingle atravesada. Sangra a torrentes. Un viejo nos ayuda a conducirlo y lo dejamos exánime en las oficinas del diario...

Murió al alba.

¿Y, en el Telégrafo?

Tengo delante de la página que escribo, la declaración auténtica y literal, que el Senador Alessandri, rindió bajo juramento ante el Ministro Visitador de la Corte de Tacna, señor Sepúlveda.

Para la lealtad de los detalles de cómo se desarrolló aquella espantosa escena, sea la propia palabra del señor Alessandri quien la narra.

Habla así el fragmento de su declaración:

«Entré a la oficina y conmigo entraron don Isidoro Huneeus, don Carlos Becerra, don Eduardo Pagueguy, don Eduardo Holley y don Manuel Lemus y nadie más; toda la demás gente quedó afuera. Tomé yo la pluma para poner un telegrama y, apenas había puesto el nombre de don Manuel Rivas Vicuña fuí sorprendido con una fuerte detonación en la misma puerta del Telégrafo, con un disparo evidentemente de carabina. Me volví hacia la puerta y, este disparo, fué seguido inmediatamente de otros dos disparos cuyos fogonazos iban hacia adentro del Telégrafo en la dirección en que yo me encontraba. En ese mismo instante, viendo el peligro que yo corría, el señor Lemus se abalanzó a la puerta cerrando precipitadamente la única mano que quedaba abierta, para protegerme así de los disparos. En ese mismo instante y al cerrar la puerta fué herido el señor Lemus en una pierna.

«Como los disparos continuaran afuera con bastante intensidad y seguro de que las balas pasaban facilmente por el tabique de madera que de la calle me separaba, quise ponerme a cubierto de ellas y seguido de cerca por don Isidoro Huneeus y don Carlos Becerra, derribé de un empujón la pequeña mampara que separaba del público la oficina privada del Jefe del Telégrafo. Al derribar

esa mampara me sorprendí enormemente al encontrarme cara a cara con el señor Prefecto Delgado, cuya presencia allí ignoraba en absoluto hasta ese instante.

«El señor Prefecto, cuando entré a la oficina, estaba medio inclinado detrás de un escritorio en actitud de un hombre que observa y, tan pronto como me vió, con su revólver en la mano corrió hacia la puerta por donde yo había entrado y afirmó la espalda contra el tabique que daba a la calle y dónde seguía nutrido el tiroteo.

«Sin dirigirle una palabra al señor Delgado, sin llevar tampoco ninguna arma en mis manos para evitar la situación molesta que a ambos se nos producía al encontrarnos en una misma pieza en esos momentos, seguí hacia el interior del Telégrafo en la misma dirección que llevaban varios empleados de esa oficina, y mucha gente que corría desesperada buscando refugio de las balas y que seguramente habían entrado forzando la puerta.

«En ese instante se sentían detonaciones salidas de la oficina del Telégrafo y, según se me dijo después, algunas de ellas fueron disparos que me hizo por la espalda el señor Delgado en los precisos momentos en que yo dejaba la oficina en que él se encontraba para avanzar hacia el interior.

«Los empleados y la gente que huía en la dirección que dejo dicha, llegaron hasta unos altos del fondo del Telégrafo en donde había una cama en

una pieza de algún empleado de la oficina. Yo llegué también hasta allí y me quedé algunos momentos observando como huía la gente por los tejados, sirviéndose de una escala de mano que en los altos se encontraba. El señor Lemus que, como he dicho, estaba herido, y que llegó conmigo a los altos, se sentó en la cama y empezaba yo a ayudarle a examinarse y arreglarse la herida, cuando sentí en el interior del Telégrafo y abajo, gran estrépito de tropas y de armas, que increpaban a la gente amenazándola de muerte.

«Descendí en el acto la escalera de los altos con el propósito de dirigirme al Hotel Poenix, en donde se alojaba el señor General Parra, para pedirle fuerza de línea para contener a la policía en la carnicería que se proponía continuar.

«Al pretender bajar por la escalera de los altos, por la cual yo había subido momentos antes, me encontré con un soldado de policía que desde abajo me apuntaba su carabina, amenazándome hacer fuego si me movía. Le increpé desde arriba manifestándole que llamara a mi presencia al señor Silva Feliú, porque yo necesitaba llegar hasta donde el señor General Parra.

«El soldado continuaba con sus intimaciones y viendo que de todas manera la situación era grave, resolví bajar a pesar de todo, y venía a mi lado Carlos Becerra, mientras desde abajo gritaba Javier Barahona que no hicieran fuego sobre mí.

«Bajamos la escalera desde el primero hasta el último peldaño con la carabina apuntada y abajo me esperaba el oficial Madariaga con otros dos soldados, con sendas carabinas que apuntaban sobre mí y mi acompañante, intimándome con la muerte si me movía. Increpé su cobardía al oficial, levanté las manos para probarle que no tenía armas, le dije que me llamara a Silva Feliú, para llegar hasta donde el General Parra; y se negó terminantemente a mis peticiones, con ademanes y palabras groseras, a que le daban derecho las carabinas de sus soldados y mi situación enteramente indefensa, porque, repito a US. I., que estaban a mi lado solamente don Carlos Becerra y don Javier Barahona, a quienes la policía no dejaba tampoco que se movieran.

«Firme en mi propósito de llegar hasta donde se encontraba Silva Feliú, seguí avanzando hacia afuera, y en otra de las oficinas del Telégrafo, más cerca de la puerta, estaba el oficial Osses, revólver en mano y con dos soldados que apuntaban también sus carabinas hacia mí. Este fué todavía más intemperante e insolente que Madariaga y ví perfectamente que hizo un gesto a sus soldados que yo consideré era una orden de hacer fuego y, como ya estaba muy cerca de la puerta de salida, dí una carrera violenta hasta ella y me encontré allí guardándola al señor Silva F., quien, en el primer momento, se resistió a dejarme salir, noticiándome él

que el Prefecto Delgado había sido muerto; pero de grado o por fuerza, aceptó mis exigencias y se resignó a acompañarme hasta el alojamiento del General Parra, compañía que yo le exigí para evitar que la policía me hiciera fuego por la espalda, porque me convencí que tales eran sus propósitos e intenciones.

«Respecto de la manera cómo se produjo la muerte del Prefecto Delgado, nada puedo agregar a US. I, porque, como ya lo he dicho, cuando abandoné la oficina en que él se encontraba, lo dejé afirmado de espaldas contra el tabique que separa la calle de la oficina del Telégrafo y con su revólver en la mano.

Y, el Ejército, mediante la orden del General Parra, obtenida, tanto por la elocuencia de los hechos, como por la exigencia del señor Alessandri, llegó.

La manzana fué rodeada por los lanceros, y soldados de infantería guarnecieron las calles.

Un silencio mortuorio sucedió a la hora del espanto. En todas las caras se miraba un gesto de pánico.

La justicia se constituyó en el Telégrafo. Cuatro cadáveres se encontraban en su interior aparte del de el Prefecto.

A las 2 de la mañana un carro fúnebre de la Policía se lo llevaba.

Todos los que llenábamos la oficina, nos descubrimos. Nadie pronunció una frase. El rostro íntegro lo tenía bañado en sangre y las pupilas aparecían inmensamente abiertas.

Una calma amenazadora llenó las últimas horas de la noche.

Bajo la sombra y en el silencio, la ciudad entera dijérase que velaba, conteniendo un cruel y trágico gemido.

Y, ha llegado el 7 de Marzo.

Nos hallamos en el trance definitivo.

El Ejército, salvó a la ciudad.

La espada del general Parra, fué una ley de orden indiscutible.

Las horas trascendentales del sufragio

del pueblo, se realizaron dentro de una paz imponente.

La obra de los sicarios, caía como un viejo edificio, ante las últimas luces del ocaso.

Y, a las siete de aquella tarde, el sol se había hundido en los horizontes ignorados del mar, y los enemigos se hundían para siempre en la tiniebla de una noche sin fin: la del fracaso y del olvido.

Arturo Alessandri, pudo entonces decir, como César, y a coro con el pueblo:

Vidi! Vini! Vinci!

En la exposición que de la «Campaña de Tarapacá», el Diputado don Luis Malaquías Concha, tuviera la gentileza de hacerme, omitió, acaso por la premura del tiempo, algunos rasgos fundamentales que imprimieron a esa gran jornada un especialísimo sello de regeneración y de civismo.

Me refiero a la atinada, discreta y laboriosa actuación que le cupo desempeñar al Partido Liberal que, como es sabido, forma parte integrante en la combinación política denominada *Alianza Liberal.*

Los nombres de Horacio Mujica, Carlos Villarroel y Enrique Viterbo, como así el del señor Manuel Antonio Godoy, Presidente de la Alianza Liberal, deben aparecer en estas páginas como un merecido homenaje al decidido e inteligente esfuerzo con que contribuyeron a la aspiración de todo un pueblo ávido de libertades y derechos.

¿Y cómo no mencionar el gran gesto de los *verdaderos* balmacedistas?

¿Cómo no aplaudir la constancia y la abnegación de los señores Moisés González, Juan J. Rojas y Benjamín Espinosa Arnao, periodista este último, que en la tribuna y en la prensa sostuvo la campaña con toda su valentía y su tenacidad?

Y tantos otros: Rivera, Pizarro, Taylor, etc. que levantaron la Bandera Azul del Gran Caído del 91 para enarbolarla con honra en las tiendas liberales, en esas mismas tiendas en que el eminente Repúblico conquistara para su Patria los más preciados triunfos en las luchas doctrinarias.

Cómo no tener una palabra de honda y profunda simpatía para el candidato de esta agrupación, Claudio Barros, que, aunque vencido en la lucha personal, fué el primer triunfador en las lides de los ideales comunes.

Como un guerrero hidalgo, en arranque elocuentísimo de improvisada oratoria, supo magistralmente decirlo el día 7 de Marzo, en instantes solemnes para la Alianza Liberal, una hora des-

pués del triunfo que consagró Senador de Tarapacá a Don Arturo Alessandri!...

Queda con esta nota establecida la cohesión completa de las actividades personales que, confirmando así sus idealismos, fueron fuerza directiva en la gran lucha.

LA ÚLTIMA PÁGINA

Los hombres son la encarnación palpitante de su tiempo.

Unos y otros no pueden ser juzgados con la serenidad suprema del razonamiento, sino cuando la Muerte ha volado vencedora por sobre ellos...

Es entonces que la diestra fría y solemne de los historiadores, como mineros de los siglos, arrancan el oro de los mismos.

Así lo he dicho al iniciar la marcha de este libro.

He pasado por sobre todas las trayectorias de la vida de Alessandri, con la sinceridad extraña de un analista convencido de la altura de su análisis.

Quienquiera de vosotros que hayais leído lo que con hidalguía y con fuerte soberbia escribiera sobre Alessandri, decidme si he mentido.

Al rendir mi pluma la postrera curva del sendero, tengo un grito que lanzar.

Y, en ese grito tiembla la victoria.

Porque el Protagonista de mis páginas, en la hora misma en que trazo sobre ellas la última nota de su actuación, se destaca ante el criterio nacional, como siempre se ha destacado: bajo las alas de la contienda y los mirajes del triunfo.

Hoy es el 12 de Mayo de 1915.

Una hora inmensa es la que resuena sobre la vida de la República.

En el Salón de Honor del Congreso Nacional, más de mil representantes de los Partidos Liberales de todo el País, celebran la Convención Presidencial.

De las decisiones electorales de estos centenares de hombres absolutamente cons-

cientes, surgirá el nombre de aquel, que según las aspiraciones de los legionarios de la Libertad Chilena, haya de regir los destinos de la República desde el próximo mes de Septiembre.

El sufragio se inició el día 10.

Las multitudes de frontera a frontera, están supensas del veredicto supremo.

En las primeras votaciones, son proclamados los nombres esclarecidos de los grandes patriarcas del radicalismo y el liberalismo.

Enrique Mac-Iver, Vicente Reyes, Javier Angel Figueroa, Eleodoro Yáñez, Ismael Tocornal, Ismael Váldes Vergara y

....

....

Al par de esos prohombres—potentados indiscutibles de la celebridad y de la situación—un nombre más surgía:

Ese era el de: Arturo Alessandri.

—Nuevo *Benjamín* en medio de los Pontífices de la Nación — la juventud, el pueblo nostálgico de un jefe harmónico con sus idealismos y los cirujanos de la situa-

ción, convencidos de la necesidad de un cauterio para el latente estado de cáncer, ante la conciencia pública estupefacta, lanzaron su nombre, como Candidato de la Libertad, para ser el Director de la vida nacional.

Psicológicamente, el hecho de que Alessandri, figurara a través de la *Selva Obscura* de las votaciones de los convencionales, como uno de los más seguros Candidatos a la Presidencia de Chile, no tenía más que este honrosísimo significado:

Que un pueblo fuerte, joven, poseído de una terrible fiebre de transiciones y sugestionado por una legítima expectación de triunfos y grandezas, para hacer reales sus anhelos, encontraba en Alessandri el *Hombre que necesitaban los Hombres*.

Pero, la charca tumefacta de la Política, en sus ocultas tempestades de miserias y de amoralidad, quebró las ansias de *Esos*, que con una perfecta visión del porvenir, vieron en el vencedor de la Bastilla de Tarapacá, al vencedor de las enfermedades políticas de la Patria.

Y, fué entonces, cuando el hombre, en un gesto bello, irguiéndose con la altivez y la nobleza rara en estos tiempos de asquerosas epidemias espirituales, en un discurso, que un día los políticos, no sería audaz decirlo, comentarán descubriéndose, cedió toda su fuerza al gran Leader del Radicalismo, Enrique Mac-Iver.

Es el 12 de Mayo.

Aquella Sesión, que se hará inolvidable, la narra así el diario *La Mañana*, en cuyas hojas, el liberalismo ha pronunciado siempre sus palabras más trascendentales.

El gran órgano, fundado por Rivas Ramírez, Zañartu e Irarrázaval, Embajador hoy en el Brasil, habla:

LA MAÑANA

DIARIO LIBERAL

Año VI — SANTIAGO DE CHILE.—Miércoles 12 de Mayo de 1915 — Núm. 2,040

La Convención de la Alianza Liberal

Terminan las votaciones de la 1.a serie

NO DECAEN EL ENTUSIASMO NI LA ARMONIA

Ningún candidato obtiene la mayoría reglamentaria

DISCURSOS DE LOS SEÑORES MAC-IVER Y ALESSANDRI

Hoy se sigue con la segunda serie

REUNION DE LOS CONVENCIONALES RADICALES

Ni un instante ha decaído el entusiasmo y la cordialidad, que han sido las características reinantes entre los miembros de la Convención de la Alianza. Las tribunas y la galería de la sala del Senado han estado, además, completamente llenas a toda hora. Y las calles adyacentes al Congreso se han visto sumamente concurridas de curiosos, esperanzados en una repentina solución del enigma presidencial.

En realidad, es satisfactorio comprobar con qué fe entusiasta desempeñan su cometido los señores convencionales, dándose cuenta de la transcendencia del acto que realizan. Además, es digno de notarse que, en su composición, la Convención de la

Alianza es esencialmente democrática, y en ella alternan el delegado obrero con el industrial, el profesional, el comerciante, el intelectual o el prohombre cuya vida pública dilatada es un ejemplo para los jóvenes allí presentes.

Ayer tuvimos oportunidad de ver a varios convencionales recién llegados de las provincias, y algunos otros de Santiago. Entre éstos notamos a don Marcial Martínez.

EL ACTO DE LA MAÑANA

A las 10 A. M. se abrió la sesión, bajo la presidencia de don Enrique Mac-Iver, a quien acompañaban los señores Angel Guarello, Javier A. Figueroa, Armando Quezada, Malaquías Concha y Fidel Muñoz Rodríguez.

Estaba anunciada la votación 4.ª de la primera serie, que llamaremos A. Conforme al Reglamento, esta votación y la siguiente se debían limitar a los cuatro nombres que habían obtenido las más altas mayorías en la votación anterior, a saber: los señores Mac-Iver, Figueroa, Alessandri y Valdés Vergara. El señor secretario Muñoz Rodríguez lee las disposiciones del Reglamento, sobre votos en blanco y su manera de computarlos:

«Los votos que se emitieren con nombres de candidatos distintos de aquellos a que están concreta-

das las votaciones, se considerarán y computarán como votos en blanco.

«Tanto en las votaciones libres como en las demás que se sucedan, los votos en blanco se aplicarán al candidato que obtenga las más altas mayorías en cada una de ellas.»

No hay acuerdo general en favor de un solo nombre. Los radicales, siguen con la consigna de votar por el señor Mac-Iver. Para los liberales, existe el *embarras de choix*. Los demócratas—se susurra—han acordado dividir sus votos entre los dos liberales.

LA 1.ª VOTACIÓN

Se procede a votar.

Es de imaginarse la necesaria duración de la *faena* de que 900 personas emitan su voto secreto. Cuando se llega al escrutinio, se advierte que ha habido una deficiencia: no existía en la sala el *quorum* reglamentario. Propone la mesa que voten los convencionales que han llegado más tarde, para completar el *quorum*. Va a asentir la sala, cuando se yergue, al fondo, don Paulino Alfonso, quien, con ademán solemne y esforzada voz, pide la nulidad de lo obrado, por razones varias que expone. «No pido nada más ni nada menos», concluyó don Paulino.

La mesa acordó *nada menos* que acceder al deseo del señor convencional.

Nueva votación cuarta, cuyo resultado fué el siguiente:

Número de votantes......................	802
Cuota del 60%	481

	Votos
Por don Enrique Mac-Iver.............	365
Por don Javier A. Figueroa.....	188
Por don Ismal Valdés Vergara........	124
Por don Arturo Alessandri	125

Proclamada la votación y no habiendo mayoría, la Mesa indicó que la 5.ª votación se efectuaría a las 2.30 P. M. levantándose la sesión.

Oyense comentarios al salir. Los radicales se agitan. Discuten personalidades. A la 1, según ha citado a voz en cuello el señor Muñoz Rodríguez, se reunirán en Asamblea los convencionales del Partido, para acordar su actitud en la votación siguiente.

Frente a las pizarras de los diarios, detiénese numerosa muchedumbre a imponerse de los cómputos. Hay señoras y niñas que toman apuntes de las cifras.

Los convencionales se dispersan en dirección... al almuerzo.

LA REUNIÓN DE LOS RADICALES

La reunión de los radicales había despertado enorme interés entre las diferentes corrientes de la Convención y en los diversos partidos, y especialmente en el Radical.

A la hora de citación, los salones del Club Radical se hacían estrechos para contener a los señores convencionales.

Como a la 1.30, en ausencia del señor Castellón, y por estar delicado de salud el señor Mac-Iver, allí presente, ocupó la presidencia el señor Muñoz Rodríguez, miembro del Comité del Partido ante la Convención.

Figuraban también, además del señor Mac-Iver, los señores Daniel Feliú, Guillermo Plummer y José María Sepúlveda.

Momentos después llegó el señor Castellón.

El señor Muñoz Rodríguez había empezado ya a hacer una relación de la situación de los partidos y de los candidatos en la Convención y se abrió debate.

Hicieron uso de la palabra los señores Mac-Iver, Feliú, Miguel Rivera, Robles, Alberto Larenas y otros, quedando pendiente el debate por haber llegado la hora de votaciones en la Convención.

Antes de poner término a la reunión se acordó continuar votando por el señor Mac-Iver, para

mantener disciplinadas las fuerzas del partido y volver a reunirse a las 9 P. M.

LA SESIÓN DE LA TARDE

Las 2, hora de citación, y la sesión no comienza. Las 2¼ y nada.

Los radicales están aun en sesión, (explica don Javier Angel Figueroa a don Marcial Martínez, que pregunta por la causa de la demora) y hay que ser galantes con ellos. Hay que esperarlos.

Se nota alguna ansiedad por saber el acuerdo de los radicales.

LA 5.ª VOTACIÓN

Llegan, con el señor Mac Iver, los radicales y empieza la votación.

Esta votación era interesante porque después de ella, la 6.ª votación debía concretarse a los 3 candidatos de más altas mayorías.

A las 3.20 P. M. se proclamó el resultado:

Número de votantes	868
60%	520

	Votos
Por don Enrique Mac-Iver............	299
Por don Javier A. Figueroa...........	210
Por don Ismael Valdés Vergara......	162
Por don Arturo Alessandri...........	197

En consecuencia, queda eliminado el señor Ismael Valdés Vergara, y se debe limitar las votaciones siguientes a los señores Mac-Iver, Figueroa y Alessandri.

Grande expectación.

La sala se anima, creyendo próximo, acaso el momento en que se vea claro.

Hay reuniones de partidos, separadamente.

El entusiasmo hace que los votos sean solicitados o recomendados brevemente los candidatos. Se caldea la atmósfera...... Las tribunas y galerías se impacientan, mientras se verifica.

DON ARTURO ALESSANDRI PIDE LA PALABRA

La mesa anuncia que el Senador de Tarapacá, don Arturo Alessandri, ha pedido la palabra.

Un instante después, silencio absoluto.

La voz sonora del neófito Senador de Tarapacá, se esparce por los ámbitos de la sala de honor del Congreso, como si ya le fueran, de antemano, conocidas.

Dice el señor Alessandri:

Señores:

Agradezco profundamente el honor inmerecido que me dispensa un gran número de convencionales honrándome con sus votos para figurar en el número de los candidatos a la Presidencia de la República.

Comprendo perfectamente que esta honrosa manifestación es sólo un voto de simpatía y de aplauso por la campaña de Tarapacá.

Mis correligionarios me eligieron para que asaltara la Bastilla de la Coalición, que era la Provincia de Tarapacá. Recio fué el ataque, se desplomó el baluarte inexpugnable, flameó allí soberana e imponente la bandera de la Alianza Liberal y el carcomido edificio de la Coalición crujió y se estremeció por su base de un extremo a otro de la República.

Jamás las ambiciones han perturbado mi espíritu y por eso soy yo el primero en reconocer que no tengo títulos, ni situación, ni antecedentes para pretender el primer puesto de la Nación.

No puedo ambicionarlo, no debo aspirar a él, no tendría ni siquiera el derecho de aceptarlo.

Las horas porque atraviesa la República son supremas, solemnes, de inmensa gravedad para el país y, por esta circunstancia, debemos elegir un hombre de probidad espartana, de gran preparación, que sea estadista de alto vuelo, que tenga ca-

rácter indomable y que ilumine su frente la aureola del verdadero talento.

Hoy, más que nunca, necesitamos un mandatario de talento excepcional, porque en los hombres de Estado ese es el faro luminoso que proyecta las claridades necesarias en las obscuridades que a cada instante surjen y se levantan al paso de los hombres de Gobierno.

Necesitamos también un hombre que encarne los principios y los ideales que unen a los tres partidos representados en esta solemne asamblea en una aspiración común de liberalismo, como base única del progreso de la República.

Yo creo que ese hombre lo encontramos en la personalidad eminente del esclarecido y digno jefe del Partido Radical. Ese hombre es don Enrique Mac-Iver.

Cumplo con un alto deber de civismo renun. ciando los votos con que se me ha honrado y suplicándoles a los que con ellos me han favorecido, que, eliminando mi modesto nombre, me complazcan depositando sus votos en la próxima votación por don Enrique Mac-Iver.

La lealtad inquebrantable a mis principios, a las situaciones que sirvo y a los hombres que me honran con su amistad, han sido la religión y el culto de mi vida entera.

Al proceder como lo hago, creo cumplir con un alto y sagrado deber de lealtad para con el Partido

Radical, representado por las asambleas de Tarapacá, que me dió un asiento en el Senado de la República, en donde serviré durante los años de mi mandato los altos ideales sustentados por los partidos Radical, Liberal y Demócrata, unidos en una sola aspiración y en un solo ideal.

Cumplo también con un deber de lealtad para con el país, que podría entregar tranquilo sus destinos en las manos seguras y expertas del esclarecido ciudadano para quien pido los votos de los que me han favorecido con él.

Proclamemos a don Enrique Mac-Iver y el sólo prestigio de su nombre, la bandera que él simboliza será signo de victoria para la Alianza Liberal.

En varios pasajes de su briosa y entonada alocución, el señor Alessandri es interrumpido por salvas de aplausos.

De todos modos, la Convención ha salido de su monotonía de votar y escrutar.

HABLA EL SEÑOR MAC-IVER

Don Enrique Mac-Iver se pone de pie.

Espectación suma.

—¡Chit! ¡Chit!

Yo agradezco, dijo el señor Mac-Iver, los exagerados elogios que ha hecho de mi persona el señor Alessandri; pero yo no soy un candidato que reuna las condiciones para ir al triunfo.

Necesita esta Asamblea un candidato que asegurando su triunfo en la lucha electoral afiance en el Gobierno de la República el sistema de Alianza Liberal que bata a la Coalición, cuyo regimen pernicioso ha desorganizado al país.

No digo que yo no sea un candidato; podría ser un candidato de mi partido; más aun, un candidato de esta grandiosa Convención; pero no sería un candidato para el país.

La Convención debe fijarse en un candidato que a más de sus merecimientos personales, no encuentre resistencias.

Se va a proceder a la 6.ª votación y los señores convencionales pueden pasar a sufragar.

Aplausos y comentarios.

LA 6.ª VOTACIÓN

Don Raimundo del Río lee el resultado del escrutinio:

Número de votantes	891
60%	534

	Votos
Por don Enrique Mac-Iver	427
Por don Javier A. Figueroa	245
Por don Arturo Alessandri	219

No habiendo mayoría reglamentaria para ninguno de los tres candidatos, la Mesa llamó a 7.ª votación y última de la 1.ª serie, dejando un intervalo de 10 minutos para que se reunieran los convencionales del Partido Liberal.

Aplausos resuenan en varios puntos. ¿Para quién?

LA ÚLTIMA VOTACIÓN DE LA SERIE Y DEL DÍA

Se presume que la última votación de la serie no dará para nadie el 60% necesario. Pero eso no quita a nadie el entusiasmo. Todos se baten como «unos leones». Fraternalmente, eso sí.

Don Vicente Reyes y don Marcial Martínez departen animadamente en un extremo de la sala. ¿Qué le pasan a don Salvador Izquierdo? Sus votos. Los ilustres ancianos se han dado el honor de votar por intermedio de un tan distinguido mandante.

Siguiendo en peregrinación, en busca de impresiones, nos topamos con un grupo de poetas, todos convencionales. Y uno de ellos—pásmense ustedes *mayor contribuyente!*

4.50 P. M.:

Números de votantes	852
60%	511

	Votos.
Por don Enrique Mac-Iver.............	355
Por don Javier A. Figueroa...........	283
Por don Arturo Alessandri.............	214

No habiendo tampoco mayoría reglamentaria, se dió por cerrada la 1.ª serie, y se fijó a las 2.30 P. M. de hoy para abrir la serie 2.ª con la primera votación.

En conformidad al Reglamento habrá tres votaciones libres entre las siete de que se compone cada serie.

UN GRAN «CANARD»

Mientras tenía lugar la 5.ª votación de la I serie de la Convención llegó a los pasillos del Congreso el Diputado don Agustín Gómez García, quien esparció la noticia de que don Juan Luis Sanfuentes lo había autorizado para declarar que él desligaba de todo compromiso al Partido Nacional, el cual podía adherir a la Alianza, siempre que obtuviera la proclamación de don Agustín Edwards.

Se agregaba por muchos que los Senadores y Diputados nacionales—según el señor Gómez García—se proponían suscribir una acta de adhesión a la Convención Aliancista.

Los más variados comentarios se hicieron en el primer momento sobre tan extrañas noticias; pero

poco después solo se oían en la amplia sala la siguientes frases:

—Es una «papa» de Gómez García!

—Es una diablura de Sanfuentes para hacer fracasar la Convención!

Esta es la quinta «cuchufleta»...

REUNIÓN DE LOS COMITÉES DE LA CONVENCIÓN

A las seis y media de la tarde se reunieron, en la sala de la presidencia del Senado, la delegaciones de los comitées de los convencionales liberales, radicales y demócratas, y después de una corta deliberación, los liberales propusieron a los otros dos partidos de la Alianza los nombres de los señores Fernando Lazcano, Ismael Valdés Valdés, Javier A. Figueroa, Guillermo Barros Jara y Eleodoro Yáñez, a fin de que consultaran a sus convencionales acerca de cuáles de esas personas contarían con mayor aceptación entre ellos.

Se dejó establecido que esa consulta sería ad-referendum y los nombres de los propuestos sometidos a la deliberación de los convencionales liberales en la reunión que celebrarán hoy a las 11 de la mañana en el salón de honor del Congreso.

En vista de esto, el comité radical aprovechó la citación que había hecho en la tarde a sus convencionales a una sesión para las nueve y media de anoche a fin de comunicarles el acuerdo.

SEGUNDA REUNIÓN DE LOS RADICALES

Reunidos anoche los convencionales radicales en número de 259 y después de prolongada discusión se convino en producir una votación que manifestara sus simpatías respecto de los cinco nombres ya indicados.

La votación dió por resultado una gran mayoría por el señor Yáñez, quedando en seguida los señores Barros Jara, Figueroa y Valdés Valdés.

El comité radical quedó facultado para resolver la forma en que deben votar los convencionales radicales después de la reunión que celebraron con el comité liberal y con el demócrata, a la 1 y media de la tarde en la Sala de la presidencia del Senado.

LOS CONVENCIONALES DEMÓCRATAS

Los convencionales demócratas han sido citados para hoy en la mañana a fin de tomar conocimiento de los nombres propuestos por el comité liberal.

LA PROPOSICIÓN DE LOS NACIONALES

En la reunión de anoche de los convencionales radicales el señor Robles habló de ciertas proposiciones que habían hecho los nacionales para adherirse a la Convención de la Alianza Liberal.

El señor Muñoz Rodríguez dió cuenta de que, efectivamente, habían hecho esas proposiciones de acuerdo con el caudillo de la Coalición, don Juan Luis Sanfuentes, pero que el comité las había rechazado en vista de los cablegramas del señor Edwards, en que se adhería incondicionalmente al Partido Liberal democrático y de la política del mismo señor Edwards (propiciada desde las columnas de *El Mercurio*) de ir a una concentración liberal con exclusión de los radicales.

Estimando el comité que esa política era la decapitación del Partido Radical, había exigido el cumplimiento de una insinuación partida de los mismos nacionales: subscribir los Senadores y Diputados nacionales un acta de adhesión a la Convención Aliancista y las seguridades de un Gobierno que no encarnara ni las componendas ni las transacciones, ni las coaliciones. (Aplausos).

Por nuestra parte, debemos decir que el señor Sanfuentes cablegrafió al señor Edwards agradeciéndole su probada lealtad.

La vanalidad del comentario, está aquí fuera del derecho de mi frase.

Más he de emitir ciertamente, el último concepto sobre el hombre.

La Convención Liberal, ha proclamado un Candidato a la Presidencia.

Es el señor Javier Angel Figueroa.

Alessandri, asume la actitud de un soldado, ante las decisiones de su causa.

Alessandri, ha declarado en un discurso, tan corto como rotundo, que sus ideas, y sus deberes, y su lealtad y sus capacidades, están convictas de que el hombre elegido, es el que representa la opinión de la Alianza Liberal.

¿Para sus amigos, para sus enemigos, para los indiferentes mismos, no es esta actitud de él un estandarte de nobleza que en medio del tumulto poblado de aclamaciones levanta?

Decid:

Puede o nó honrarse un país, de que en una de sus campiñas haya nacido un hombre así?

....

Señor:

La síntesis de tu vida, por mi palabra, dicha ha sido.

El temor no llenó mi alma un sólo instante, para narrar, proclamar y observar, todo aquello, que levanta el pedestal de tu nombre, nimbado por la imagen del combate.

Este libro, no tenga para tus manos más que esta significación:

Que es un libro leal, orgulloso y sin miedo.

El pueblo de tu Patria, Don Arturo Alessandri, te abrió las puertas del Senado de la República.

Pasa!

El pueblo de tu Patria, mañana, te ha de abrir las de la Presidencia.

Espera.

Y, oye Don Arturo Alessandri:

Los Poetas no somos los *ilusos*—como un día tu concepto lo expresó.

Los Poetas somos sordas y luminosas linternas en las tinieblas de la Vida.

Y, quienquiera que llegase a decirte que este libro mío es una Apología tuya, y nada más, a ese dile, pero antes convenciéndote de que es un cadete o un maestro de la puñalada por la espalda: dile lo más espantoso que a un hombre se le puede decir:

Que no tiene *Alma.*

Si es una bestia por convicción, por instinto y por atavismo, guarda tu corazón y no hagas la limosna de tu frase...

Oye:

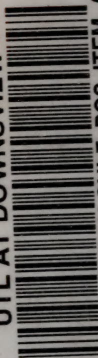
Un día estas páginas, como un gran pájaro perdido en medio de la noche, se alzarán desde las rocas del silencio, para seguir el bajel a velas desplegadas de tu nombre.

Y, sé un secreto que nadie aceptará:

Que ni el bajel ni el ave temen a la racha tempestuosa.

En marcha, señor!

Este libro se acabó de imprimir en la Casa Editorial de los señores Valenzuela Basterrica: el 13 de Mayo de 1915 años: en Santiago de Chile. Calle Bandera número 130.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 20 07 08 008 2